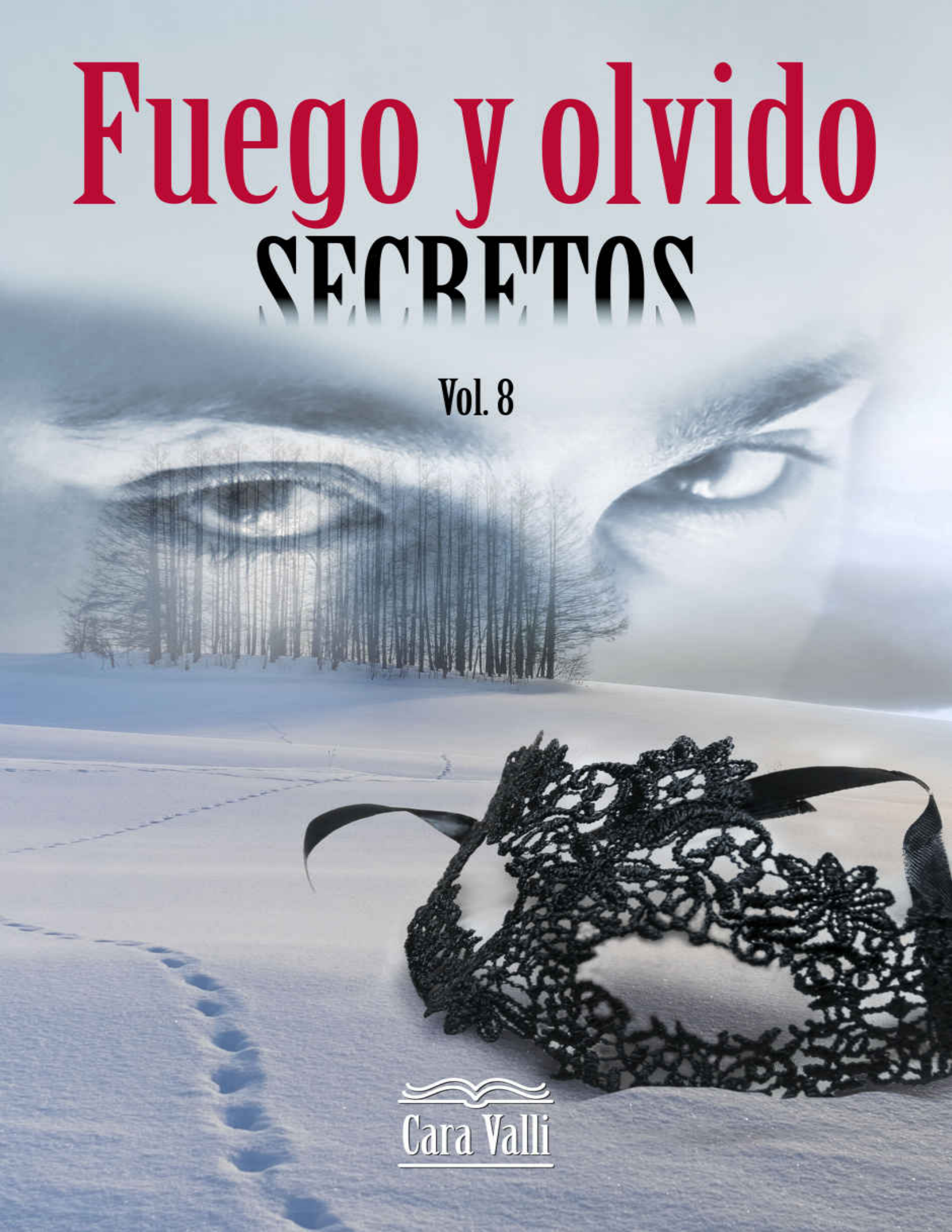
Fuego y olvido

SECRETOS

Vol. 8



Cara Valli

Fuego y olvido
Secretos (Vol. 8)

por

Cara Valli

Proyecto gráfico: MC Grafica (Génova — Italy)
Titulo original: Fuoco e Oblio – Segreti
Traducción por: DeepL

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas comerciales, eventos o ubicaciones deben considerarse mera coincidencia.
La reproducción y/o distribución no autorizadas de este producto es ilegal y está protegido por derechos de autor.

www.caravalli.it

(Primera edición 2022)

Sinopsis

Un secreto que ha estado oculto durante años obligará a Cassandra a desafiarse a sí misma y a sus Mr.

La urgencia por demostrar la inocencia de un hombre muy importante para ella la hará chocar con quienes quieren protegerla y contra la verdad que se esconde tras una mentira.

Secretos y verdades, pecados y venganzas, amor y pasión, ¿qué más habrá por descubrir, qué más arderá en el fuego del olvido?

Este volumen es el octavo de la serie "Fuego y olvido". Las novelas de esta serie contienen escenas de sexo explícitas. Recomendamos su lectura a un público adulto y consciente.

Índice:

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Para mantenerse en contacto con el autor

Dedico el prólogo de este volumen a Marco y a su madre, la madre que lo ama, la madre que lo eligió, la madre que lo arrebató de las garras de Baba Yaga.

Cara Valli

Prólogo

Demiyen

No vendrá, ahora lo tengo claro: mi padre no me sacará de aquí. Mi madre siempre me decía que era como mi ángel de la guarda, que me protegía desde lejos y que si lo necesitaba vendría. ¿Por qué no viene a salvarme? ¿Qué he hecho para que se enfade?

— Entonces, Plaksa, ¿tienes que orinar?— me pregunta el gordo con una sonrisa perversa en su cara llena de pústulas.

— Si me das todo tu desayuno mañana, te dejaremos ir, ¿verdad, Igor?— dice antes de mirar con desprecio a su compañero.

— Sí, sí, te llevaré allí con mucho gusto, también porque apuesto a que estás a punto de mearte en los pantalones y sabes que la vieja bruja te castigará si te meas— dice el chico alto y delgado que está a su lado.

— No voy a huir— digo, levantando la barbilla y cruzando los brazos sobre el pecho.

No quiero saltarme el desayuno, acabo de terminar de comer pero todavía tengo mucha hambre. Para la cena sólo había una especie de sopa tan líquida que parecía agua sucia con algunos trozos de material marrón flotando en ella.

— Apuesto a que pronto cambiarás de opinión, ¿verdad, Iván?— añade el chico delgado.

— Por supuesto, ya se me hace la boca agua por el buen desayuno que vamos a tomar mañana.

Salen riendo y se sientan en sus catres, que por desgracia están justo a ambos lados de la puerta.

Esperaré a que se duerman y luego iré a orinar.

Lo decido mirándolos con todo el odio que siento por dentro.

Los dos niños charlan y ríen durante un tiempo infinito: no parecen interesados en irse a dormir. De vez en cuando me miran, pero aguanto y aunque me duele el estómago, no cedo.

Un ruido fuerte y repentino, un ruido ensordecedor que me asusta. Me levanto de un salto y me siento en la cama, el pis sale sin que pueda detenerlo, tanto, demasiado... Aprieto las manos entre las piernas para intentar detenerlo, pero a estas alturas todo está empapado: pantalones, manta, sábana.

Todo.

Aterrorizado, miro a la mujer que ha interpuesto dos tapas metálicas entre ellas. Tras pedir silencio a gritos, recorre el pasillo que serpentea entre nuestros catres y, como caracoles asustados, cada niño se esconde bajo su funda. Cuando se detiene frente a mí, el miedo me hace temblar, me mira y curva su fea cara en una horrible mueca.

— ¿Qué has hecho, mocoso asqueroso?— me pregunta, acercándose a mí con rabia.

— ¿Te has meado encima?

Me agarra del brazo y me tira de la cama.

— Lo siento, no era mi intención —murmuro asustado.

— Mírate, te has empapado de todo— grita indignada.

Todas las cabezas de los niños salen de sus escondites para mirar mi cama y veo a Iván e Igor riéndose, mirándome maliciosamente.

— Ahora dormirás en el suelo como la bestia que eres— grita sacudiéndome con fuerza. Luego me empuja al suelo y me obliga a tumbarme debajo de la cama.

— Si te mueves de aquí, no comerás en todo el día, ¿entiendes?

— Sí — susurro.

Observo sus pies mientras camina alrededor de la cama para quitar las cosas mojadas, murmurando frases incomprensibles para sí misma. Entonces la veo alejarse y respiro aliviado.

— Si te oigo hablar más, nadie comerá mañana. Es CLARO — amenaza y espera nuestro murmullo de asentimiento antes de irse.

El suelo está helado y sucio, los pantalones se me pegan a la piel y cada vez hace más frío, haciéndome temblar sin parar.

En el silencio absoluto miro a mi alrededor, sé que vendrán pronto, desde que estoy aquí los he visto todas las noches, pero yo estaba en el catre y no tenía miedo.

Pero ahora.

Cuando lo único que oigo es la pesada respiración de mis compañeros de cama, dormidos al calor de sus mantas, los oigo.

Sus pequeñas patas tintinean mientras corren sin ser molestados por el suelo de cemento. Veo sus ojitos malignos brillando en la oscuridad del dormitorio.

Ratas grandes y voraces, ratas que buscan comida que no encuentran.

Uno camina sobre mis piernas y yo pataleo para alejarlo, mientras cierro la boca con la mano para no gritar. Otro muerde y tira de la manga de mi pijama....

Ayúdame papá, por favor ayúdame.

Capítulo 1

— ¿No confías en mis hombres, Cassandra?

— Lo que tú digas, Battista. Las personas que han estado a mi lado siempre han sido buenas elecciones.

— Entonces, ¿por qué has traído a un hombre de América? ¿Un hombre que no conozco, un hombre que podría ser un incompetente?

Por muy dura que sea su voz, por muy frío y granítico que sea su rostro, hay una gran pena en sus ojos.

— Lo siento, no quería ofenderte. Lo siento mucho, pero le aseguro que Smith es un profesional serio y de confianza— le digo señalando al hombre apoyado con un hombro en la pared cerca de las puertas del ascensor.

Rock le lanza una mirada ruda y Smith le responde con una sonrisa, lo que le hace parecer aún más desanimado.

— Pronto lo sabremos y espero que tengas razón, porque desgraciadamente pagarás las consecuencias.

— No se preocupe, jefe, la mantuve a salvo en New York y haré lo mismo aquí.

—Espero que sí, Smith.

Battista pronuncia su nombre como si la palabra le repugnara.

— Porque te aseguro que en el ring he vencido a gente incluso más grande que tú y si te hacen un solo rasguño, conocerás mi peor cara.

— Ni un rasguño, señor.

— Mantenla bajo control en todo momento y no dejes que sus ojos saltones te corrompan.

— Oye, estoy aquí y puedo oír todo lo que dices— exclamo indignado.

— Mejor, para que sepas que lo puse sobre aviso.

— No es necesario, estoy lejos de ser indisciplinada.

— Eres peligrosa, Cassandra, y es bueno que él lo sepa.

— Ya he tenido el placer, pero gracias por los consejos, jefe.

— No soy tu "jefe" y no quiero serlo.

— No te preocupes, no tengo intención de ser contratado por tu agencia.

— Para ti soy el señor Torre, trata de aprenderlo rápido, soldado, y quizás nos llevemos bien.

— Sí, señor.

Smith se lleva dos dedos de su mano derecha a la frente, sin borrar la sonrisa sarcástica de sus labios.

— Rock, estoy segura de que Smith estará a la altura, ahora por favor ve y asegúrate de que Jason y Steven están a salvo.

— Claro que sí.

Teclea el código con más energía de la necesaria, la puerta del ascensor se abre inmediatamente y él entra sin decir nada más.

— Hola, Battista.

— Hola, Cassandra.

Cuando se cierra frente a su rostro endurecido por la ira, un parpadeo triste en sus ojos llena mi corazón de una pena infinita.

— Rock— le llamo, pero ya no puede oírme, el ascensor se lo ha tragado, quitándole la posibilidad de borrar la melancolía de su mirada.

— No te preocupes, Cass, lo superará.

— Sí, tal vez — murmuro.

— Le demostraré a ese viejo boxeador que puedo mantenerte a salvo y verás que en poco tiempo empezará a llamarme hijo.

— El Battista nunca te llamará "Hijo".

— Reto aceptado— dice, extendiendo la mano.

Le sonrío mientras dejo que mis dedos aplasten los suyos.

Cojo todo lo que necesito y bajamos al garaje.

— Hola Giorgio, ¿cómo estás? — pregunto nada más aceptar la llamada.

— Hola Cassandra, estoy bastante bien, gracias.

Sujeto el teléfono entre la cabeza y el hombro y me abrocho el cinturón de seguridad.

— ¿Qué te han dicho los médicos?

— Que volveré como nuevo.

Aliviada por la noticia, me relajo contra el asiento del coche mientras Smith se marcha.

— Bien, me alegra mucho, nunca me habría perdonada que la lesión te hubiera impedido volver al ruedo.

— No te preocupes, Cass, la clínica en la que me ingresaron es la mejor del sector y, aunque estoy a cientos de kilómetros de casa, no querría estar en ningún otro sitio.

— Lamento que estés solo en la lucha contra esto.

— No estoy solo, estoy rodeado de dulces y diligentes enfermeras.

— Giorgio, recuerda que esa bala rozó tu corazón y debes estar tranquilo.

— Prometo quedarme muy quieto y dejar que ella haga todo el trabajo.

— No creo que el sexo sea una actividad permitida en su condición.

— No estaba hablando de sexo, estaba hablando de esponja.

— Por supuesto, los baños de esponja...

— Lo siento, tengo que colgar, los médicos están dentro— exclama, interrumpiéndome.

— Muy bien, entonces hablaré contigo mañana, playboy.

— Hasta mañana, Cass.

Su estado de ánimo alegre y las buenas noticias son como un bálsamo para la agitación que se agita en mi interior desde que Demiyen llegó a mi vida.

Ahora tengo que convencer al grandullón que conduce para que me ayude a alejarlo de nosotros.

Sólo después de salir del coche empiezo a tratar el tema.

— Si no recuerdo mal, dijiste que conocías a Ferri.

Smith me mira con una ceja levantada, se aleja medio paso como para evaluarme con más cuidado y estrecha sus ojos claros llenos de sospecha.

Puede que no sea fácil convencerle.

— No creas que puedes manipularme, Cass.

— No quiero manipularte, sólo quiero saber qué tan bien conoces a Dominic y a sus hombres.

— ¿Por qué razón?

Sus ojos se agudizan aún más y sólo cuando los aparta de los míos para mirar a su alrededor, su expresión vuelve a ser serena.

— Necesito hablar con alguien— le digo, mientras me hace señas para que pase a mi flamante casa.

— ¿Y por qué me lo preguntas a mí?

— Porque los demás no lo entenderían.

— ¿Qué pasa por tu cabeza, Cassandra?

Nos detenemos frente a la puerta y empiezo a abrir la pequeña puerta que parece la de acceso a una caja fuerte de banco: le han colocado una cerradura de cola de milano y una digital.

Increíble.

— Ya te he dicho que tengo que hablar con alguien por teléfono.

Abro la puerta, introduzco el código para desbloquear la alarma y me vuelvo hacia Smith mientras la cierra.

— ¿Y por qué tus hombres deberían impedirte hablar por teléfono con alguien?

— Son muy protectores.

— Así que esta persona es potencialmente peligrosa.

Se cruza de brazos y apoya un hombro en el marco de la puerta principal.

— También podría hablar con Osama bin Laden, pero por teléfono tampoco podría hacer nada malo, ¿no crees?

— Puedes hacer muchas cosas con una llamada telefónica, Cass: puedes clonarla, puedes robar la agenda, pero sobre todo puedes saber desde dónde llamas.

— Podría utilizar un teléfono de la vieja generación, sin posibilidad de conectarse a Internet y sin geolocalización. Utilizaría una sim nueva que luego tiraría.

— ¿Quién es el tipo con el que quieres hablar?

— El hombre que se te ha escapado un par de veces, el tipo al que conoces como "The Hub".

— ¿Y por qué querrías hablar con él?

— ¿Sabes lo de la carta?

— Sí.

— Así que ya sabes que se cree mi hermano— asiente sin contestar.

— Me contó que cuando era niño su madre murió. Al no tener otros parientes, fue puesto en un orfanato y culpa a su padre por no haberlo sacado de ese infierno.

— ¿Así que estás buscando venganza?

— Sí, pero mis padres murieron en un accidente de coche hace un par de años.

— Y entonces tú eres todo lo que le queda.

El recuerdo de nuestra conversación vuelve y por enésima vez sus palabras me angustian.

— Afirma que me habría dejado en paz si no me hubiera unido a Diamorg.

— No le des demasiado crédito, Cassandra. Es un matón y habría intentado robar secretos y prototipos de Diamorg, estuvieras o no allí.

— Estoy convencida de que se equivoca, mi padre nunca habría traicionado a mi madre, y mucho menos habría dejado a un niño en un orfanato.

— ¿Así que esto es lo que quieres − me pregunta Smith.

— ¿Quieres llamarle por teléfono para convencerle de que lo reconsidere?

— Llegaron a mis manos unas fotos que podrían probar la inocencia de mi padre.

Descuelgo el teléfono y, mientras se acerca, busco la primera foto que me envió el antiguo colega de mi padre y se la enseño.

— Este es mi padre— digo, señalando a la persona más alta del grupo.

— Y como puedes ver, es el único que no está acompañado por una chica.

Selecciono otra foto y se la enseño.

— Si una de estas mujeres fuera la madre del cubo, podría indicar quién es su verdadero padre.

Coge mi smartphone y examina cuidadosamente las fotos.

— Dudo que cambie de opinión por tan poco —dice levantando los ojos para mirarme con la misma expresión de escepticismo que tenían los chicos.

— No hay nada malo en intentarlo.

— Digamos que quiero ayudarte— dice, entregándome el teléfono.

— ¿Cómo crees que puedo conseguirte su número de teléfono?

— Uno de los hombres de Ferri se ha infiltrado en una célula de su asociación.

— ¿Su asociación? ¿Quieres decir que el centro es un pez gordo?— me pregunta, con la voz cargada de la palabra "su".

— Sí, Ferri me dijo que era un pachán.

— Mierda, Cassandra. ¿Quieres ponerte en contacto con un jefe de la mafia?

— Por desgracia, ya he entrado en contacto con ellos.

— ¿Qué quiere decir?

Su mirada se llena de sospecha y no me atrevo a decirle la verdad. Empiezo a temer que no podré convencerle de que me ayude.

— ¿Fue él quien disparó a mi predecesor?— me pregunta cada vez más nervioso.

— Sí.

— ¿Y la experiencia no te ha enseñado nada?

— Sí, por supuesto. De hecho, no quiero conocerlo, sólo quiero hablar con él por teléfono.

— ¿Y qué te hace pensar que él también lo quiere?

— Si realmente cree que soy su hermana, ¿por qué no querría hablar conmigo?

— Puede decirte que quiere conocerte en persona, puede empujarte a tomar alguna decisión arriesgada, puede poner en peligro tu vida o la de los que te rodean.

— ¿Y si te prometo que no será más que una llamada telefónica? ¿Me ayudarías?

— Cass, ¿por qué no le pides a Diamond o a Morgan que te consigan ese número?

— Son demasiado protectores.

— Pero si, como dices, sólo quieres hablar con él por teléfono, por qué negarte.

— Ya sabes cómo son.

— Precisamente porque sé cómo soy, no puedo ayudarte.

— Por favor, Smith. Eres mi única esperanza.

— No es una buena jugada, Cass.

— Por favor, tendré cuidada.

— Cassandra...

Veo que se abre un resquicio en su armadura e insisto antes de que se cierre de nuevo.

— Te diré qué, trata de conseguir ese número y me lo pensaré un rato.

Se pasa una mano por la cara y luego me mira derrotado.

— Y pensar que Torre acaba de advertirme sobre tus grandes ojos— murmura sin entusiasmo.

— Muy bien, ¿quién sería el hombre del Mayor que se mezcló con esos matones?

— Su nombre es Tommaso Golgi, ahora es un teniente.

— Parece que no lo conozco.

— Pero puedes llegar a él de alguna manera, ¿verdad?

— Puedo intentarlo.

— Gracias, Smith.

— Agradézcanme cuando esta locura termine. Y ahora dime por qué estamos aquí.

— Pronto llegarán Sara y Elena, tenemos una cita aquí y luego nos iremos a pasar dos días en un balneario.

Me detengo a mirarlo y su expresión de sorpresa me hace dudar mucho.

— ¿Battista no te informó?

— No, debe haberlo olvidado— dice.

Intento detener la sonrisa, aprieto los labios para bloquearla, pero la expresión, primero asombrada y luego gradualmente más y más furiosa de su rostro, no tiene precio.

— Probablemente tenía demasiadas cosas que contarme y pensó que era irrelevante.

Me río abiertamente y consigo sacarle una pequeña sonrisa que hace que su cara sea mucho menos angulosa y dura.

— Probablemente— digo, tratando de ponerme seria de nuevo.

— Tendremos que parar en mi hotel para cambiarnos.

— No te preocupes, no hay problema, tenemos dos días de descanso entre el baño en la piscina y los masajes, y por supuesto puedes disfrutarlos también.

— Le agradezco la oferta, pero prefiero quedarme a mirar.

El timbre anuncia que las chicas han llegado y un momento después nos ponemos en camino para nuestro relajante fin de semana.

— Tenemos que hacer una parada en Smith para recuperar su bolsa — informo a los demás.

— No hay problema— dice Sara, sonriendo al gran hombre que conduce.

— De hecho, si quieres, subo contigo y te ayudo a hacer la maleta— dice, guiñando un ojo, pero nuestro rudo conductor no comenta nada, concentrado en el tráfico.

— Trilli, te recuerdo que Smith conoce muy bien a Dominic

— Oh, se me olvidaba... qué pena.

El viaje, aunque largo, se desarrolla rápidamente gracias a la burbujeante Sara y a los relatos de Elena sobre su nuevo país: Australia.

— Cass, debemos reunirnos esta semana para brindar por la firma del nuevo contrato.

— ¿Habéis llegado a un acuerdo?

— Sí, entre el lunes y el martes deberíamos completar el papeleo y conseguir por fin registrarlo, y después de eso te aseguro que mereceremos celebrarlo.

— Tengo la idea de que las dificultades que ha encontrado se deben a un Mayor del Ejército.

— Olvídalo, Cass, no me hagas pensar en ello.

La expresión de su cara no tiene precio y no puedo evitar sonreír, lo que me hace ganar una mirada de soslayo.

— Lo importante es que ya está todo resuelto. ¿Qué te parece si quedamos para tomar un aperitivo este martes?

Dominic debe haber sido exasperante.

— Yo digo que es perfecto — estoy de acuerdo con entusiasmo.

— Bueno, nunca he salido en la prensa sensacionalista y es una experiencia que me hace ilusión— añade mi antigua vecina, mirándome con una sonrisa.

— ¿Por qué te publicarían en esas revistas?

— Ahora que eres una chica famosa, estoy seguro de que estaré allí en uno o dos disparos.

— Pero no soy famoso.

— Sí. Sara, vamos, enséñale las fotos.

— ¿Qué foto? — pregunto cada vez más desorientada.

Mi amiga, con la sonrisa maligna que ya he aprendido a temer, coge el teléfono y, tras unos segundos, me lo entrega.

Me desplazo a través de unas diez fotos de Jason y yo, mientras caminamos de la mano por la ciudad.

— Fue la noche en que me sacó para demostrarme que no se avergonzaba de nuestra relación— murmuro sin apartar los ojos de esas imágenes.

— Si tengo suerte, incluso el martes por la noche, habrá unos cuantos periodistas para captar nuestra bebida.

— Lo dudo, sin los chicos no creo que nadie esté interesado en mí.

— Ya veremos.

He leído la reseña, pero aunque no es edificante para mí, y para ser sincera ni siquiera para el género femenino en general, sigo estando contenta de aparecer en el mundo con él.

— Fue la noche antes de que dispararan a Giorgio.

— Así que, además de todas sus nefastas acciones, también debemos culpar a Demiyen por arruinar el recuerdo de su velada romántica.

— De hecho, aunque son completamente diferentes, los dos momentos están ahora inextricablemente unidos en mi memoria, uno es dulce y romántico, mientras que el otro me da escalofríos.

Interrumpo para devolverle el teléfono a Sara y continuar.

— Esa mañana, después de disparar a su predecesor— digo, señalando a Smith.

— Me entregó una bala después de cubrirla con su ADN, para que pudiera examinarla y compararla con la mía.

— ¿Quieres decir que ha chupado una bala? pregunta Sara, mirándome con asombro.

— Sí.

Sonríe, sacudiendo su desolada cabeza.

— Pero está todo loco.

***

El hotel con el spa que lo acompaña es maravilloso, todo está cuidado y el personal es amable y profesional.

Nos llevan a nuestras habitaciones y, tras instalarnos, nos sumergimos en la piscina y pasamos el resto del día charlando, dando masajes y tomando saunas.

— Chicas, no me molestéis mañana hasta después de las nueve, quiero tomar el sol entre las sábanas de la enorme cama de mi habitación hasta que eche raíces — nos informa Sara.

— Me estás ocultando algo— dice Elena.

— He visto cómo mirabas al camarero esta noche.

— ¿Yo?

— Sí, lo hiciste, parecía que querías comerlo con la cena.

— Bueno, en realidad, le habría dado un mordisco con mucho gusto— responde mi amiga, levantando las cejas varias veces.

— Y estoy seguro de que se habría alegrado de ello —dije, recordando cómo miraba el camarero a Sara.

— Dejadme ir, si no, no podré prepararme para la noche— dice, antes de desaparecer por la puerta de su habitación, no sin antes guiñarnos un ojo.

— Buenas noches Elena, hasta mañana.

— Hasta mañana, dulzura, y gracias por esto— dice, abrazando todo lo que nos rodea con un gesto.

— No tienes que agradecerme a mí, tienes que agradecer a Jason y a Steven.

— Ciertamente lo haré, buenas noches querida.

— Buenas noches.

En cuanto llego a la habitación que me han asignado, salgo al pequeño balcón atraído por el aroma de las plantas del jardín que rodea la villa, me siento en la tumbona, cojo el móvil y voy a la página web, donde Sara ha encontrado fotos nuestras.

Inmerso en los recuerdos de aquella noche, me sobresalto cuando el teléfono móvil vibra en mis manos.

— Hola — digo secamente.

— ¿Interrumpo algo importante?

Uy.

— Hola Steven.

— Hola Cassandra.

— No, no interrumpes nada, estaba mirando las fotos de la noche en que Jason me llevó a cenar y estaba pensando demasiado.

— ¿Dónde los estás viendo?

— ¿En Internet?

— ¿Qué sitio?

Se lo haré saber.

— ¿Los has visto en algún otro sitio?

— No, pero ¿qué pasa?

— No hay nada de qué preocuparse.

— ¿Por qué me llamaste, Steven?

— Quería saber si todo estaba bien, si sus huéspedes estaban bien alojados y si les gustaba el hotel.

— Sí, por supuesto, todo está bien, gracias. Es un lugar precioso y estamos muy emocionados.

— Perfecto, recientemente hemos cambiado de personal y necesitaba su opinión sincera.

— ¿Esto también es tuyo?

No contesta, pero como si lo tuviera delante, me parece ver su mirada de "¿A dónde creías que te mandaba, a casa de un desconocido?".

— No se preocupe, jefe, le daré un informe detallado.

— No necesito un informe, Cassandra, sólo necesito lo que me has dicho ahora. Relájate y diviértete.

— Gracias, Steven, lo haremos.

En cuanto cierra la llamada, un leve ruido procedente de detrás de la puerta hace que mis oídos se agudicen y, cuando se repite con más fuerza, me acerco vacilante.

¿Quién podría ser a estas horas?

— Abre, dulzura.

Capítulo 2

— ¿Qué haces aquí? — pregunto después de abrir la puerta.

— He venido a dar las buenas noches— dice, mirándome como si no entendiera mi reacción de sorpresa.

— Jason, estamos a kilómetros de casa.

— ¿Puedo entrar o quieres dejarme aquí en el pasillo?

Levanta las cejas y me mira, conteniendo a duras penas su hermosa sonrisa.

— Lo siento, es que me has cogida por sorpresa— le digo, haciéndome a un lado para dejarle pasar.

— ¿Quieres decir que si busco en el armario encontraré al masajista?

Me apoyo en la puerta cerrada y cruzo los brazos bajo los pechos.

— No, mi masajista era una mujer, pero el camarero de esta noche no ha estado nada mal —le digo, intentando mantener la cara seria.

— ¿El camarero?

Asiento con la cabeza mientras doy unos pasos hacia él, la sonrisa que he intentado controlar se apodera de mí y me río de su expresión indignada.

Jason me agarra y me empuja contra la pared, apretándose contra mí y luego capturando mi boca en un beso abrumador.

— Te sugiero que lo saques de aquí mientras no pueda verlo —murmura, separando apenas sus labios de los míos—.

— Si no, sólo quedará su pichi blanco.

Me levanta la camiseta, insinúa sus manos por debajo y me quema la piel con sus palmas calientes.

— Si quieres salvarla, será mejor que te la quites, porque estoy a punto de arrancártela.

Cierra mi boca con otro beso feroz, indiferente al destino de mi ropa, le rodeo el cuello con los brazos y le devuelvo el beso voraz.

Como si se sintiera amenazado, me lo quita con urgencia y siento que las costuras ceden ante su impetuosidad.

— Te compraré otro —susurra en mis labios, dejando que la tela rota caiga al suelo.

Su mirada se desliza más allá de mis hombros y baja hasta mis pechos cubiertos sólo por un ligero encaje blanco, acaricia con sus ojos y explora todo, sopesa y admira haciéndome estremecer. Apoya su frente contra la mía para continuar su examen y la falta de su contacto enciende un poderoso fuego erótico en mi interior... más que si me tocara.

— Te he echado de menos — su voz es tan ronca y profunda que apenas la reconozco.

Comienza a tocarme donde mi piel y mi encaje forman la línea entre el sentimiento y la sensación.

— Si pudiera, te mantendría atado a mi cama todo el tiempo.

Su ligero tacto y su mirada voraz me provocan deliciosos destellos de excitación. Con un dedo, sigo la línea de su mandíbula y la prolija línea del velo de su barba.

— No creo que mis superiores de Diamorg estén de acuerdo con eso — susurro mientras rozo mis labios con los suyos.

— No te preocupes, me ocuparé de ellos.

Me desabrocha los calzoncillos y me los pasa lentamente por las caderas, dejándolos caer al suelo.

— Tengan cuidado porque el Mr. Morgan es un tipo duro.

— Los tipos duros son mi pan de cada día, dulzura, y luego con el Mr. Morgan tengo un buen diálogo.

Le sonrío, pero cuando me toca con el dedo el vientre y desciende para acariciar el Monte de Venus, la risa muere en mis labios abiertos.

— ¿Qué tal una ducha? — me pregunta, mientras se pone al revés y me acaricia el costado de los pechos.

— Digo que normalmente es Steven a quien le gusta torturarme de esta manera.

Sonríe y se inclina para susurrarme:

— Me encanta enjabonar tu cuerpo, llenar mis manos de espuma y recorrer cada centímetro de tu piel, mientras mis oídos se llenan de tus suaves gemidos.

Sin darme tiempo a volver a respirar con normalidad, después de que sus palabras me hayan arrancado el oxígeno de los pulmones y me hayan llenado la mente de imágenes de nosotros bajo el agua caliente, me levanta en brazos y me lleva hacia el baño. Quitándome los zapatos, Jason abre la puerta de una patada y me deposita en el plato de ducha mientras nuestras miradas se encierran y se funden en el fuego de la excitación.

— Termina de desvestirte— ordenó, alejándose un paso.

Me quedo embobada observando cómo se quita la chaqueta y la deposita con cuidado en un mueble cerca del lavabo, se desabrocha tranquilamente la camisa, se quita los pantalones y se detiene.

— No me parece que estés haciendo lo que te pedí.

— Prefiero disfrutar del espectáculo... si no te importa.

Una sonrisa torcida estira sus labios.

— Si quieres que continúe, quítate el sujetador, soltando la prenda que vuelve a cubrir sus pectorales.

Desabrocho el cierre pero bloqueo el encaje del pecho, evitando que el sujetador se deslice hasta el suelo.

— Desabróchalos— le digo, señalando la cremallera de sus pantalones.

Los desabrocha, pero no los quita y levanta una ceja invitándome a continuar. Me quito el sujetador y él se quita primero los zapatos y luego los pantalones, colocándolos sobre la chaqueta.

— Eso no es justo, tienes mucho más que quitar — me quejo mirando la cantidad de ropa que lleva.

Empieza a desabrocharse los botones de los puños, se agarra las solapas de la camisa pero se detiene y me señala las bragas.

— Quítatelos— ordena.

Deslizo los dedos por debajo de las trabillas y empiezo a tirar de ellas hacia abajo, mientras él se quita las mangas y luego deja la camisa sobre el mueble, sin apartar la vista de lo que hacen mis manos.

— Vamos, Jason, no seas tímido— digo, señalando sus bóxers.

El destello de furia que ilumina sus ojos es el resultado que esperaba:

La ira.

Dejo caer mis bragas al suelo y al instante siguiente él está en la ducha, me levanta y empuja mi espalda contra los fríos azulejos, separa mis muslos y presiona su pelvis entre ellos para inmovilizarme contra la pared. Enrollo mis piernas alrededor de su torso.

— Ten cuidado, Cass, estás peligrosamente cerca de hacerme perder el control —murmura, mientras me rocía el cuello con besos y tiernos mordiscos.

— ¿Quién dice que quiero que te lo quedes?

Hundo mis dedos en su pelo y le obligo a levantar la cabeza, a encontrar su tórrida mirada.

Se libera de mi agarre.

— No busques a Steven en mí, Cassandra— gruñe, luego baja la mano y empieza a torturar mis pechos, excitando mis pezones hasta que son dos guijarros muy duros.

En cuanto se separa de mi pecho, le beso con todo el ardor que bulle en mi interior.

Jason me agarra del pelo para separar mi boca de la suya y yo le muerdo el labio para retenerlo mientras nuestras caras se separan.

— Quítame los calzoncillos— ordena, acercando de nuevo nuestras bocas.

Me retuerzo y me retuerzo para liberar su erección, la meto entre nosotros y acaricio la punta, siguiendo la suave y firme corona, bajo su excitada mirada.

— Llévame dentro de ti, Cassandra.

Sus dedos bajan hasta mis nalgas y luego se deslizan por mis sensibles labios y me provocan. Se desplaza para dejar suficiente espacio. Tiemblo mientras me llena, estremeciéndome con la maravillosa sensación de sentirlo.

— Agárrate a mis hombros y déjame el control.

Poco a poco se hunde más y más en mí.

— Quiero que te quedes completamente quieta— añade, mientras presiona un dedo en mi otra entrada.

Junta nuestras bocas para captar el gemido que me arranca al violar mi apretado nudo, comienza a moverse tanto con su miembro como con su dedo, hundiéndose y retrayéndose, haciéndome arder y gemir de placer. Esa lenta danza comienza a llevarme al éxtasis, tiemblo para contener las ganas de moverme y me arqueo para exigir mi disfrute.

Clavo mis dedos en sus hombros mientras el orgasmo crece y crece, convirtiendo el placer y el ardor en una ola de lujuria incontrolable.

— Caliente y húmedo —murmura en mis labios, interrumpiendo el beso.

Empuja más rápido dentro de mí, dejando su dedo quieto y hundido en toda su longitud. Sacudido por violentos escalofríos, jadeo por el preciado oxígeno.

— Eres mi paraíso, dulzura.

Sus embestidas son cada vez más intensas y yo gimo con los ojos cerrados, muy cerca del orgasmo.

— Pero también eres mi infierno — ruge entre dientes apretados, hundiéndose completamente en mi calor.

— Mírame, Cass.

Nuestras miradas se funden y me enredo en su alma llena de sombras.

— Por favor, Jason, bésame.

Une nuestros labios, fusionando completamente nuestros cuerpos... una y otra vez, hasta que una violenta ola me invade, inundando de placer cada fragmento de mí. Me siento temblar como si estuviera a merced de un mar tormentoso, mientras él me empuja con creciente furia.

— ¿Puedes aguantar? — me pregunta, haciéndome poner los pies en el suelo.

— No — murmuro.

Todos mis músculos siguen vibrando por el orgasmo que acaba de terminar.

Abre el agua de la ducha y me echa una cascada de agua helada.

Grito, tratando de escapar de las agujas heladas que golpean mi piel sobrecalentada, pero él me retiene bajo el chorro.

— No hay nada como una ducha de agua fría para despertar el tono muscular.

— Imbécil —le digo, fundiéndome en su sonrisa traviesa.

Ducharse con él es una mezcla de placer y frustración. Hermoso: cuando se deja enjabonar. Injusto: cuando después de un ardiente beso sale de la ducha para envolverse en una toalla.

— Vamos, Cass, sal y acompáñame.

— ¿No vas a pasar la noche?

— No, desgraciadamente mañana al amanecer tenemos una conferencia telefónica conjunta entre el Estado Mayor Conjunto italiano y el estadounidense. Tengo que salir ahora si quiero llegar a tiempo.

Salgo y me pongo el albornoz blanco que me cubre.

— ¿Todo este viaje para pasar sólo una hora conmigo?

— No, sólo he venido a ducharme— me dice.

Me guiña un ojo, coge su ropa y sale del baño. Le sigo y observo cómo se viste.

No quiero que se vaya.

— Todavía no has mirado en el armario— le recuerdo, mientras se abrocha la camisa.

— Dulzura, quienquiera que esté en ese vestuario nunca, jamás, podría estar a mi altura, así que estoy seguro de que lo enviarás tú misma.

Sus gestos al ponerse la ropa son increíblemente eróticos, ver cómo se abrocha el cinturón del pantalón me excita.

Estoy verdaderamente perdida en el amor, si un gesto tan simple es suficiente para hacer latir mi corazón.

— Si con los celos no conseguí algo más de tu tiempo, ¿puedo tentarte con la petición de un paseo bajo la luna conmigo?

— Cassandra...

— He oído que los jardines de noche son muy románticos.

— Dulzura...

— ¿Media hora? — pregunto esperanzada.

Extiende sus brazos y me refugio contra su pecho.

— Vamos a dar un paseo muy largo hasta el coche, ¿vale?

Las avenidas bordeadas de farolas cargadas de energía solar conforman un jardín realmente hermoso, la luz suave, el aroma de las flores y el cálido cuerpo de Jason acurrucado contra el mío crean el entorno perfecto para que me deleite con su compañía mientras charlamos y caminamos.

— Sería mejor volver.

Todo esto hasta que la voz ronca de mi guardaespaldas rompe la burbuja de alegría que me rodea.

— Por supuesto— le dice Jason, pero sin cambiar de dirección.

— Inmediatamente, por favor— añade.

Ambos nos damos la vuelta y Smith, con aspecto alarmado, no deja de desviar su mirada de nosotros hacia un pequeño bosquecillo en el límite de la propiedad de la villa.

— ¿Qué has visto?

— Nada, pero será mejor que salgamos de aquí.

Nos hace una señal para que vayamos delante de él, y con nuestros sentidos en alerta máxima volvemos al punto más luminoso del parque.

— Por favor, saluda rápidamente.

Miro a mi alrededor, contagiada por su preocupación, cada sombra parece esconder un cuerpo agazapado, y cada rama movida por el viento parece moverse mientras un atacante se acerca sigilosamente.

— Ella tiene que volver, tú tienes que entrar en el coche y volver a casa— continúa Smith, cada vez más apurado.

Incluso Jason, alarmado por su comportamiento, mira a su alrededor con circunspección y me acompaña hacia las escaleras de la villa.

— Yo me encargaré de ella. Ve tú — dice Smith.

— Si crees que Cassandra está en peligro, me la llevo conmigo.

— Probablemente no sea nada, pero una vez que ambos estén a salvo, iré a patrullar y si encuentro algún rastro sospechoso sacaré a todos de aquí.

Al pie de la escalera, Smith se coloca delante de mi hombre, impidiéndole subir los escalones.

— Sólo me iré cuando Cassandra esté a salvo — gruñó Jason con furia.

Se desafían durante unos segundos y luego Smith le cede el paso y deja que me acompañe a través de las puertas principales.

— Si le pasa algo a uno de estos dos, Torre me mata— murmura mi guardaespaldas detrás de nosotros.

Jason me coge la cara con las manos y me murmura en los labios.

— Sube a la habitación y obedece a este imbécil.

— Y te subes al coche y cuando llegues a tu destino, saluda a Steven.

Tras un rápido beso con los labios apretados, me detengo en el vestíbulo el tiempo suficiente para verle bajar las escaleras.

A mitad de camino se detiene, gira a su izquierda y un momento después desaparece.

Me apresuro a salir, pero Smith se interpone entre la salida y yo y me da la vuelta.

— Quédate ahí— gruñe antes de salir y cerrar la puerta de cristal en mi cara.

Él también desaparece por las escaleras, el sonido de las refriegas atrae al personal del hotel, y yo también salgo, cada vez más preocupada.

— ¿En qué coño estabas pensando?

El tono furioso de Jason me impulsa a escabullirme entre la gente amontonada en la entrada para ganar una mejor posición.

— ¿Cómo coño has entrado aquí?

Un hombre delgado, calvo y aterrorizado cuelga de las garras de Jasón, que lo zarandea en el aire, sujetándolo por la ropa a la altura de los hombros, como si fuera una ramita de la que soltar fruta madura, mientras el hombrecillo patalea y se agita asustado.

— ¿Quién te ha enviado?— le ladra al rostro pálido del hombre.

— Morgan, déjalo... bájalo.

Smith intenta arrebatar de las manos de Jason al infortunado, que tiene la cara gris y los ojos muy abiertos, balbuceando palabras incomprensibles.

— Este cabrón estaba escondido detrás de un arbusto con su puta cámara — gruñe furioso mientras Smith agarra al hombre y lo pone en manos de los dos hombres de seguridad que acaban de llegar.

Jason recoge el equipo del fotógrafo abandonado en el asfalto, lo abre y saca la tarjeta sim.

— Comprueba si tiene más en el bolsillo.

— No puedes registrarme y no puedes robar mi material— murmura el hombre, mientras Smith revisa sus bolsillos.

— Os denunciaré a todos— añade en voz más alta.

Jason se acerca amenazadoramente y Smith se interpone entre los dos.

— Inténtalo y te lloverá tanta mierda encima que nadie querrá acercarse a ti de nuevo— amenaza tratando de superar a Smith que se mueve para detenerlo.

— Quítate de en medio— le digo, mirando a mi guardaespaldas con una cara distorsionada por la ira.

— Lo haré en cuanto te hayas calmado.

Smith le entrega los simulacros que ha requisado, Jason tras cogerlos se pasa una mano por el pelo y luego se presiona los dedos sobre los ojos. Un gesto que le he visto hacer a menudo cuando intentaba domar al monstruo de la ira.

— No puedo permitirme el lujo de que te arresten por agresión, porque si no el jefe de tu seguridad primero me despellejará vivo y luego me devolverá a patadas al extranjero.

Una pequeña sonrisa arruga sus labios y retira la mano de su cara para mirar a Smith a los ojos.

— Ya estoy tranquilo, soldado. Déjenme pasar.

Smith le cede el paso y el fotógrafo se pone rígido mientras parece empequeñecerse aún más entre los dos guardaespaldas que lo retienen.

— Si te encuentro todavía en mi camino o si veo una sola foto nuestra publicada en algún sitio te encontraré y te trataré igual que a estos.

Aplasta las tarjetas SIM entre sus dedos y las guarda en el bolsillo de su camisa.

— Échalo y te sugiero que te cuente cómo pasó tus muy estrictos protocolos de seguridad, porque quiero un informe detallado de lo que pasó y si encuentro un solo pequeño fallo en él. Los despediré a todos.

— Mr. Morgan.

Un caballero se abre paso entre nosotros y, mientras se abotona el abrigo de doble botonadura, baja las escaleras para unirse a Jason.

— Estoy seguro de que hay una explicación más que válida.

Hace una señal a sus hombres para que se lleven al reportero y luego sonríe a Jason, que le mira con gélida indiferencia.

— Eso espero por ti Gian Filippo, de lo contrario puedes despedirte de tu carrera como director.

Me hace señas para que me una a él y, en cuanto llego al último escalón, me coge de la mano y me aleja de toda esa confusión.

— ¿Qué ha pasado?

— Nada más salir, esa pequeña sanguijuela debió tropezar con algún obstáculo y vi su cámara rodando por la acera.

— Así que fue él quien alertó a Smith.

— Es posible — nos giramos al oír su profunda voz.

Es increíble cómo un hombre tan grande es capaz de caminar sin hacer ruido.

— Me temo que nuestros compromisos laborales nos mantendrán atados en la oficina todo el fin de semana, así que nos veremos directamente en la Torre el lunes por la mañana— me dice Jason, inclinándose para saludarme.

Un beso casto y absolutamente insatisfactorio es todo lo que consigo.

— ¿Has venido sin escolta? le pregunto cuando no veo más coche que el suyo.

— No te preocupes, dulzura. Mis ángeles de la guarda me esperan en su berlina frente a las puertas— me informa mientras sube al coche.

— Si hubiera venido aquí sin ellos, Battista habría enviado al ejército.

Me guiña un ojo y desaparece, engullido por la chapa y los brillantes cristales negros de su coche de carreras.

— Vamos, Cassandra, volvamos a entrar.

— ¿Aún vas a registrar la zona? le pregunto mientras volvemos al hotel.

— Sí, prefiero eliminar todas las dudas.

Tras acompañarme al pasillo, se da la vuelta para marcharse, pero se detiene y vuelve sobre sus pasos.

— Esta noche he conseguido hablar con Golgi— dice, mirándome.

— ¿Sigues convencida de que quieres hablar con ese delincuente?

— Sí, por supuesto.

Hace un gesto afirmativo con la cabeza y se gira para marcharse.

Qué demonios.

Le agarro del brazo antes de que pueda dar otro paso.

— No puedes dejar caer esta bomba y marcharte.

Se gira y me mira con una sonrisa traviesa en los labios.

— ¿Por qué sólo me lo dices ahora?

— Pensé que no querías que tu gente supiera lo que estás haciendo.

— No estoy tramando nada, ahora dime qué ha dicho.

Me mira con una ceja levantada esperando unas palabras más de mi parte.

— Por favor —añado, suspirando.

Lo mismo estos hombres.

— Como habrás adivinado, no tiene el número del pachán, pero intentará difundir que lo buscas y verás que tarde o temprano te llamará.

— ¿En qué número?

Se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca un teléfono móvil anticuado.

— El de este teléfono— dice, entregándomelo.

Estoy a punto de agarrarlo, pero él lo levanta para que no lo toquen mis dedos.

— No lo conectes a tu smartphone, introduce las fotos que quieras enviarle mediante un ordenador, quizás el del hotel, y limpia primero los metadatos.

— Sé cómo evitar dejar huellas en los archivos, Smith, no necesito que un gigante barbudo me diga qué y cómo hacer un buen trabajo para evitar ser rastreado.

— Muy bien, señora, lo sé todo. Tome.

Me da mi teléfono móvil y se va, acariciando la barba desaliñada que le cubre la cara.

Capítulo 3

— Te queda muy bien.

Smith se vuelve hacia mí por un momento, apartando la mirada de la carretera.

— ¿Qué?

— Una barba más corta y recortada te queda mucho mejor que esa especie de arbusto sin forma.

— Lo arreglé anoche mientras estabas en la sala de masajes.

— Lo ha hecho muy bien, pero ¿podrá seguir así? Parece un gran desafío.

— Lo intentaré.

Arrullada por el balanceo del coche me rindo al sueño y cuando me despierto, estamos frente al hotel de Sara.

— Gracias por todo, Cass, fue un gran fin de semana.

— Gracias, Trilli, estaremos en contacto.

— Te veré para el almuerzo Sara, estaré esperando con tu hombre.

— Lo intentaré, Elena, pero Dominic siempre está muy ocupado.

— Dile que si quiere mi casa alquilada, debe encontrar tiempo para comer mi lasaña al horno.

— Sí, señora.

Cierra la puerta y se despide de nosotros mientras salimos al tráfico.

— ¿Cómo organizó la limpieza de la casa?

— Me puse en contacto con una empresa que organiza viajes comerciales y alquilé una parte de un contenedor, un gran contenedor.

Su mirada se suaviza al estudiar mi rostro.

— Estoy perfectamente, Elena, y como ya te he dicho, me alegro por ti— le digo antes de que pueda expresar la pena que leo en su rostro.

— Tienes que ir con tu hijo y tu nieto— digo con convicción.

— Lo sé, pero aun así, odio dejarte aquí sola.

— Como puede ver, no estoy sola.

Asiente con la cabeza y permanece en silencio hasta que Smith detiene el coche frente a nuestra casa.

— Voy a echar de menos todo esto— dice en voz baja, abriendo la puerta.

— Y te voy a echar mucho de menos— dice una vez fuera del coche, inclinándose para mirarme.

— Tú también— admito, con un escalofrío que me aprieta la garganta.

Me sonríe y vuelve a asentir, igual de emocionada.

— Buen trabajo, cariño.

Cierra la puerta y espera a que nos vayamos antes de darse la vuelta y entrar en su casa.

Para distraerme de ese triste pensamiento, cojo el teléfono y voy a la página web de la revista Scandal para descargar nuestras fotos.

Se ha ido.

Volátil.

Las fotos no están y el artículo tampoco, tengo la idea de que Steven se ha hecho oír.

Una pena, me hubiera gustado tenerlos.

Me acomodo mejor en el asiento y llamo a Giorgio que, entre una broma alegre y alguna burla, consigue devolver mi estado de ánimo a un nivel aceptable, pero es la plena certeza de que su estado de salud mejora constantemente lo que me hace llegar a la Torre mucho más despreocupado.

***

— Cassandra.

Aparto la vista del ordenador de mi mesa, sólo para encontrarme con una mirada profunda y oscura, y mi estado de ánimo vuelve a deteriorarse.

— Mayor Ferri.

Dominic entra en mi despacho y todo el espacio parece impregnarse de su esencia, incluso el ordenador parece bajar su tono de zumbido, como si temiera molestarle con el ruido de los disipadores.

— La policía me entregó todos los expedientes y pruebas recogidas en el lugar del accidente de tus padres.

Le observo acercarse con el aplomo de quien piensa que el mundo es su patio de recreo personal.

— Esta era una de esas cosas.

Coloca un pequeño objeto sobre mi escritorio y lo desliza hacia mí antes de retirar sus dedos.

Lo reconozco inmediatamente y una oleada de nostalgia amenaza con cortarme la respiración.

— La memoria USB de mi padre— murmuro.

Lo cojo y lo hago girar entre mis manos, mientras los recuerdos me asaltan.

— Se lo regalé por un cumpleaños: un pendrive disfrazado de corcho... Papá era un conocedor del buen vino —digo más para mí que para él.

De hecho, no responde y continúa como si no le hubiera dicho nada:

— Hemos intentado abrirlo, pero está protegido por contraseña.

Espero que con Sara sea mucho menos insensible y se centre un poco menos en sí mismo y en sus necesidades.

— Mi padre era muy celoso de su intimidad.

El recuerdo de la cara de desconcierto de mi padre al abrir el paquete me llena de melancólica alegría.

— Antes de entregárselo al departamento técnico, me gustaría que intentaras abrirlo tú mismo, ya que lo conoces y podrías encontrar la forma de abrirlo rápidamente.

— ¿Qué crees que puede contener?

— No lo sé, Cassandra, encuentra la contraseña y dímelo.

Se da la vuelta para marcharse, pero le vuelvo a llamar para hacerle una pregunta que me preocupa desde hace días.

— ¿Ya los has desenterrado?

— No, he decidido no hacerlo por ahora, gracias a tu encuentro en ese garaje con tu supuesto medio hermano, tenemos muchas pistas que seguir y buscar pruebas del supuesto asesinato de tus padres puede esperar.

Se vuelve hacia mí y su mirada severa pero clara aligera la carga que pesa sobre mi alma desde que tomé esa decisión.

— Gracias, Dominic.

— No me des las gracias, Cassandra. Puede que tenga que dar esa orden de todos modos.

Cruza el umbral, pero antes de salir, se vuelve una vez más para añadir:

— Sé que estás esperando una llamada telefónica.

Le miro estupefacto y no comento nada con la loca esperanza de que no esté hablando de Demiyen.

— Por el momento no voy a discutir esto con sus hombres.

No, no hay duda, lo sabe todo y puedo ver la desaprobación en sus ojos.

— Te doy hasta esta noche.

Debería haber pensado en eso, pero evidentemente Tommaso, como un buen soldadito, corrió inmediatamente a informar.

— Dominic...

— No, Cassandra. Ahora averigua qué hay en ese pendrive, y cuando termine mi reunión con Diamond y Morgan, irás a tu gente y les dirás lo que estás tramando a sus espaldas.

— No estoy conspirando.

Su mirada severa se intensifica y consigue quitarme la capacidad de hablar.

Ese es el Dominic que no soporto y odio.

Aquí está el Mayor Ferri y su maldita convicción de que siempre tiene la razón.

Pero él tiene la sartén por el mango y no puedo hacer otra cosa que seguir sus deseos.

— Sí, señor— suelto, dejándome caer en el sillón.

Se da la vuelta y se aleja. Acaricio su espalda hasta que puedo mirarlo, luego cierro la aplicación en la que estaba trabajando antes de ser interrumpida por el todopoderoso y magnífico Mayor e introduzco el pendrive.

Pruebo las contraseñas habituales, nombres, fechas, apodos... pero nada funciona. Empiezo a probar varias combinaciones de fechas y nombres, las mezclo y las hilvano, estoy a punto de rendirme, cuando después de más de una hora tengo una intuición y pulsando tranquilamente una tecla cada vez

escribo: "Merlot2005— el tipo de vino que prefería seguido de la añada que, según él, ha hecho la historia de la enología.

Bingo.

Sólo hay dos carpetas, la primera está llena de documentos y proyectos en los que mi padre estaba trabajando antes del accidente, pero en la segunda hay fotos y un par de documentos.

Abro la primera.

— Hola, ¿puedo molestarte un momento?

Miro hacia arriba y en la puerta está el subdirector de la oficina administrativa.

— Claro, pasa.

Cierra la puerta y, antes de volverse hacia mí, arquea el cuello para comprobar el pasillo desde ambos lados.

— Quería advertirte sobre Marta, me ayudaste a evitar un probable despido cuando no me di cuenta de que éramos víctimas de un ataque informático.

— No era su trabajo darse cuenta de que un hacker había entrado en el sistema.

— Mi jefa no es de la misma opinión, si el ataque hubiera tenido éxito, me habría despedido en el acto, echándome toda la culpa.

— Supongo que los sindicatos no lo habrían permitido.

— Mi contrato no es comparable al de un empleado estándar, pero no es de eso de lo que quería hablarte.

— Dígame.

Se gira para comprobar el pasillo y dice todo en un suspiro:

— Marta está en pie de guerra contigo, ha decidido sabotearte en todo.

— No le tengo miedo.

— No lo subestimes porque te puede hacer la vida imposible, sobre todo si trabajas aquí a partir de ahora.

— Desde que puse un pie en el Diamorg me ha tenido en el punto de mira.

— En esta planta sólo somos tres asistentes, así que a menudo vamos a comer todos juntos.

Mira por encima de su hombro una vez más y luego añade:

— Estuvo el viernes y puedo asegurar que nunca la había visto tan envenenada con nadie.

— Gracias— digo, pero luego me interrumpo.

— Lo siento, creo que no sé su nombre.

— Tiziana, pero por favor llámame Tizy, nunca me ha gustado mi nombre completo.

— Bien, gracias Tizy, tendré cuidado.

— Me voy ahora antes de que me vea.

Me sonríe con los labios apretados y desaparece en la oficina de administración.

Como dijeron los niños, este es un mundo de tiburones y los pequeños peces que se ven obligados a vivir en estas aguas tienen una vida muy difícil.

Vuelvo a concentrarme en los archivos del lápiz de memoria de mi padre y abro la primera imagen: un hombre que no conozco abrazando a una chica igualmente desconocida, miran al objetivo riendo alegremente.

¿Quién sabe quiénes son y por qué mi padre guardó su foto en el pendrive?

En la siguiente imagen siguen estando los mismos dos chicos, pero en esta toma no están solos, están rodeados de otros personajes que reconozco inmediatamente.

— Son los colegas de mi padre— exclamo en el despacho vacío.

Reconozco a muchos de los hombres que aparecen en las fotos que me envió el hijo del Sr. Vitali, de hecho diría que están todos excepto mi padre. Para asegurarme, cojo el teléfono y comparo las dos fotos.

Sí, así es. Son ellos.

Hay un total de diez imágenes de la pareja en el lápiz de memoria.

— Papá, ¿estabas reuniendo pruebas de tu inocencia?

Abro el único documento de texto de la carpeta: contiene una carta de renuncia. Además de las habituales frases de circunstancias, hay una frase muy elocuente en los motivos:

"Por razones personales me veo obligado a abandonar el proyecto y a regresar a Italia inmediatamente".

Justo debajo:

"Algunos acontecimientos que se produjeron fuera del círculo de trabajo me obligaron a abandonar Moscú".

— ¿Pudiste acceder a ella?

— Sí, mira a Dominic.

Regodeándome, le hago una señal para que se acerque.

— Estaba reuniendo pruebas de su inocencia, este pendrive era para Demiyen —dije con alegría.

—Le cedo el asiento frente al PC y él se queda de pie y sin comentar nada, mira el material.

— ¿Qué te parece?— le pregunto, deseoso de conocer su opinión.

— ¿Cómo sabía que la mujer era su madre?

Su pregunta me desconcierta y busco una explicación plausible.

— No sé, tal vez Demiyen se lo describió.

— Cassandra.

— Dominic, ¿las cosas pueden ser siempre difíciles para ti?

— Siempre intento no dar nada por sentado, nada es lo que parece a primera vista.

— Mi padre era inocente y esto lo demuestra sin lugar a dudas.

— Investigaré a su colega y veré lo que sale, mientras tanto si por alguna desgracia tengo noticias de él, no digas nada.

— Pero.

— Nada, Cassandra. No debes ni mencionarlo, ¿entiendes?

— Si pudiera convencerse de que se equivocó al culpar a mi padre, dejaría de perseguirnos.

— No me hagas confiscar tu teléfono.

— Los dos nos damos la vuelta y Jason nos mira interrogativamente desde la puerta.

— Seguro que tu mujer está deseando responder a esa pregunta. Ahora tengo una cita para comer. Hablaré contigo esta noche, Morgan.

— Saluda a Elena —le grito al cruzar el umbral.

— No me lo perderé.

Desaparece por el pasillo y me encuentro mirando la expresión de sospecha de Jason.

— ¿Qué teléfono, Cassandra?

— Necesito decirles algo a los dos, ¿puedo dejar la respuesta hasta que estemos en casa de Steven?

Me invita a ir delante de él y siento su mirada clavada en mi espalda, como si fuera un aguijón que me estimula a avanzar lo más rápido posible.

Steven entrecierra ligeramente los ojos sorprendido por la invasión de su espacio mientras sigue hablando por teléfono en un idioma que te araña los tímpanos con su desproporcionado uso de consonantes. Cuando desplaza su

mirada por encima de mi hombro, terminando apresuradamente la llamada y sacando el auricular, la puerta se cierra con un suave golpe y su mirada vuelve a dirigirse a mí, llena de una intensidad que me hace querer salir corriendo.

No sé por dónde empezar.

Cojo el teléfono que me ha dado Smith y lo contemplo mientras lo hago girar entre mis dedos, concentrándome en ese objeto, tratando de encontrar la mejor manera de tratar con ellos.

— He cargado las fotos de mi padre en este teléfono de la vieja generación — le digo, mirando hacia arriba.

Sé que he empezado mal cuando los ojos de Steven se entrecierran en una expresión amenazante, mi divagación le ha hecho sospechar inmediatamente.

— ¿Por qué?

Directo y quirúrgico, como siempre.

— Los teléfonos muy antiguos como este no tienen GPS y rastrearlos es difícil y encima está completamente en blanco, sólo contiene fotos que me envió el colega de mi padre.

Pero aún no estoy preparado para confesar mi secreto.

— Cassandra.

Mi nombre en sus labios resuena como una advertencia, una promesa amenazante.

— La sim no está a mi nombre, así que podemos considerarlo un poco como un teléfono desechable.

— ¿Qué coño has hecho? me pregunta Jason, acercándose para poder mirarme a la cara.

— He pensado en todo y...

Sus miradas son como una puñalada en el pecho, llenas de sospecha, ira, decepción y preocupación.

— Qué cojones has hecho, Cass —me interrumpe Jason impaciente por mi vacilación y trato de calmarlos:

— Nada trascendental, no hay que temer.

— He aprendido a temer cualquier cosa que me digan que no es nada trascendental.

Cruza los brazos sobre el pecho y apoya las caderas en el escritorio de Steven.

— ¿Puedo continuar?

— Por favor, sigue adelante y cava tu propia tumba.

Su gesto de señalar el suelo entre nosotros hace que aparezca una sonrisa nerviosa en mi cara, que desaparece cuando choco con los ojos azul oscuro del Mr. Diamond.

— Como ya he dicho, lo preparé con meticulosa manía para asegurarme de que no pudiera ser rastreado o hackeado.

Los miro, pasando de uno a otro con una mirada severa.

— Fui muy cuidadosa — replico en este punto porque me gustaría que el concepto quedara claro para ambos.

— Lo entendemos, Cass, ahora sigue. Llegar al punto en el que nos cabrea.

Respiro profundamente y confieso mi pequeño secreto.

— Le pedí a Tommaso Golgi que hiciera llegar un mensaje a los oídos de Demiyen.

Los miro esperando su reacción, pero ambos permanecen en absoluto silencio.

— No era mi intención ir a tus espaldas.

— Pero tú lo hiciste y encima involucraste a otras personas en esta tontería —dice Jason, interrumpiéndome.

— Sí, no pude llegar fácilmente a Golgi, pero lo importante es que el teniente ha accedido y está tratando de conseguirle a Demiyen el número de este teléfono.

— ¿No habíamos acordado que te mantendrías alejada de Demiyen?

Esta vez es Steven quien me interrumpe y su tono es mucho más duro que el de Jason.

— Sólo será una breve llamada telefónica y luego tiraré el teléfono.

Se levanta de la silla desde la que ha estado observando toda la conversación y camina alrededor del escritorio.

— Sin embargo, nos desobedeciste, Cassandra.

También apoya sus caderas en el escritorio, adoptando la misma posición que su compañero.

— Sólo será un contacto telefónico con un dispositivo imposible de rastrear y casi inutilizable.

— Ningún sistema telefónico es imposible de rastrear— señala Jason.

— Mi paradero no es un misterio para nadie: o estoy aquí o estoy contigo y él ya los conoce, ya que consiguió tenderme una trampa a costa de Giorgio.

— Así que sabes que el hombre es un peligro para ti, pero aun así estás tratando de encontrar la manera de ponerte en contacto con él y encima has involucrado a otras personas, poniendo en riesgo su seguridad.

— El Golgi es capaz de cuidar de sí mismo.

— Pero no es el único al que has involucrado, ¿verdad?

— ¿Qué importa?

— ¿Quién es, Cassandra?

Tengo miedo de que su ira se descargue sobre Smith y trato de ser honesto hasta la médula.

— Sólo hizo una compra y un par de llamadas telefónicas, que es lo que le pedí.

— Smith— dice Jason, agudizando su mirada peligrosamente.

No quiero que lo culpen.

— Sí, es él y, si soy sincero, no fue fácil convencerle de que me ayudara, pero llegó a la misma conclusión que yo: una llamada telefónica, si está bien orquestada, no puede hacer daño a nadie.

— ¿Lo trajiste de Estados Unidos con este fin?

— No, claro que no. Cuando te pedí que te pusieras en contacto con él para sustituir a Giorgio, no tenía esto en mente... no tenía nada en mente.

Él asiente y mi ansiedad por Smith es sustituida por la ansiedad por las repercusiones en nuestra relación.

— ¿Se lo has dicho a Ferri o a Golgi? me pregunta Steven.

— ¿Qué te parece?

— Te he hecho una pregunta, Cassandra, y te agradecería una respuesta.

— Ni siquiera le diría a Ferri cuántas veces como en un día, y mucho menos algo así.

— Porque usted era muy consciente de que él se lo habría impedido y que le habría ordenado que nos lo contara todo.

El recuerdo de Dominic y su mirada de: ahora haz lo que te ordeno, si no, pagarás las consecuencias, se solapa con la furiosa de Steven.

— Lo que evidentemente acaba de hacer, ¿verdad?

Aunque Ferri no está presente, su desaprobación se cierne sobre mí y agrava la que ya me rodea.

— Sí, me dijo que le informara, de lo contrario lo habría hecho.

— ¿Te das cuenta de que lo que tienes que mostrarle nunca le convencerá?

Desvío la mirada hacia Jason para responder a su pregunta, pero con el rabillo del ojo veo que Steven se aleja del escritorio.

— Tal vez, pero combinados con los que Dominic me dio esta mañana, puedo asegurar que marcarán la diferencia.

— ¿Qué te ha dado Ferri? me pregunta Steven mientras se acerca.

— Entre las pertenencias de mis padres que la policía recogió en el lugar del accidente estaba la memoria USB de mi padre. Ferri me pidió que encontrara la contraseña que lo protegía.

— ¿Supongo que has conseguida superar el bloqueo?

Jason también se desprende de su apoyo y también da un paso más.

— Sí, con cierta dificultad, pero lo conseguí. En el dispositivo encontré unas fotos y un documento que prueban con certeza que mi padre era inocente y que Demiyen se está vengando de la persona equivocada.

No quiero retroceder, quiero demostrarles que no tengo miedo de su reacción.

— ¿Qué dijo Dominic?

Me giro para mirar a Jason, que con otro paso reduce nuestra distancia a unos pocos centímetros.

— Se mantuvo muy vago y, como siempre, hizo de abogado del diablo: investigará y luego nos informará—.

— E?

Saca el teléfono móvil que todavía tengo en la mano y lo hace desaparecer en el bolsillo interior de su chaqueta.

— Y me dijo que si Demiyen se pone en contacto conmigo, no tendré que informar sobre este último hallazgo.

— ¿Crees que tienes razón, Cassandra?

— Creo que si no me devuelves el teléfono, todo esto no tiene sentido. Creo que intentar razonar con el hombre es la única manera de avanzar. Sé que no será fácil, pero cuando lo pongamos frente a las pruebas de la inocencia de mi padre, empezará a vacilar y la semilla de la duda detendrá su sed de venganza.

Se miran sólo un momento, pero en ese instante, en esa mirada fugaz, veo mi final.

— Si no me equivoco, todavía tenemos que cobrar uno de tus pagos— me dice Jason.

— Todavía tienes que cumplir un pacto que está pendiente desde hace demasiado tiempo— me susurra Steven al oído.

La imagen de ellos besándose llena mi mente. El contacto de los labios de Steven en la tierna piel de mi oreja hace que mi corazón lata más rápido, por algo muy distinto a la preocupación o el miedo a perderlos.

— No creo que sea el momento adecuado, te enfadas y empiezo a decir, mientras un escalofrío recorre mi columna vertebral, aumentando mi excitación.

— No queremos saber lo que piensas, dulzura.

Con un pequeño paso Jason me atrapa empujándome contra el pecho de Steven.

— Queremos saber si recuerdas los términos del pacto —me pregunta, acariciando mi brazo hasta el hombro y luego volviendo a bajar—.

— Sí, por supuesto. Recuerdo el pacto— digo.

¿Cómo podría olvidar la espada de Damocles que pende sobre mi cabeza desde entonces?

— Repite las condiciones— ordena Steven, antes de depositar un beso húmedo en mi cuello.

— En cualquier momento puedes pedirme que vaya más allá de uno de mis límites, como yo te he pedido que vayas más allá de los tuyos.

En cuanto termino de decir esas palabras, se apartan, dejándome libre.

— Tan pronto como salgas de aquí, irás a casa, donde encontrarás un paquete, te prepararás y te pondrás todo lo que hay en él, y luego, a las ocho en punto, te dejará tu Smith "En el Club".

Capítulo 4

Cuando salgo del coche, mi corazón late tan rápido que puedo sentirlo golpear en mis sienes.

— Cassandra, estás muy pálida, ¿seguro que estás bien?

— Es la segunda vez que me preguntas eso... Sí, Smith. Estoy bien, de verdad.

Estoy muerto de miedo por lo que me espera tras las puertas del club.

— ¿Es él el que está ahí?

— Él... ¿quién? —le pregunto desconcertada.

— El hombre del que sólo deberías esperar una llamada telefónica.

— No puedes estar seguro, no es Demiyen quien me ha invitado aquí, sino tus jefes.

— Por ahora— señala.

Una sonrisa juguetona aparece en su rostro, pero la aprensión brilla en sus ojos.

— No te preocupes, Smith, no te despedirán.

— No me preocupa eso.

— ¿Un no?

— No, Diamond tiene razón. No debería haberte ayudada. No es seguro para ti. Ese chico es demasiado peligroso.

— Es sólo una llamada telefónica y así seguirá siendo— le digo mientras llegamos frente a la gran puerta lacada en rojo.

— Y para tu información, me confiscaron el teléfono.

— Esto no es bueno, Cass. Si te llama y no contestas, podría reaccionar mal.

— Díselo a tus jefes. Tal vez te escuchen.

Llamo bajo el cartel: "El Club" y poco después la puerta se abre lentamente, sin ruido, sin prisa, sin piedad.

En el umbral, surge la figura de una mujer con un vestido largo, rojo y ajustado.

— Victoria —digo su nombre, sorprendida de que sea ella quien me reciba.

Se gira hacia mí y su cabello oscuro suelto se mueve acariciando sus hombros, me mira con su hermosa sonrisa en los labios tan rojos como su vestido.

— Cassandra, llegas justo a tiempo, brava.

Se aparta para dejarme entrar y el placer por su simple cumplido me hace enfadar conmigo misma.

No debería regodearme en sus elogios.

— Lo siento, pero no puedes entrar —dijo Mistress V. con voz acariciadora pero firme a Smith.

— No te preocupes, no era mi intención entrar— comenta mi acompañante sin gracia.

Victoria le mira, levantando imperceptiblemente la ceja derecha, un movimiento leve pero sorprendentemente efectivo.

— Eso es bueno— dice.

Cierra la puerta ante la cara de fastidio de Smith y se vuelve hacia mí, invitándome a precederla por el pasillo que lleva a la sala con los sofás de color rojo intenso.

El impulso de justificar el comportamiento grosero de Smith hace que me piquen los labios y los aprieto para no ceder a la tentación.

— Sígueme, Cassandra.

Victoria abre la puerta roja que atravesé hace meses y, como entonces, la sigo por un laberinto de pasillos ricamente decorados.

— ¿Tienes una sala común? le pregunto para intentar aliviar la tensión que empieza a hacerme temblar.

— Por supuesto, pero no te diriges allí.

— No puedes decirme lo que tienen en mente, ¿verdad?

No me responde, pero la leve sonrisa que veo en sus labios cuando se gira para dejarme pasar primero por una puerta es suficiente para hacerme temblar aún más.

¿Qué demonios se les ha ocurrido? ¿Qué límite quieren que cruce?

Oh, Dios.

El frío del miedo me ha congelado las extremidades y me envuelvo con los brazos, tanto para intentar detener el temblor como para mantener el calor.

— Ya sabes lo que hay que hacer, ¿verdad Cassandra? Me pregunta cuando ambos estamos en el vestuario.

— No necesito cambiarme ni refrescarme— le digo, recordando las instrucciones que recibí en la ocasión anterior.

— Perfecto, entonces podemos ir a la alcoba— dice señalando la puerta negra frente a nosotros.

Aunque la palabra "Alcoba" debería tranquilizarme y transmitir la paz inherente a ese término, paradójicamente me agita aún más.

Salimos del vestuario y entramos en una habitación en la que lo único que tiene en común con la de la última vez es la cama con dosel en medio de la alcoba.

El techo abovedado con ladrillos de tierra marrón a la vista, el suelo de madera oscura, las paredes pintadas en un tono más claro que el techo, todo es muy cálido y acogedor, tal y como debe ser una alcoba. No hay cadena, ni gancho... nada en absoluto, sólo hay una gran cómoda con una elegante bandeja apoyada en su parte superior, pero el contenido está oculto por una cortina blanca. Blanco lechoso como el juego de sábanas de la cama grande.

— Te ves tensa, Cassandra.

Aparto la mirada de la gran cama y al ver la expresión interrogante pero tranquila de Victoria, me contagio de su calma.

— Sí, lo admito.

Ella sabe lo que va a pasar, y aunque nunca me lo diría, en su mirada tranquila encuentro la certeza de que podré hacer frente a cualquier límite que tenga que cruzar esta noche.

— Un poco, pero eso es sólo el miedo a lo desconocido.

Con un elegante gesto de la mano, me invita a acercarme a la cama.

— El miedo agudiza los sentidos y hace que la experiencia sea aún más intensa.

— Entonces va a ser una experiencia con una explosión— murmuro.

Me sonríe, pero levanta las cejas como para indicar su divertida desaprobación.

Debe ser una Mistress muy estricta.

— ¿Estás segura de que quieres quedarte con el abrigo?

— En cuanto salgas, te lo quito— le digo molesta por su insistencia.

No quiero que vea lo que llevo puesto.

— Cuando salga, será tarde.

Me giro al oír la voz de Jason y veo cómo entran y llenan la habitación con sus personalidades desbordantes.

— Quítatelo — me ordena Steven.

Victoria da unos pasos hacia la puerta, pero él levanta una mano para impedir su retirada.

— Si no le importa, Mistress V. Me gustaría que se quedara unos momentos más.

Intento que no se note toda mi indignación en la cara y me desabrocho el cinturón, las dos solapas se separan dejando entrever lo que llevo puesto: un sujetador de encaje rojo oscuro, o mejor dicho, el encaje sólo rodea la copa y la parte central del pecho queda completamente al descubierto; las bragas también son de encaje rojo y también dejan al descubierto la zona más importante, velando con encaje sólo el monte de Venus y la parte superior de las nalgas, las piezas de tela están unidas por dos cintas que rodean y realzan los grandes labios.

Llevar esa prenda me hace sentir más expuesta y desnuda que si lo estuviera realmente.

Dejo que el ligero abrigo se deslice por mis hombros y mientras sus miradas sopesan mi cuerpo, la caricia de la tela sobre mi piel me hace estremecer.

— Hermosa— juzga Victoria, antes de salir de la habitación.

La puerta se cierra dejándonos solos, respiro profundamente para intentar calmar los locos latidos de mi corazón.

La expresión severa de Steven y la expresión inexpresiva de Jason arrasan con cada pizca de calma que Victoria había logrado infundir en mí.

No hablan, se acercan y se detienen frente a mí. El corazón me martillea tan fuerte en el pecho que temo que vaya a estallar. Pero no sería honesto conmigo mismo si no admitiera que no es sólo el miedo, sino también la emoción, mucha, mucha emoción, lo que la hace galopar con tanta fuerza.

— Sólo tienes que cumplir dos reglas, Cassandra— me informa Steven, mientras Jason se mueve detrás de mí.

Sólo ahora me doy cuenta de que en sus manos hay una cinta de seda del mismo color que mi ropa interior.

— ¿Cuáles? — Pregunto.

Me giro para mirarlo, mientras lo desenrolla y lo desliza entre mis dedos, siento que se desliza sobre mi piel y aprieto mis manos, que de repente me pican.

— Mírame.

Me vuelvo hacia Steven y me pierdo brevemente en el azul de sus iris, pero entonces la seda escarlata me cubre los ojos, impidiendo que nuestras miradas se fundan.

— Debe obedecer rápidamente cualquier orden nuestra.

Me pasa los dedos por los labios mientras Jason me aprieta el nudo de la nuca.

— Y a partir de ahora, no saldrán más palabras de tus labios, ¿entiendes?

Asiento con la cabeza mientras sus dedos siguen sondeando el contorno de mi boca.

— Esta noche no necesitarás ni la vista ni la voz, esta noche experimentarás el sexo de otra manera— me susurra Jason al oído.

Steven sustituye sus dedos por sus labios y me invita a aceptar su beso, rozando mis labios con su lengua.

— Utilizando sólo el tacto, el oído y el gusto.

Su beso se vuelve voraz y agarra el nudo que Jason acaba de apretar para tirar de mi cabeza hacia atrás.

— Vas a saborear el sexo más intensamente de lo que nunca lo has hecho — continúa Jason en un susurro apenas murmurado.

Steven termina el beso con un ligero mordisco y luego me empuja hacia atrás, Jason se va y yo retrocedo hasta que mis pantorrillas chocan con un obstáculo.

Me hacen tumbar en la cama, me atan las muñecas y los tobillos probablemente a las columnas del dosel, tirando de ellos hasta su máxima extensión. Cuando sus manos abandonan mi cuerpo, ya no puedo moverme, no puedo mirarlos, sólo puedo sentir cómo se alejan de la cama.

Ya no percibo nada, han desaparecido de mis sentidos.

Por un momento me siento perdida y desorientada, luego poco a poco empiezo a oír pequeños ruidos, leves y fugaces crujidos, como si mi oído se viera reforzado por la ausencia de vista. Huelo su perfume en la habitación, sutil pero insistente. Siento la aspereza de la tela bajo mi cuerpo acariciando la piel de mi espalda, piernas y brazos. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo haciendo que mis pezones se estremezcan al sentir sus ojos sobre mí, siento que exploran cada parte de mí y me siento desnuda y frágil bajo ese escrutinio silencioso.

No poder hablar, no poder mirarlos, no poder tocarlos ni siquiera con los ojos es algo muy cercano a la verdadera tortura.

Entiendo que la vista es muy importante, pero también es muy prepotente, como ellos: lo consume y devora todo, sin dejar espacio para los demás sentidos.

Me agarro a las muñecas y tiemblo, molesta por la quietud. La sangre retumba en mis venas, impulsada cada vez más frenéticamente por mi corazón enloquecido.

— Quédate quieto.

Oigo un ligero crujido, alguien se mueve y siento una presencia cerca de la cama. Su mirada es como una caricia, una sensación extraña y diferente que me molesta y me excita al mismo tiempo, provocándome deliciosos escalofríos que ondulan mi piel.

A mi izquierda, el colchón se hunde y Jason, junto a mi oído, murmura suavemente:

— Te estamos observando, dulzura. Te queremos, ¿me oyes?

Me gustaría gritar mi respuesta, me gustaría poder decir que necesito sentir sus manos y sus cuerpos, pero debo callar. Aprieto los labios y me trago las ganas de hablar.

— ¿Sientes nuestros ojos sobre ti?

El colchón también cede ante mí, Steven se arrodilla entre mis piernas, sus manos en mis muslos acarician ligeramente y un escalofrío me recorre haciendo que me tense ante ese contacto.

Me gustaría poder verlo.

Unos labios cálidos y húmedos se posan bajo mi ombligo. Descienden lentamente sobre mi vientre, sobre el monte de Venus, besando primero un muslo interior y luego el otro, ligeros, delicados. Un dedo me toca y recorre toda mi carne temblorosa, haciendo cosquillas y atormentando mi sexo. Su boca se aleja de mis piernas, pero no toca nada más y su ausencia me hace retorcerme. Siento que sus ojos observan cada una de mis reacciones, cada uno de mis temblores, incluso sus dedos se han detenido y se posan en mi clítoris que palpita bajo ese toque distraído.

Me gustaría poder pedirle que continúe.

Jason me obliga a girar la cabeza hacia él y coloca sus labios sobre los míos, su lengua se abre paso entre mis dientes y se apodera de mi prepotente pero dulce boca.

— No tienes ni idea de lo mucho que me excita esto —murmura, apartándose brevemente de mis labios.

Sus palabras, su sabor, esos dedos sobre mí que comienzan a presionar y a dar vueltas alrededor de mi punto más sensible, crean una ola abrumadora que hace que cada músculo se contraiga y luego se anide, sinuoso y líquido en mi sexo.

Me gustaría poder tocarlos.

Apretan los brazos con el afán de poner las manos en el cuerpo. Me siento desnudo, frío y solo, pero no puedo hacerlo. Los nudos de Jason no ceden ni un centímetro.

— No tires más de las cuerdas, Cassandra — me ordena Steven.

Me vuelvo hacia él e imagino su tórrida mirada, severa pero llena de deseo. Siento que puedo ver su cara mientras una sonrisa cruel levanta una esquina de sus labios carnosos.

— No quiero ninguna marca en tu cuerpo, a menos que yo decida dejarlas— añade perentoriamente.

Recorre con sus dedos mis labios mayores, hasta tocar el lugar donde más los extraño. Jason me agarra del pelo y vuelve a besarme. Su lengua dentro de mí, sus dedos empujando lenta y suavemente llenando mi sexo, y al momento siguiente estoy perdida: fundiéndome en un tórrido placer que llena y hierve mis venas, arrastrándome al orgasmo.

— Puedes disfrutar, Cassandra —su voz es como el terciopelo y se arrastra suavemente sobre mi piel abrasadora.

Sus labios se cierran sobre mi clítoris y lo chupa con increíble habilidad y pericia. Grito en la boca de Jason e intento liberarme para respirar, pero él me retiene.

— Deja que te bañe... ven por nosotros, Cassandra.

Algo no cuadra, cómo puede hablar si.

Jason interrumpe el beso y, mientras jadeo para intentar llenar mis pulmones del preciado oxígeno, su boca recorre lánguidamente mi cuello hasta llegar a mi garganta y luego a mis pechos para atormentar mis pezones y arrancar todo pensamiento coherente de mi mente.

Por muy abrumador que sea todo lo que me hacen, no puedo pasar el umbral del orgasmo, algo me frena, algo va mal.

Los dedos aumentan el ritmo y la boca me chupa el clítoris con más fuerza, aprieto las manos en puños y me arqueo para luchar contra esas sensaciones.

Hay algo malo, algo diferente en ese toque.

Pero no puedo detenerlo y lo disfruto, mientras otra boca se deleita con mi cuerpo, apoderándose del otro pezón. Me veo arrastrada a otro orgasmo más

impetuoso que el primero, mientras la tercera boca entre mis piernas, me acompaña suavemente, rezumando de mi cuerpo hasta la última gota de placer.

Cuando todo termina y mi cuerpo tiembla en sus manos, jadeo y aprieto los ojos con fuerza tras la venda.

Qué imbéciles.

Los dedos del intruso salen lentamente y rozan todo mi sexo, que vibra con un nuevo espasmo. El colchón se hunde al moverse hacia arriba, los chicos se desplazan y las yemas de los dedos se posan en mi boca.

— Lickety—split, con voz perentoria, Steven.

Cierro a medias los labios y obedezco. Mi gusto por esos dedos ajenos tiene el sabor del pecado.

Una mano suave me acaricia la cara y me libera de la venda, pero sigo con los ojos bien cerrados, temiendo saber a quién estoy mirando.

— Abre los ojos, Cassandra.

Parpadeo en la tenue luz de la habitación y unos ojos azules llenos de emoción se funden con los míos.

Qué grandes imbéciles.

Tengo tantas ganas de insultarles que la chica que tengo delante se retira unos centímetros.

— Cassandra, Gioia acaba de hacerte disfrutar, ¿no crees que deberías ser un poco menos hostil?

No, no me lo creo.

Desplazo mi mirada furiosa hacia los verdaderos autores y, tras recibir una sonrisa pícara y un guiño de uno de ellos, me centro en el otro.

— "Mastr D— murmura la chica, apartándose de mí.

— Quédate donde estás, Gioia — ordena Steven.

— Ahora Cassandra tendrá que tomar una decisión y hasta que lo haga, no debes moverte.

Tengo la idea de que la que acaba de pasar fue la parte fácil. Me temo que la superación de mi límite acaba de empezar.

— Sí, señor —murmuró Gioia, apartando la mirada de la suya e inclinando la cabeza.

Miro a mi Mr. esperando que diga lo que se le ha ocurrido, pero sólo cuando Jason se une a él me explica lo que espera de mí:

— Te recuerdo que no puedes hablar, así que responde sólo con gestos, pero sé sincera.

Asiento con la cabeza.

— ¿Gioia te dio un buen orgasmo?

Aprieto los dientes y vuelvo a asentir, ciertamente no puedo negarlo, pero no quiero insistir en ese pensamiento.

— ¿No crees que me merezco un agradecimiento?− me pregunta Jason.

Los miro con asombro, espero que no me pidan que se lo agradezca devolviéndole el dinero, porque no sé si podría hacerlo.

— ¿No crees que ella también está emocionada y merece al menos un beso?

Mi mirada va de ellos a sus labios y empiezo a discrepar, pero Steven añade:

— Gioia se merece un beso, Cassandra. Por quién decidirá.

La chica, sonrojada y fijando su mirada en la boca de Steven, la admira como si fuera una fruta madura. Sólo la idea de verla aferrada a uno de ellos me llena de una ira irracional.

— Puedes decir una palabra — me informa Steven.

— "Yo" o uno de nuestros nombres, si no tomas tu decisión en diez segundos, ella lo hará.

Respiro profundamente, los miro a ambos con odio y luego cierro los ojos para encontrar la fuerza para hablar... después de todo, sólo me están devolviendo lo que les exigí.

— Yo... murmuro suavemente, mi voz sale insegura y baja, quizás demasiado baja.

Abro los ojos ante los decepcionados de Gioia y lo repito más fuerte.

— A mí.

— Mientras te saboreas en sus labios, debes mantener los ojos abiertos, Cassandra. No queremos que olvides a quién estás besando.

¿Cómo podría?

Trago con fuerza cuando Gioia se inclina hacia mí, apoya sus manos a ambos lados de mi cabeza y desciende lentamente.

— Para.

Ambos nos volvemos hacia el hombre que dio la orden. Jason llena el espacio entre nosotros y se agacha, bajando a mi nivel.

— Es sólo un beso, Cassandra.

Me rodea la mejilla con la palma de la mano y me toca los labios con el pulgar.

— No creo que vayas a morir— susurra con una voz llena de placer mientras me fuerza a juntar los labios con la punta del dedo.

Su sabor invade mi boca, lo chupo y lo muerdo cuando una oleada de placer agita mi vientre. Alejo mi cara de su mano.

No quiero emocionarme.

Jason me agarra de nuevo, presionando sus dedos en mis mejillas para forzar mis labios a abrirse.

— Cass− sisea al acercarse.

— No eres una niña ingenua y viciosa... disfruta del momento. Te ha demostrado que sabe usar su boca, aprovéchalo, no te cierres a una nueva experiencia.

Mientras me habla, vuelve a deslizar la punta de su pulgar en mi boca y me humedece los labios, frotándolo contra mi piel aún hinchada por sus besos. En sus ojos leo deseo mezclado con algo más.

¿Celos?

Su mirada brilla con la excitación mezclada con el tormento por el acto que se avecina. Es sensual, picante y pecaminoso y en mi interior esos sentimientos se mezclan con los míos y luchan, se arremolinan y crean un fuego que quema mis inhibiciones.

— Ahora.

Vuelvo la cara y el deseo de Jason se mezcla y choca con la suavidad de los labios de Gioia, el deseo de un beso suyo se anula en el sabor extraño de la chica mezclado con el mío. Me besa suavemente, no hay prepotencia en la lengua que invade mi boca, ni agresividad en su forma de seducirme para que la enrede con la suya.

Intento mantener los ojos abiertos, pero me gustaría cerrarlos para evaluar mejor la sensación que se arremolina en mi interior. Un beso es sólo un beso. Una boca es sólo una boca, pero las sensaciones son tan diferentes que no parecen provenir del mismo acto.

Todo es tan extraño, tan diferente.

Su cuerpo descansando sobre el mío: es demasiado ligero e insatisfactorio. Sus pechos presionados contra los míos: me molesta y me gustaría que parara y se fuera, pero también me gustaría que se quedara y siguiera evaluando mejor, para entender.

— Gracias— susurra mientras se separa de mis labios.

— Ya puedes irte, Gioia.

Sus grandes ojos azules se llenaron de decepción y parpadeó para borrar esa emoción antes de levantarse y salir de la cama.

— ¿Hay algo más que pueda hacer? — una pregunta esperanzadora.

Por mucho que esté de pie y por mucho que mire a la cara de Steven, su postura refleja su naturaleza sumisa: la posición de sus hombros, las manos cruzadas a la espalda, la barbilla, aunque levantada para encontrar su mirada, está echada hacia atrás en posición sumisa.

— No.

Me molesta que las demás mujeres se sometan a Master D. Me concentro en la bóveda del techo para no tener que seguir mirándola, hasta que un pequeño ruido metálico me distrae de esa monótona visión y me vuelvo hacia los dos hombres que quedan en la habitación.

— Es una pena que no puedas hablar, me encantaría conocer tus impresiones sobre el asiento caliente —me dice Jason, agachándose al lado de la cama.

Luego se inclina para susurrarme al oído:

— El mío era caliente, Cass. Verte disfrutar, aunque supieras que no éramos nosotros... era embriagador. Verte ceder a las ganas de probar algo diferente, algo nuevo, me puso muy dura.

Me toca la boca con el dedo y, mientras sus ojos siguen su lento gesto, se humedece y se muerde los labios, como si quisiera impedir que me coma.

— Pero tu noche aún no ha terminado, dulzura.

Me quita la venda pegada bajo la cabeza y, antes de que pueda volver a ponérmela sobre los ojos, veo que Steven saca la tela de la bandeja de la cómoda.

— Te recuerdo que no puedes hablar, Cass, pero puedes gritar todo lo que quieras —murmura antes de apartarse de mi lado—.

Se mueven por la habitación sin hablar, sólo oigo pequeños crujidos, luego todo se vuelve indistinto cuando el ruido se mezcla con las notas de una música lánguida y sensual.

Una gota de líquido caliente se posa en mi rodilla y se desliza hacia la cama, otra y luego otra, cada vez más alta, cada vez más cerca de la fina piel de mi

ingle. Arde, pero no tanto como para doler y se enfría rápidamente convirtiéndose en calor y escalofríos que persiguen mi piel y juegan alrededor de mi sexo.

— Cera caliente, Cass— me informa Jason desde el fondo de la habitación.

Esas gotas infernales también golpean mi otra pierna y se mueven inexorablemente hacia el centro de mi cuerpo. Tiemblo esperando que el siguiente queme mi sexo, cuando una oleada de calor y placer estalla en uno de mis pezones, un grito sale de mi garganta impulsado por la sorpresa pero producido por el intenso placer.

Es un maldito imbécil.

Me froto la cabeza contra el colchón para intentar quitarme la venda, necesito saber dónde caerá la siguiente.

— Para — insinúa Steven.

El rastro abrasador baja por la curva de mis pechos, se desplaza hasta mi vientre y llena mi ombligo de placer derretido. Gota a gota la cera se desborda y comienza a deslizarse hacia abajo.

— Permanece inmóvil.

Alguien se sube a la cama entre mis piernas y pasando sus palmas por la piel de mis muslos, despega y extiende la cera ya seca. Los dedos suben para rozar mi sexo, mientras la cera caliente golpea el otro pezón.

— Eres un regalo para la vista, dulzura. Steven te está pintando para mí.

Introduce un dedo en mi ombligo y luego rodea mi clítoris con ese calor, una, dos, tres veces y estoy cerca del orgasmo.

Me gustaría moverme, escapar de esta tortura, pero no puedo.

Sus dedos descienden y me queman la piel. Mi calor y el de la cera se suman mientras se hunde en mi sexo mojado por él. Suelta uno de mis tobillos, lo desplaza hacia su lado y me penetra de un solo empujón.

Le agarro con la pierna por miedo a que se vaya.

Steven me besa saturando mis sentidos. Un beso tórrido pero corto, demasiado corto, intento levantar la cabeza para encontrarme de nuevo con su boca, pero se aparta.

— Chúpame, Cassandra— ordena, pero su voz es dulce y está preñada de pasión.

Aprieto los labios cuando Jason tira casi hasta el final. Los acojo dentro de mí y devoro su deseo, montando mi frenesí. Lo chupo y lo saboreo con la lengua, lo rozo y lo asimilo, antes de que Jason con sus embestidas consiga llevarme al límite de la razón. Crece la pulsación entre mis labios mientras Jason se detiene completamente dentro de mí, girando su pelvis estimulando mi clítoris y enrojeciendo mi vientre con el fuego del placer. Steven me tira de la cara y me saca de la boca.

— Con demasiada frecuencia nos ocultas información— me acusa.

Le oigo rodear la cama, mientras la inmovilidad de Jason se vuelve cada vez más intolerante. Con un gesto decisivo, Steven libera mi otro tobillo.

— ¿Crees que te mereces más orgasmos?

Su voz está llena de rabia y sus palabras surcan el aire como un látigo que hiere mi alma.

— No mereces disfrutar de nosotros, no si no nos respetas— me susurra Steven al oído y luego me toca el cuello con sus labios cálidos y húmedos.

Jason me agarra de las caderas, me levanta y me penetra con empujones profundos y sin prisas.

— ¿Dime por qué debo darte placer, dulzura? Su voz también vibra de ira.

No me arrepiento de mis acciones, es mi culpa que hayan sido blanco de esos matones.

— Sólo quería ayudarte, protegerte.

Las lágrimas calientes humedecen y enfrían el tejido de la venda.

Se me corta la respiración cuando Jason aumenta el ritmo. Mi cuerpo arde de placer y mi corazón ruge en mis oídos a medida que el orgasmo se acerca,

ardiendo como un fuego imparable difícil de controlar.

— No es tu trabajo protegernos, Cassandra —añade Steven.

Jason se complace con un gemido profundo y doloroso mientras mi cuerpo se agita para contener el fuego. Se desploma y apoya su cabeza en mi pecho mientras jadea sin aliento.

— Te quiero— murmuro.

Lo abrazo y hundo mis manos libres de ataduras en sus rizos humedecidos por el sudor.

— No es tu trabajo, Cass— murmura con voz arrogante.

Se levanta y me da un rápido beso en los labios, me quita la venda y me ahogo en el gris de sus iris oscurecidos por la pasión.

— Tú me proteges todo el tiempo, ¿por qué no puedo hacer lo mismo por ti?

— Porque somos unos ilusos, nos creemos invencibles y no se pueden destruir así nuestras convicciones, porque si no nos derrumbaremos sobre nosotros mismos como rascacielos minados en los cimientos.

Se levanta y yo sigo su movimiento hasta encontrar la mirada de Steven.

— ¿Quieres disfrutarlo por mí, Cassandra? — me pregunta mientras se acerca a mí.

Se tumba encima de mí y en un solo movimiento me penetra hasta el fondo.

— Sí.

Unos cuantos empujones y mi cuerpo vibra y se arquea. Gimoteo y aprieto su pelo en mis puños. Lo atraigo hacia mis labios, pero él no me acompaña.

— Agarra los barrotes de la cama — ordena detener el movimiento de la pelvis.

Bajo su severa mirada, suelto sus mechones y aprieto las columnas sobre mi cabeza.

Un movimiento, un empujón y el orgasmo acecha, se arrastra e inunda cada parte de mí. Estoy a punto de destrozarme por la impetuosidad de su deseo pero se detiene.

— Prométenos que ya no nos ocultarás nada, ni siquiera por nuestro bien— gruñe, desmenuzando cada célula de mi cuerpo que anhela disfrutar de él.

— Nunca dejaré de protegerte, al igual que nunca dejaré de amarve.

Lo veo brillar en sus ojos exactamente un momento antes de que comience a moverse con ímpetu, anulando mi razón. El orgasmo me abruma de repente y me rindo a la implacable explosión de placer que invade cada parte de mí. Me aferro a él por miedo a perderme en las llamas del placer.

Orgullo.

Eso es lo que brillaba en sus ojos:

Orgullo por mí... en mí.

Se desliza e invierte nuestras posiciones, haciendo que me acurruque contra su pecho.

Escucho ese fuerte y gran corazón que late seguro. Lo escucho mientras el sueño intenta arrastrarme.

Capítulo 5

Estaría bien dormirse acunada en sus brazos, pero quiero aprovechar los pocos momentos en los que el alma de Steven se muestra:

— ¿Cuándo lo admitirá, Master D.?— le pregunto, mientras con la punta del dedo índice trazo complicados garabatos en su pecho.

— ¿Qué debo admitir, Cassandra?

Dejo de dibujar sobre su cuerpo y miro esos ojos capaces de transmitir con una sola mirada fugaz, lo que sus labios no quieren pronunciar.

— Que me amas con locura.

Me aparta un mechón de pelo de la mejilla y lo encierra detrás de la oreja, su caricia me hace temblar.

— ¿Tienes frío?

— No te vayas por las ramas, Diamond y responde a mi pregunta.

— Jason coge una manta de la cómoda.

Por el rabillo del ojo le veo con sólo una toalla enrollada en las caderas, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyado en la citada cómoda.

— Deberías ir a ducharte y no quedarte ahí perdiendo el tiempo.

— Tiene razón, vete — me dice Steven, señalando con la cabeza la puerta del vestuario.

— Primero me gustaría una respuesta.

— Lo tendrás, Cassandra. Pero ahora no.

Para eliminar los restos azules de cera de mi piel, tengo que permanecer bajo el chorro de agua caliente durante bastante tiempo. Cuando vuelvo al vestíbulo para recuperar mi abrigo, los encuentro a ambos listos para irse.

— ¿Se nos ha acabado el tiempo?

— No, Cass, tenemos todo el tiempo del mundo, pero tenemos que hablar, y por muy fiable que sea Victoria, este no es el lugar adecuado.

***

Pensando que el coche tampoco es el lugar adecuado para nuestra aclaración, aprovecho la presencia de Battista para hacerle una pregunta:

— Me gustaría que me dijeras lo que piensas y me gustaría que fueras sincero hasta el final— le digo, ganándome una mirada sucia a través del espejo retrovisor.

Espero una respuesta que no llega y aunque sé que no le gusta hablar de sus asuntos delante de los chicos, insisto.

— Me gustaría que entendieras las razones de mi elección.

— No hay problema, Cassandra. He estado leyendo sobre Smith y viendo cómo te cuida. Así que elección tiene mi aprobación.

— Me alegro de ello, pero no es a eso a lo que me refería.

— Su seguridad es lo único importante y él es perfectamente capaz de ocuparse de ella.

— Como ya he dicho: me alegro de que lo apruebes, pero…

— Cassandra, Torre sólo tiene un trabajo y, con razón, se pone nervioso cuando se le desautoriza —me interrumpe Steven.

— No era mi intención anularlo.

— Creo que lo has dejado claro— añade Jason.

Battista asiente secamente sin apartar la vista de la carretera.

— ¿Ayudaría si te dijera que no fue mi intención ofenderte y que fue un impulso generado en el momento?

— Como he dicho, todo está bien.

No es cierto, puedo oírlo en el tono de su voz y en la rigidez de sus hombros: todavía está resentido.

— ¿Y si te prometo que nunca más tomaré decisiones arbitrarias en materia de seguridad sin consultarte primero? ¿Se considera satisfecho?

— Podría.

Consigo una de sus habituales miradas rudas en el espejo y le sonrío con la esperanza de recuperar mi Rock.

— Pues bien, prometo ante estos dos testigos que discutiré con ustedes, en el ámbito de la seguridad, cualquier decisión que tenga que tomar.

Con un brusco movimiento de cabeza, Battista acepta mi promesa, y cuando me ayuda a salir del coche, la amargura de antes ha desaparecido de sus ojos.

En el momento en que las puertas del ascensor se abren al desván, estoy tan agitada que, con la excusa de cambiarme, huyo al piso de Jason.

Sé que querrán hablar de Gioia y aún no he procesado los sentimientos y las reacciones de mi cuerpo.

Cuando me reúno con ellos en la cocina las cosas no han cambiado mucho, sólo tengo una ropa un poco más cómoda que quizá consiga darme algo de seguridad mental: una camiseta extra grande de Jason y unos calzoncillos normales.

— ¿Qué estás preparando?

Me meto entre sus cuerpos y echo un vistazo a los distintos preparativos.

— Pasta con vino espumoso y salmón.

— Mmmm, eso se ve bien. ¿Puedo ayudar?

— Por supuesto— me dice Jason, limpiándose las manos con una toalla.

— Mientras se cuece la pasta, podrías decirnos lo que piensas sobre lo que ha pasado esta noche.

Le da la espalda a la cocina y apoya su costado contra el mueble, desplazando toda su atención hacia mí.

— La experiencia con la cera fue interesante.

— Cass, no finjas que no lo has entendido —exclama, lanzando la antorcha sobre el mostrador.

— Sinceramente, aún no lo he procesado, así que no puedo responderte.

— ¿Te ha gustado?− me pregunta Steven, volviéndose también hacia mí.

— Bueno, sin duda es muy buena en el sexo oral y al ser una mujer sabe exactamente qué estimular y cuándo hacerlo.

— Esto parece una crítica a nuestras capacidades. ¿Qué estás diciendo, guapo, que deberíamos ofendernos?

— No —exclamo antes de que Steven pueda responder.

— Tú eres muy bueno, pero ella es diferente.

— ¿Le gustaría volver a hacerlo?

Trato de despejar la cabeza mientras miro sus rostros concentrados en mí y esperando mi respuesta.

Quizá les decepcione, pero lo que siento está claro:

— No, aunque después del shock inicial, la experiencia fue agradablemente diferente.

Sacudo la cabeza, mirando primero a uno y luego al otro.

— Lo siento pero esto es algo que no quiero repetir.

— Nunca tengas miedo de decepcionarnos, dulzura. Sólo era un intento de que exploraras una limitación que te has impuesta sin conocer las implicaciones, pero te aseguro que, aunque me ha excitado mucho ver a Gioia entre tus piernas, lo prefiero mucho más cuando soy yo o él.

— Así que ahora estamos en paz, ya no te debo nada, ¿verdad?

— Exactamente, nuestro trato está hecho— dice Steven, antes de volverse para escurrir la pasta.

— Hasta el próximo beso— añade Jason, dando un paso hacia mí.

— No creo que te pida que te beses de nuevo.

— ¿No disfrutaste viéndonos?— pregunta mientras se acerca.

Me echo hacia atrás y choco contra el armario que hay detrás de mí. Me atrapa con sus brazos extendidos, apoyándolos en la encimera a mi espalda.

— Sí, mucho.

Ese recuerdo es como un interruptor, cuando resurge y vuelvo a verlos con el ojo de la mente, mi cuerpo se enciende con emociones perversamente excitantes.

— Pero no creo que sea justo obligarte a hacer algo que no quieres hacer, sólo por un capricho mío.

Se inclina hasta quedar a un suspiro de mis labios.

— Es una pena porque todavía tengo muchas ideas y cosas para que las pruebes — murmura muy cerca, pero sin tocarme.

— Estoy seguro de que encontrará la manera de ponerlas en práctica de todos modos.

En sus ojos brilla todo su juguetón pero perverso deseo de llevarme al límite.

— Poco a poco intentaré llevarte a las oscuras profundidades de este mundo y luego te ataré allí para no salir nunca.

— Si no fuera tan apetitoso, sonaría como una amenaza.

Se mueve completamente contra mí y baja su cara hasta mi oreja:

— Te aseguro que sí, dulzura —susurra, haciéndome temblar.

— Creo que está listo —le digo, apretando mis manos contra su pecho.

— Desde luego que sí — susurra con picardía.

— Me refería a la cena.

— Lo sé.

Un rápido beso con los labios apretados y nos sentamos a la mesa, donde Steven ya está sirviendo la pasta.

— Me gustaría que me devolvieran el teléfono.

Ambos se detienen con los tenedores levantados del plato y me miran con severidad.

— Ese no es el caso, Cass — dice Jason.

— Smith me señaló que si, según mi invitación, Demiyen intentaba ponerse en contacto conmigo y no me encontraba, o peor aún, uno de ustedes le respondía, podría tomarlo como una afrenta personal y decidir escalar sus acciones contra nosotros.

Les miro intentando comprender sus pensamientos, pero la fría compostura de sus rostros me lo impide.

Cuando hablamos de Demiyen se vuelven tan fríos como la nieve.

— No deberías haber intentado contactar con él en primer lugar, pero... — levanta el dedo índice, bloqueando mi protesta.

— Tus intenciones son muy claras y aunque no las comparta, aprecio tus esfuerzos por tratar de arreglar lo que el imbécil está rompiendo.

Bueno, al menos he conseguida que entienda algo.

— Me gustaría mostrarte las pruebas que mi padre había recogido en ese pendrive.

Ahora vamos a ver si puedo conseguir más de esto en él.

— Dominic nos envió una copia— me informa Steven.

Bueno, por una vez la eficiencia militar de ese hombre vale algo.

— Con esas pruebas no hay duda de que mi padre es inocente— digo con seguridad.

— Demiyen se equivocó, no somos hermanos.

Les miro a los ojos esperando su reacción, pero su expresión sigue siendo muy fría y dudosa.

— Me alegro por ti, dulzura, pero me temo que ese hombre no tendrá suficiente con esta prueba— dice, mientras deja la servilleta junto a su plato y se vuelve hacia mí.

— No entiendo por qué debería repudiarlos.

La escarcha de sus ojos se derrite y da paso a la tristeza.

Quizás prefería la escarcha de antes.

— Porque nunca admitirá estar equivocado, es un pachán y los jefes no pueden hacerlo.

Sacudo la cabeza para negar esta afirmación.

No puede ser tan obtuso.

— Ya veremos, tal vez Dominic pueda encontrar más pruebas para no tener dudas.

Justo cuando termino la frase, el teléfono de Steven vibra sobre la encimera con silenciosa insistencia y, como si nos hubiera oído, el nombre de su contacto brilla en la pantalla:

Ferri.

Miro a Jason con asombro, y mientras Steven toca el teléfono para aceptar la llamada, Jason me sonríe animado.

— Diamond despotrica secamente en el teléfono, mientras Jason me guiña el ojo.

Steven me mira con seriedad mientras escucha lo que le dice Ferri y mi corazón da un salto cuando afirma:

— Te pongo en el altavoz.

Coloca el teléfono en medio del mostrador para que todos podamos oír e intervenir en la llamada.

— Cassandra te está escuchando, ¿podrías repetirlo?

— He estado investigando las pruebas que recogió tu padre —la voz fuerte y segura de Dominic, por una vez, en lugar de irritarme, me reconforta.

La certeza que reverbera en su tono es envolvente, como si sus palabras pudieran liberar la mente del peso de la duda.

— El hombre que tu padre señaló como probable progenitor del pachán, está, como ya sabíamos, muerto hace cinco años, lo que no sabíamos es que él también, como tus padres, fue víctima de un accidente mortal: el avión en el que tomaba clases de vuelo explotó durante el aterrizaje.

Nos miramos a los ojos y en su mirada leo mi propia sospecha.

— ¿Fue un accidente o un sabotaje? Pregunto con dudas.

Temo que si el suyo fue un asesinato, el de mis padres también lo haya sido, y la idea me llena de horror y me agarra el estómago con fuerza.

— Los registros muestran que fue un error del piloto.

— ¿Pero? — pregunta Jason.

— No hay ningún pero, la aeronave fue revisada y no se encontró ningún defecto o mal funcionamiento, por lo que el caso se cerró como un accidente

debido a un error humano.

Un suspiro de alivio escapa de mis labios, atrayendo la mirada de mis señores.

— ¿Qué más has averiguado? pregunta Steven.

Jason estira la mano para cogerme y me la aprieta, intentando darme el consuelo que necesito.

— Hablé con la hija y me dijo que a su padre le encantaba contar anécdotas de cuando estaba en el extranjero, incluida la que vivió en Moscú.

Hace una pausa para gruñir algo a alguien, pero no puedo entender lo que dice.

— Ahora no, Sara— despotrica, cuando otro murmullo le interrumpe.

Intercambio una pequeña sonrisa con Jason y la ansiedad empieza a abandonar mi estómago.

— Como ya he dicho, le encantaba, entre otras cosas, contar la atrevida aventura de cuando, estando en Rusia, se enamoró de la hija de un peligroso mafioso, pero tuvo que huir y dejar el trabajo a medias.

Vuelve a hacer una pausa, mientras oigo el crujido de hojas de papel que se levantan y se dan la vuelta, como si estuviera buscando algunas notas.

Increíble, incluso el gran Mayor necesita consultar sus notas.

— El padre de la chica les pilló en una posición comprometida y tuvo que correr para salvar su vida, sus palabras exactas— dice.

— ¿Así que todo es verdad?− pregunto, segura de que sólo puede estar de acuerdo conmigo.

— No sé, Cassandra— Dominic suspira exasperado.

No entiendo por qué su voz está tan llena de dudas.

— Bueno, todo está claro. Lo acabas de decir: tuvo una aventura con ella, lo echó el abuelo de Demiyen y sin ninguna duda: es el padre, no el mío —digo

con convicción.

— Lo que sí es cierto es que uno de los colegas de tu padre y una mujer rusa tuvieron un romance y que por la intervención de un padre posesivo, el romance terminó abruptamente, pero nunca dijo que la chica estuviera embarazada.

— Quizá no quería que su familia italiana lo supiera.

— Podría ser o tal vez la chica en cuestión no es la madre de Demiyen.

— Si mi padre había reunido esas fotografías y ese documento, obviamente sabía que era la mujer adecuada.

— Como tú misma has notado— me dice Jason.

— Aparte de él, todos sus colegas se retrataron con chicas.

— Esto es cierto, pero no olvides que Demiyen habló con papá y probablemente le dijo quién era su madre.

— No hay duda de que tu padre estaba seguro de que la mujer retratada era la correcta, pero te aseguro que convencer a ese chico no será fácil.

— No entiendo por qué crees que soy tan densa que no puedo ver la verdad.

— Nadie piensa que sea un tonto, dulzura.

En la cara de Jason veo la antipatía por ese chico, pero también la preocupación que siente por mí y mis esfuerzos.

— Es admitir que ha cometido un error delante de sus hombres lo que podría frenar su flexibilidad mental— dice, sonriendo amargamente.

— ¿Por orgullo? — pregunto incrédulo.

— En su sociedad, los errores no se perdonan y un pachán no puede permitirse el lujo de equivocarse o pedir disculpas.

La voz de Dominic sale por el altavoz junto con toda su chulería y empiezo a molestarme, cierro los ojos intentando calmar la irritación.

— No quiero una disculpa, sólo quiero que deje de perseguirnos— digo, lleno de ira.

— Te recuerdo que no sólo busca venganza, sino que busca secretos militares para venderlos al mejor postor —continúa, todavía en ese tono—.

Un tono capaz de sacar lo peor de mí.

— Su entrada en Diamorg sólo ha añadido un pequeño extra, una dulce venganza que llevarse, un mimo con el que deleitarse mientras continúa con su propósito principal.

Me levanto sin poder quedarme quieto.

— ¿Así que todo lo que estamos haciendo no sirve para nada? pregunto, intentando que no se note el enfado en mi voz.

— Estoy estudiando con el teniente Golgi la mejor manera de filtrar la noticia entre sus subordinados, necesitamos desestabilizar su poder, crear una grieta por donde inyectar la sospecha y para eso están nuestros esfuerzos.

Me siento y miro las caras de mis chicos concentrados en mí. No puedo decir cuánto de ello es rabia, preocupación y diversión.

— Si me llamara, ¿qué le diría?

Les encanta ver mis discusiones con Ferri y las sonrisas en sus caras son la prueba de ello.

— Como ya te he dicho, no menciones lo que tu padre había reunido, pero verás que no te llamará pronto.

Bueno, ahora también es adivino... qué maravilla.

— ¿Por qué?— pregunta Steven en mi lugar, impidiendo que exprese mi entusiasmo por sus poderes sobrenaturales.

— Porque está esperando el resultado de la comparación con su ADN.

— Pero tardará varios días más— dice Jason.

— He pedido al laboratorio una urgencia y aunque se imaginará que intentaremos tener el resultado lo antes posible, debería valer para al menos una semana. Esto nos dará la oportunidad de elaborar un plan eficaz— explica en el mismo tono que mi profesor de trigonometría cuando un alumno hace una pregunta superflua.

— Gracias Dominic por ponerme al día de todos tus descubrimientos y predicciones futuras.

Tal vez mi irreverencia se note en mi voz, porque su airada respuesta no se hace esperar:

— Prometí mantenerte al día y así lo he hecho. Por supuesto, espero la misma cortesía por su parte.

Sí, creo que se ha dado cuenta.

— Por supuesto— digo, tratando de calmar la ira que siento vibrar en sus palabras.

— Si me entero de cualquier otra iniciativa suya, no me conformaré con confiarle el castigo de sus hombres.

Wow, ahora el Dom en él se ha hecho cargo.

— Quiero una respuesta, Cassandra —gruñe, cada vez más helado.

— No voy a tomar ninguna decisión sin consultarte antes, ¿verdad? le pregunto, mirando con preocupación al Dom que tengo delante.

— Por ahora.

Cierra la conversación sin despedirse.

— Siento no haber querido provocar su lado dominante— murmuro, ahogándome en el azul de su mirada furiosa.

— ¿Hay algún otro secreto que tengas que contarnos?— me pregunta, mientras coge el teléfono y desaparece en su bolsillo.

— No.

— ¿Estás segura, Cassandra?

Rebusco en mi memoria en busca de cualquier otro hecho posible que pueda considerarse un secreto.

— Lo único que no te he contado es lo de Marta.

— ¿Marta? — me pregunta Jason, arrugando las cejas.

— Sí, hoy me han advertida que no le caigo muy bien, que tiende a ser una persona vengativa y que probablemente intentará por todos los medios obstaculizar mi trabajo.

— ¿Quieres que hablemos con ella?

— No, no es necesario, puedo manejarla yo mismo.

— ¿Eso es todo? Me pregunta Jason.

— No, ¿y tú? ¿Tienes algún secreto para mí?

— No tiene nada que ver contigo— responde Steven secamente.

Miro primero a uno y luego al otro, tratando de expresar toda mi duda, y cruzo los brazos bajo los pechos.

— ¿Quieres decirme que no tienes nada que ver con la desaparición de todas nuestras fotos en las redes sociales?

— Pero eso no es un secreto, Cass — dice Jason.

— ¿No?

— No, eso es un hecho, si hay algo que podamos hacer para mantenerte para nosotros, lo haremos sin pensarlo dos veces.

Por supuesto.

— Aparte de compartirme con una desconocida.

— Gioia no es una extraña — señala el Mr. Blue, haciéndome chisporrotear de celos.

— ¿Qué representa para usted?

— Una chica dispuesta que se desvive por cumplir todas nuestras órdenes— me dice Jason mientras se acerca a mí y me acaricia el muslo.

— ¿Debería estar celosa?

Me hace girar en el taburete para que esté de cara a mí.

— No, dulzura. En lo que a mí respecta, no hay mujer en el mundo que pueda quitarte el cetro.

Me agarra las dos rodillas, me hace abrirlas y se acerca un paso más, colándose entre mis piernas.

— ¿Su cetro?

Se baja sobre mí y me levanta la cara, empujando un dedo bajo mi barbilla.

— Exactamente, mi cetro está firmemente en tus manos— me dice seriamente.

— ¿De verdad?

— Sin ninguna duda —dice, tratando de mantener la misma mirada severa, pero un temblor le traiciona y aprieta los labios para no ceder a la sonrisa que brilla en sus ojos.

— ¿Y no tienes miedo de que lo apriete demasiado?

— Confío en que sepas poner la fuerza adecuada— susurra antes de besarme.

Capítulo 6

— Creo que es hora de volver al séptimo piso— les digo a mis dos hombres, mientras el ascensor privado sube silenciosamente al ático.

— No, todavía te necesitamos— dice Steven.

— Ya no tengo nada que hacer en las oficinas de gestión.

— Lo que se hace en la séptima, también se puede hacer aquí.

— La gestión es mucho más compleja si no puedo interactuar con mis colegas— digo, intentando que entiendan mis motivos, pero me interrumpen bruscamente.

— Sus colegas están absortos en un proyecto del que usted ha sido excluido, por lo que no necesita interactuar con ellos.

— Jason.

— No, Cassandra. Se queda en su oficina, atendiendo toda nuestra planta y trabajando para su departamento cuando no está ocupado con nosotros.

— Pero...

— Es una orden —corta la discusión y me mira con la misma mirada acerada con la que atraviesa a todos sus empleados.

— Sí, jefe.

— Me alegro de que estés de acuerdo.

Las puertas del ascensor se abren y veo a Marta discutiendo con un mensajero; apenas me dedica una breve y distraída mirada y sigo a los chicos por el pasillo.

— Buen trabajo— me desea Jason mientras entra por la puerta de mi despacho.

— Por supuesto, cómo podría ser de otra manera— murmuro, resintienda su comportamiento poco amistoso.

— Trabajo para los dos peores adictos al trabajo del mundo, por no hablar de su injustificada sobreprotección — despotrico mientras abro la puerta y paso.

— Protegemos lo que nos importa, Cass, y tú y Diamorg estáis en lo más alto de nuestra lista.

Me doy la vuelta y, enmarcado en el marco de la puerta, Jason me mira con los brazos cruzados.

— De acuerdo, me quedaré aquí bien, bien mientras tú y tu manada de tiburones cazáis a vuestra próxima víctima —le digo, insinuando el final del pasillo, donde Steven se ha detenido a hablar con los dos directores generales del departamento de ingeniería.

— Joder, esas dos madrugadas no las digiero— exclama Jason, sacando algo de su bolsillo y devolviéndome el teléfono preparado para la llamada de Demiyen.

Se gira y da un par de pasos furiosos hacia su compañero, luego se detiene y se vuelve hacia mí:

— No estaremos allí para comer.

— Bien, jefe.

Una pequeña inclinación de cabeza y continúa su camino. Le veo desaparecer por las puertas de su despacho. Esta mañana se ha levantado

muy mal, incluso en el desayuno ha estado todo el rato concentrado en su smartphone.

— Tengo un mensaje urgente para ti.

Sobresaltado por su irritante voz, me vuelvo hacia Marta, que me tiende una nota post-it rosa a juego con sus uñas lacadas.

— Gracias.

Cojo la tarjeta y me dispongo a entrar en el despacho, pero Marta me agarra del brazo para retenerme.

— Hoy he recibido una nota del Mr. Morgan, no creas que me asusta el hecho de que te estés tirando a los jefes.

Toda su postura, incluida la barbilla levantada y las manos en las caderas, me dan ganas de abofetearla, pero en aras de la tranquilidad general, ignoro ese delicioso impulso y se lo digo, forzando mi voz en un tono azucarado:

— No sé lo que Jason escribió en esa nota, pero puedo asegurarle que no espero que me trate de forma diferente a cualquiera de sus otros colegas, y si usted hace su trabajo con concienzuda solicitud, yo haré el mío con la misma escrupulosidad.

— ¿Me estás amenazando?

Tal vez mi tono no fue tan amable.

— Al contrario, te digo que recibirás el mismo trato que me darás a mí. Todos los ordenadores de esta planta están a mi cargo, al igual que todos los mensajes— le digo, mostrándole la nota adhesiva que acaba de entregarme.

— Y cada paquete se confía a su capacidad de distribución.

— No soy una simple telefonista o una cartero— refunfuña con voz chillona.

— Sea cual sea tu tarea, hazla a tiempo y yo haré la mía igual de bien.

— Eres una zorra— le suelta lívida en la cara antes de darme la espalda y marchar por el pasillo.

— Gracias —grito tras ella, pero no se digna a responder.

Sólo después de ordenar mis cosas leo la nota que me ha dado Marta:

"Convocatoria para: Cuentas

Llamada: Rossi

Mensaje: Te espero en mi despacho".

Cojo los dos teléfonos y bajo a la séptima planta, donde mi jefe de departamento me confía un trabajo urgente y delicado.

Antes de volver a la planta superior, hago un viaje rápido para saludar a mis colegas. En cuanto entro, el bullicio se apaga y todos se concentran en sus tareas en absoluto silencio, me siento como un controlador, un espía, un intruso en mi propio departamento.

Qué mal rollo.

— Hola, Verónica.

— Hola, Cassandra. ¿Qué te lleva a bajar las escaleras?

— He venida a recoger unos nuevos encargos de Rossi y he pensado en venir a saludar— digo, desviando la mirada de ella a nuestro colega.

— Pero tal vez no haya sido tan buena idea— añado, mirando a mi alrededor.

— No te preocupes, el temor de que te hayas convertida en una extensión de los jefes no durará mucho tiempo. Pronto volverán a tener un comportamiento normal, pero por ahora, cuando tú entres, se comportarán de la misma manera que cuando entran tus novios.

— No es una buena sensación.

— No prestes demasiada atención.

— Bueno, me voy para que puedan volver a respirar.

— En realidad, podrías quedarte un poco más para que Marco y yo podamos trabajar con tranquilidad.

Me sonríe y guiña un ojo a los chicos ocupados en sus ordenadores.

— Lo siento pero hoy no puedo quedarme, pero llámame cuando quieras y si puedo iré encantado a hacer de silenciador de habitaciones para ti.

En cuanto atravieso la puerta de la sala, me encuentro con una montaña de músculos.

— Hola, Cass.

— Hola, Carlo— digo, apartándome rápidamente del camino de la puerta corredera que se cierra sobre mí.

— ¿Cómo estás?— le pregunto, cogiéndole del brazo e invitándole a acompañarme a la salida.

— Un poco mejor.

— ¿Has superado tu melancolía por Marta?

— No, pero al menos puedo estar en la misma habitación con ella, sin tener el impulso de abrirle la cabeza para ver lo que hay dentro.

— No hace falta que mires dentro, yo te diré lo que hay en esa cabecita— le digo cuando llegamos frente a las puertas de cristal.

— Nada — exclamamos juntos.

Sonrío a mi gentil gigante que, con sus habituales gestos bruscos, pasa su placa por la cerradura, abriendo las puertas correderas que nos separan de la zona del ascensor.

— ¿Has descubierto quién es tu adversario en el amor?

— No, y no me importa.

— ¿No quieres saber quién te lo ha robada?

— No, Cass. Me di cuenta de que Marta sólo ama a una persona y no hay espacio en su corazón para nadie más.

— ¿Ella misma?

— Sí, y aunque me entristece decirlo. Es tan hermosa como vacía.

— Siento haberte empujado a sus brazos, te juro que no lo volveré a hacer.

— No es tu culpa, Cass. Realmente me gustaba, sólo me empujaste para tratar de conseguir lo que quería.

— Y te hice daño.

Los ascensores están todos ocupados, así que me dirijo a la parte delantera del privado.

— Soy un chico grande, aceptaré la decepción. Dime cómo estás.

— Bueno, me siento muy bien y estoy seguro de que episodios como ese no volverán a ocurrir.

— ¿Por qué estás tan segura?

— Encontré la manera de quitarme de encima al hombre que disparó a Giorgio.

— Aléjate de él— me dice Carlo con el ceño fruncido.

Escribe rápidamente en el teclado y se aparta para dejarme pasar.

— Es un hombre cruel— concluye, frunciendo el ceño.

— No te preocupes, no voy a enfrentarlo solo, no otra vez.

— Bien, me alegro.

Espera a que entre en el ascensor y, al cerrarse las puertas, me saluda con un gesto de la mano.

***

A la hora de comer busco a mis compañeros, pero deben haberse quedado en el trabajo durante el descanso también, porque no los veo por ningún lado. En cuanto me acomodo en una mesa libre, dos personas se sientan frente a mí, como si me estuvieran esperando.

— Hola, Cassandra. Soy Agnese y este es mi marido Angelo.

— Hola — le digo titubeante, indecisa entre levantarme e irme o quedarme e intentar averiguar por qué se sentaron aquí.

— Él trabaja en envíos, mientras que yo trabajo en la clasificación de mercancías entrantes.

— Lo siento, pero no entiendo el propósito de esta conversación.

— Verás, él y yo nos turnamos y, por desgracia, nuestros horarios rara vez coinciden.

Ahora empiezo a entender la razón de toda esta información no solicitada.

— Me preguntaba si podrías hablar bien con los jefes. Sabes, sólo llevamos un mes casados y nuestro tiempo juntos siempre parece tan corto, pero lo entiendes, ¿no?

Me mira con ojos amplios y confiados, ojos de doe llenos de amor y esperanza.

Hombre.

Las ganas de decirle que lo intentaré son tan imperiosas que parecen cobrar vida en mi lengua y me obligan a decir esas palabras.

Col, col, col.

— Lo siento, Agnese, pero no puedo ayudarte, los jefes no se ocupan de los horarios del personal.

La decepción brilla en sus ojos y coge la mano de su marido como para armarse de valor.

— Me lo ha dicho Angelo— dice ella con una voz llena de tristeza, mientras su hombre asiente con gravedad.

— Pero soy un romántico empedernido y esperaba que pudieras hacer algo por nosotros.

— Lo siento, pero no puedo— digo, sintiendo cada vez más pena por ellos.

— Piensa en el lado bueno: cuando tengas tu primer hijo, podrás dedicarle mucho más tiempo y no necesitarás una niñera— le digo, sonriendo animadamente.

— Hay nidos para eso— despotrica, levantándose.

Su dulce aire: desaparecido.

La tristeza en sus ojos: desapareció.

Sus ojos llenos de amor: desaparecidos.

Increíble, parece otra mujer.

Cogen sus respectivas bandejas y se van sin añadir nada más.

Dios, estoy empezando a sentirme como una isla en medio del mar.

Como si fueras una esperanza bienvenida en tiempos de necesidad. Pero en cuanto consigues llegar y no encuentras el festín que esperabas, te mueres de ganas de irte sin dejar rastro.

Vuelvo al piso de arriba con los ánimos bajos, aunque los chicos me habían advertido, de todas formas no estaba preparada para esto.

— Sígueme.

La voz de Dominic me saluda en el vestíbulo antes de que salga del ascensor.

— ¿Qué ha pasado? le pregunto, pero no contesta y marcha por el pasillo con paso militar.

Golpea la puerta con el puño una vez y entra sin esperar permiso.

Su manera arrogante de comportarse nunca dejará de molestarme.

— Siéntate.

Dominic señala la pequeña silla frente al escritorio de Jason, que nos mira furioso por la intromisión.

— Por el amor de Dios, Ferri, esta no es su oficina.

— De hecho, he llamado a la puerta— exclama, apresuradamente, señalando con la cabeza al hombre que nos observa desde el otro lado de la pared de cristal.

— Normalmente, después de llamar a la puerta, uno espera recibir una invitación para entrar —dice.

Bueno, al menos hoy no seré el única que se enfade cada vez que Dominic abra la boca. Su inusual nerviosismo será un bienvenido aliado.

— Tengo cosas más importantes de las que ponerte al día que de la etiqueta y el protocolo... por favor, siéntate.

Steven también irrumpe en el despacho de Jason y se deja caer en su sillón sin borrar la expresión de furia de su rostro.

— ¿Qué está pasando?

— He recibido los primeros resultados del laboratorio— nos informa Dominic, flanqueando a Jason detrás del escritorio.

No me gusta.

No quiero escuchar, intento levantarme para irme, pero Steven me pone una mano en el hombro obligándome a permanecer sentada.

— Continúa.

Saca un sobre de su bolsillo exterior, lo abre y despliega el papel que hay dentro, dejándolo caer sobre el escritorio entre nosotros.

Todos nuestros ojos se centran en unas pocas líneas impresas apoyadas en un dibujo incomprensible.

Pero, por desgracia, entiendo muy bien el italiano y la palabra escrita en negrita en el centro de la página destaca y brilla como una hoja afilada.

"99,99998% de consanguinidad probable".

— No, lo siento, se equivocaron— digo con convicción.

— Este laboratorio es uno de los más completos y fiables.

Sacudo la cabeza y, si no pareciera un niño, me taparía los oídos para no oírle.

— Lo siento, pero no es posible hacer que lo repita.

Dominic me mira por un momento, entrecerrando imperceptiblemente los ojos: probablemente no le gusta la terquedad cuando la encuentra en otra persona.

— También he entregado una muestra a otros laboratorios y pronto recibiré su respuesta.

Se inclina hacia mí y presiona su dedo sobre el papel.

— Pero le aseguro que no dirán nada diferente.

— Pero estoy segura de que refutarán esas palabras, mi padre no está emparentado con ese chico y tenemos todas las pruebas que lo demuestran sin lugar a dudas.

— No, Cassandra— exclama, golpeando el informe con la punta del dedo.

— Esto es una prueba irrefutable.

— No.

— Cass.

Desplazo mi mirada hacia Jason, cuyos ojos, a diferencia de los de Dominic, están llenos de tristeza. Y es esa mirada dolida la que me desgarra el pecho.

— NO. No quiero escuchar más.

Me deshago de la mano de Steven y me levanto para abandonar este lugar lleno de mentiras insultantes.

— Cassandra.

Me paralizo con la mano apretada alrededor de la manilla, me detengo no por el tono imperioso de Steven, sino porque la misma preocupación que vi en el rostro de Jason resuena en su voz.

Entrecierro los ojos y apoyo la frente en la aldaba, lucho contra el impulso de mandarlos a todos al infierno, pero también lucho contra la cobardía que me genera el miedo a escuchar una verdad diferente a la que tengo dentro.

Respiro profundamente y vuelvo a mi sillón.

— Supongamos que lo que dice ese papel es cierto —digo, mirando a los ojos oscuros y reprobadores de Dominic.

Levanta una ceja, pero no rebate mi afirmación.

— ¿Qué debemos hacer, mentir a Demiyen?

— En absoluto, si le mientes y él se entera, sus acciones podrían perjudicar tu seguridad física, no sólo la profesional.

— ¿Callar?

— Te voy a contar un pequeño secreto, Cassandra, que evidentemente aún no has entendido: callar un detalle o mentir son la misma cosa.

— No estoy de acuerdo.

— Lo entendí y creo que su gente también lo entendió muy bien.

Miro a Jason, que de repente se ha puesto serio de nuevo, y siento la mirada caliente de Steven sobre mí. Un escalofrío hace que la piel de mi nuca se tense como si sus dedos se enredaran en mi cuello, interrumpiendo mi respiración.

— Les prometí que no glosaría nada y que sería cien por cien honesta, cosa que no hice con Demiyen.

— Es un riesgo demasiado alto, es mejor trabajar en un plan alternativo y apoyar la verdad, también porque me temo que se enteraría de todos modos, los tentáculos de su organización son demasiado amplios para prever su presencia.

— ¿Así que podría haber falsificado ese informe?

— No, no es posible, pero no puedo evitar las fugas.

— ¿Cómo puede estar seguro de que él o su organización no consiguieron infiltrarse tanto como para imprimir ese papel?

— Cassandra, te doy mi palabra de que nadie más que el operario que trabajó en ella puso sus manos en la muestra o en el informe. Debido a la naturaleza sensible de la información que manejan, sus sistemas no están conectados a Internet y las personas que trabajaron en su muestra se mantuvieron bajo constante vigilancia.

La duda comienza a perforar la armadura de mi certeza.

— ¿Cuándo llegarán los resultados de los otros laboratorios?

— Horas, un día como mucho.

— Pues bien, antes de continuar con esta conversación, esperaremos el informe de los demás.

Utilizo mis brazos para levantarme y salir, pero Dominic interviene de nuevo:

— No es prudente dejar las cosas para después, Cassandra. Tenemos que estar preparados para cualquier eventualidad. No hables de ello, no pienses en algo sólo porque no te gusta, esa no es la actitud adecuada para salir indemne de toda esta mierda.

— Muy bien, entonces dime qué quieres que haga.

— Si Demiyen te llama, tendrás que sacar la información con pinzas, tendrás que averiguar si ya conoce el resultado. Quiero averiguar hasta dónde llegan sus informantes.

— ¿Así que no tengo que mentirle, pero no tengo que hablar?

Me sonríe y su rostro adquiere una luz y un encanto en los que nunca me había fijado... o quizás sí, puede que la primera vez que lo vi y antes de que abriera la boca, hubo un momento en que pensé que era un hombre muy sexy.

— Exactamente— dice Dominic.

— ¿Cómo voy a decir sin decir?

— Deja que sea él quien hable.

— Si es hablador y comunicativo como tú o Steven será una llamada telefónica llena de pausas silenciosas.

Su sonrisa se acentúa y en sus ojos brilla una luz irreverente que me hace comprender lo que Sara vio en este hombre aparentemente inflexible.

— Tranquila, Cassandra. Por lo que me has contado de él, le encanta el sonido de su propia voz, así que hablará y monopolizará la conversación.

— ¿Debe pedirme que me reúna con él?

— Absolutamente no, no ahora. Tendrá que ser categórica en este punto, si tenemos que ir tan lejos se hará en el momento adecuado y de la manera correcta.

— Probablemente ya sabe que tenemos la intención de poner una trampa para atraparlo.

— Y precisamente por eso hay que ser categórica. No hay reunión.

— No caerá en la trampa.

— El deseo de tener otro cara a cara podría ser una carta interesante a jugar y tu reticencia será el obstáculo que le hará tropezar.

— No estoy de acuerdo— exclama Jason.

— La necesidad irracional de conocer sus raíces es su única debilidad y puede que tengamos que explotarla —dice Dominic, ignorando al hombre que está a su lado.

— Esto la pondrá en peligro.

— Nos encargaremos de protegerla lo mejor posible.

— Ya te lo he dicho, Ferri: no aceptaremos que se reúna con ese lunático.

El rencor entre ellos es casi palpable y tengo la impresión de que el descontento de Jason está estrechamente ligado a esta historia.

— Morgan, no hay otras posibilidades, ya lo hemos discutido.

— Y seguiremos haciéndolo.

Sí, eso es lo que lo hizo tan turbio todo el día.

— Jason, ahora no es el momento de sacar el tema — argumenta Steven.

— ¿Te refieres a dejarla ir a los brazos de ese imbécil?

— No, no quiero y trataré de hacer todo lo posible para que ese encuentro no se produzca.

— ¿Pero? — pregunta Jason, inclinándose hacia su compañero.

— Pero tal vez sea yo quien deba y pueda tomar esta decisión— intervengo, haciendo callar a los dos hombres, antes de que la discusión se convierta en una pelea.

— ¿No crees?

— No es una decisión que deba tomarse emocionalmente— dice Jason, mirándome con severidad.

— No me voy a dejar llevar por otra cosa que no sea un buen consejo y un buen plan— digo.

Salgo de la habitación y me refugio en mi despacho, les dejo con su estéril charla, mientras las emociones que he tenido que enterrar para permanecer en esa habitación vuelven lentamente a atenazar mi garganta y a atormentar mi mente.

Capítulo 7

— ¿Por qué?

¿Por qué mi padre reunió esa información?

¿Por qué crees que Demiyen estaba satisfecho con esas fotos?

Nada de esto tiene sentido.

Mi padre era un buen hombre, no puedo entender por qué dejó a un niño en un orfanato.

Me niego a creer esto, debe haber otra explicación.

— ¿Cassandra?

— Marta, por favor, este no es el día.

— No me importa el estado de ánimo, mi ordenador tiene problemas y el servicio técnico me ha dicho que sólo puedo recurrir a ti.

De mala gana me levanto de la silla y me uno a ella fuera del despacho.

— Te aseguro que he insistido, pero como me has dicho, hay normas de arriba que impiden que nadie meta las manos en los ordenadores de esta planta.

— Efectivamente— confirmo, precediéndola a su asiento.

— No creas que estoy contenta con esto.

— Me lo imagino.

— Además, antes de actualizarlo, funcionaba bien. Así que no entiendo cómo pueden confiar en tu falta de conocimientos informáticos— dice, siguiéndome por el pasillo.

No puedo enfadarme, aunque Marta no deja de pincharme e insultarme, no puedo reaccionar, es como si estuviera anestesiada, como si su pequeñez no pudiera penetrar en el abatimiento que me envuelve.

— Ya no funciona nada, debes haberlo estropeado— insiste.

— A ver —murmuro, dando la vuelta al mostrador.

— Desde luego, no tengo tiempo para quedarme aquí y ver cómo te esfuerzas por arreglar tus errores. Tengo otras cosas que hacer.

— Perfecto entonces, hasta luego.

Le sonreí y ella me miró sin decir nada, de pie en medio del pasillo, como si no supiera cómo continuar la conversación. Su cara está roja de rabia, pero es evidente que se le han acabado los insultos.

Me siento en su silla y enseguida me fijo en su cartera junto al teclado.

— Marta, te olvidas del bolso.

— No lo necesito— dice, y la veo desaparecer en el pasillo.

La última vez se apresuró a guardarlo en un cajón y ahora lo deja ahí para que lo use?

¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

Ciertamente no me gané su confianza, sólo me insultó.

Busco alrededor una cámara oculta.

Tal vez lo hizo a propósito, tal vez me está filmando para atraparme en el acto y así poder mostrar las fotos a Jason y Steven.

No veo ninguna cámara, pero hay unas tan pequeñas en el mercado que no son fáciles de ver.

Con cuidado de no tocarlo ni siquiera por accidente, metí las manos en su PC y como predije su gravísimo problema es causado por el sobrecalentamiento.

Desmonto y limpio los elementos internos y debo admitir que poder trabajar con las manos me permite pensar con calma.

Segura que hay una explicación más que válida, al igual que los problemas generalizados del PC de Marta estaban todos relacionados con una única y trivial acumulación de suciedad, el problema de paternidad de Demiyen será sólo una trivial acumulación de mentiras y secretos.

— Cassandra.

Miro a Dominic y el teléfono que sostiene entre sus dedos.

— Estaba sonando— me informa, lleno de indignación.

Me lo entrega y el peso de ese teléfono entre mis dedos me perturba como si estuviera tan lleno de maquinaciones y mentiras que se vuelve muy pesado.

— No es posible, no puede haber sabido...

El trino del teléfono interrumpe mi frase y miro aquel objeto negro y brillante como si fuera a morderme.

— Contesta y pon el altavoz.

Acepto la llamada con la esperanza de que sea algún centro de llamadas, algún vendedor de vinos o alguien que se haya equivocado de número.

— Hola —murmuro en voz baja y me doy cuenta de que mi voz es demasiado insegura y temblorosa para enfrentarme a un hombre como Demiyen.

— ¿Mueves mar y montaña para que te llamen y luego no contestas al teléfono?

Cierro los ojos y me dejo caer en la silla que tengo detrás.

— Esto no es bueno, Cassandra, no es bueno en absoluto.

Asiento lentamente sin volver a abrir los ojos, sé que Dominic me está mirando, no necesito ver sus ojos llenos de severidad, para saber que me está regañando e instando a ser más fuerte, a encontrar el valor para responder.

— Has tenido mala suerte, sólo he salido un momento del despacho —digo, encontrando firmeza y fuerza en mi voz, de hecho diría que suena furiosa y estoy orgullosa de ello.

— Esta es la última vez que te llamo, Cass. A partir de ahora, si no respondes a la primera llamada, no recibirás ninguna más.

Me decido a abrir los ojos de nuevo y miro a los tres hombres del otro lado del mostrador, tensos e inclinados hacia mí.

— ¿Siempre eres tan imbécil?

El silencio al otro lado de la línea crepita de rabia y aprieto los labios para contener el impulso de disculparme.

— ¿A qué juegas, Cassandra?

— No estoy jugando a ningún juego, Demiyen.

Dominic me hace señas para que siga en esa dirección, mientras que en los rostros de mis hombres sólo veo ansiedad y preocupación.

— Esa no es la impresión que tengo y te aseguro que no me gusta. No tengo tiempo que perder con tus jueguecitos y espero que no me hayas buscado para insultarme o poner a prueba el nivel de mi paciencia.

— Dice mucho de una persona el nivel de tolerancia que concede a los demás.

— No tengo paciencia, Cass, y la que tengo contigo se está agotando rápidamente.

— ¿Vas a tirarme el teléfono a la cara?

La mirada decidida del Mayor me da la fuerza que necesito para continuar esta conversación.

— No, no antes de oírte decir que tenía razón.

— ¿En qué crees que tienes razón, Demiyen?

— Te acaban de entregar un informe, Moya sestra.

Asiento con la cabeza en respuesta a la insistencia de Dominic en seguir con ese tema.

— ¿Cómo se sabe y cómo se conoce el resultado?

— Esto no te concierne. Lo único que quiero oírte decir es que somos hermanos y que el gilipollas que nos parió no merece tu devoción.

— Siempre querré a mis padres.

— Eran unos gilipollas, me dejaron en manos de un sistema podrido que me convirtió en lo que soy.

— No culpes a los demás de tus decisiones.

— ¿Y de quién es la culpa de las decisiones de tu precioso padre, Cassandra?

— Desde luego, no la mía ni la tuya, ya no está ahí y no puede disculparse ni excusarse.

— ¿Y cómo crees que pudo exonerarse, sestra?

— Entre sus pertenencias había un pendrive— le digo, ganándome una mirada sucia de Dominic.

— ¿Encontraste las mentiras que intentaba decirme?— me pregunta, interrumpiéndome.

— ¿Le mostró las pruebas que estaba recogiendo?

— No, pero sé lo que estaba haciendo, y te aseguro que es todo mentira.

— ¿Quieres decir que la mujer de las fotos no era tu madre?

— Sí, esas fotos son de mi madre y de uno de los colegas del imbécil, pero la historia entre ambos fue justo el taco que provocó mi nacimiento.

— Podrías estar equivocado Demiyen, tal vez era tu padre.

— ¿No crees en el resultado del laboratorio? — me pregunta y en su voz percibo la sonrisa torcida que seguramente arrugará sus labios.

— Si usted sabe lo que está escrito en ese informe, significa que lo vio antes que yo y, por lo tanto, podría haberlo alterado.

— Siento desilusionarte, hermana, pero no he hecho nada.

— Así que le vuelvo a preguntar: ¿cómo sabe cuál es el resultado?

— Sólo lo sé porque estoy segura de mis raíces y no necesito que un papel me lo confirme o me diga lo que somos el uno para el otro, sé la verdad y conozco las faltas de nuestro padre.

— Sabes realmente lo que hay en ese pendrive o has decidido que son sólo mentiras para no evaluar otra posible verdad.

— Cassandra, qué te hace pensar que tienes derecho a insultarme, ya me has llamado estúpido y ahora me llamas obtuso. No quieras cabrearme.

— ¿Y si no?

— De lo contrario, podría resultar desagradable.

Su voz es como una hoja afilada que penetra sin esfuerzo en mi mente, le veo de nuevo sosteniendo la pistola que hirió a Giorgio y un escalofrío congela mi capacidad de razonar.

— Pero no temas, sestra, nunca te haría daño, ni a ti, ni a mi propia carne y sangre.

La gélida mirada de sus ojos grises se ha quedado grabada en mi mente y no puedo replicar porque siento que está delante de mí.

— No quería asustarte— murmura en un tono mucho más suave y tranquilo.

Pero por más que intento calmarme, sigo sin poder hablar, estoy congelado en el momento en que Giorgio se desploma en el suelo herido por Demiyen.

— Mira, sé que la información de ese pendrive puede haberte engañada, lo que has visto es sólo una verdad parcial —continuó en el mismo tono.

— Irina, que así se llamaba mi madre, sí tuvo un romance con ese hombre, pero a mi abuelo materno no le gustaban mucho los extranjeros y le ordenó a su hija que rompiera el romance inmediatamente, cosa que no hizo, por lo que la echaron de la familia y él fue amenazado y obligado a volver a su país.

— ¿Cómo puedes estar seguro de que tu madre no estaba ya embarazada cuando él huyó?

— Ese episodio ocurrió un año antes de que yo naciera.

La idea de que podría estar involucrado en la explosión de ese avión reaparece en mi mente.

— ¿Tiene algo que ver con el incidente que mató a ese hombre?

— Cassandra, ¿quieres culparme de todos los accidentes del mundo?

— No, no todos. Sólo los que le sucedieron a los hombres que hicieron de tu madre una paria y de ti un huérfano.

— Te puedo asegurar que no tuve nada que ver con el accidente de tu padre ni con el de Rodrigo.

— ¿Y me dices que no le pasó nada a tu abuelo?

— Mi abuelo murió antes que mi madre y adelantándome a tu siguiente pregunta: sí, yo también odio a toda esa familia y no, les ocurrió ningún accidente.

— ¿Por qué culpas a nuestro padre pero no a ellos?

— Bueno, ahora puedo sentirme satisfecho.

— ¿Qué quiere decir?

— Acabas de admitir que somos parientes, así que me despido por hoy, no quiero quitarte más tiempo, después de todo estás trabajando. Hasta pronto, Moya sestra.

Interrumpe la conversación y me encuentro mirando el teléfono sin comprender.

— Dijiste: "Nuestro padre— me informa Dominic.

— ¿De verdad?

— Sí, dulzura, Jason me confirma.

— Lo siento — murmuro.

— No te preocupes, has sido bastante bueno y ahora tenemos más información− dice Dominic.

— Me alegro de haberte ayudado— le digo en tono despectivo.

Me lanza una de sus miradas severas y, señalando el teléfono, añade.

— Si te vuelve a llamar, mantén esta actitud y avísame inmediatamente.

— ¿No interceptó la llamada y trató de localizarlo?

— No, Cassandra. Se habría dado cuenta y no te habría llamado.

— ¿Realmente crees que no tuve en mis manos el informe del laboratorio?

— Yo ya estaba seguro de la veracidad de ese documento y ahora espero que tú también le des el valor adecuado.

Sacudo la cabeza mientras fijo mi mirada en la suya, esperando encontrar una sombra de duda, una pizca de vacilación.

— No puede ser verdad— murmuro, llena de desesperación.

Pero me encuentro con su determinación y certeza.

— Tu subconsciente ya ha aceptado la verdad, ahora tienes que hacer que el resto la digiera, para poder poner un plan y avanzar.

Se da la vuelta y se dirige a los ascensores.

Me gustaría darle las gracias, porque con su odiosa frase consiguió ahuyentar el dolor para sustituirlo por la rabia ante ese comentario.

— No te separes de ese teléfono, Cassandra— añade.

— Cumpliré, Mayor.

Consigo sacarle una pequeña sonrisa y, antes de que se cierren las puertas del ascensor, me hace un pequeño gesto con la cabeza.

La duda de que lo haya hecho a propósito cruza mi mente, pero alejo ese pensamiento, incapaz de conciliar la imagen que tengo de Dominic y el hombre que acaba de ayudarme en un momento de desesperación.

— Has conseguida domar a la bestia, dulzura. Enhorabuena— me dice Jason, atrayendo mi mirada, todavía de pie en las puertas del ascensor.

— Nunca consideré a Dominic una bestia a la que domar.

— Me refería a tu bestia, la que erizó su pelaje y mostró sus garras en cuanto el Mayor apareció en el horizonte.

— Ah.

— Bueno, ahora deja de pensar en Demiyen y vuelve a montar el ordenador de Marta antes de que vuelva y te enseñe las garras.

— Sí, jefe.

Ocupo mi mente y mis manos en mi tarea, dejando de lado las palabras y todo lo que acaba de suceder. No puedo cuestionar mis convicciones, no aquí.

Ahora no.

En el momento exacto en que me levanto del sillón, llega Marta y me mira con la altanería que siempre consigue cabrearme.

— ¿Has conseguida arreglarlo?

— Sí, ahora funciona perfectamente.

— No creas que te lo agradezca, ya que fue tu culpa. Devolverlo a su sitio era lo menos que se podía hacer.

Se supone que su vocecita petulante debería enfurecerme, pero extrañamente no lo hace, sus esfuerzos por irritarme me resbalan y de hecho encuentro ridícula su constante necesidad de insultarme.

— Buen trabajo, Marta— le digo mientras me alejo.

Quizá esta agresividad suya sea sólo una forma de atraer a la gente para que se aleje de ella lo antes posible. Me quedo en el pasillo unos instantes para ver si comprueba su cartera o algún dispositivo de videovigilancia oculto.

Se sienta detrás del PC y se sumerge en su trabajo, ignorando su bolso.

Si no le preocupaba que le robara el dinero ese día...

¿Qué escondía?

¿Qué más había en el mostrador?

¿Qué has encerrado en ese cajón?

Mientras me esfuerzo por recordar los objetos que había en la mesa de Marta, choco con uno de los asistentes.

— Lo siento— digo, dando un paso atrás.

— Iba de camino a verte— me informa.

Entonces me tiende la mano y se presenta:

— Hola Cassandra, me llamo Ramona y desgraciadamente trabajo para los dos responsables del departamento de ingeniería.

Le devuelvo el apretón y la sonrisa. Ramona me mira con grandes ojos llenos de esperanza.

— Necesito su ayuda para resolver un problema, ya no puedo enviar correos electrónicos—

— De acuerdo, guíame — le digo, haciéndola feliz.

Se adelanta a mí y se dirige a un pequeño escritorio del gran despacho de sus jefes y me muestra su problema. En cuanto percibe que he identificado el problema, se aparta para dejarme trabajar, pero yo la retengo.

— Cuando sucede así...— le digo, tratando de enseñarle a manejar la disfunción por sí misma.

— Debe ir a las opciones y seleccionar este elemento.

— Espera.

Ramona se pone las gafas y se acerca a mirar los distintos pasajes.

— Tuve que quitar las lentes y sin ellas no puedo ver ni un oso pardo en la nieve.

Le sonrío y entonces me asalta el recuerdo de Marta escondiendo apresuradamente unas gafas... eso es lo que no quería que viera.

¿Pero por qué?

— ¿Se me ha corrido el rimmel?— me pregunta Ramona, frotándose los ojos.

— No, lo siento, me has hecho recordar algo, no hay nada malo en tu cara.

— Ah, bien, me has dado un ataque al corazón. Mis jefes odian la dejadez, me tirarían por la ventana por menos.

Luego mira los grandes ventanales a nuestra izquierda y añade.

— Afortunadamente, no se abren.

Me sonríe y luego se inclina hacia el monitor, donde le muestro el procedimiento correcto para tratar el problema si vuelve a ocurrir.

— Gracias, Cassandra.

— De nada.

Dejo a Ramona frente a su PC y voy a mi despacho a recoger mis cosas.

Marta no necesita gafas. Así que los que escondió no eran suyos y por eso no quería que los viera.

Probablemente sean de su nuevo compañero. Tal vez es un hombre casado y no quieren que su relación se filtre.

O quizá haya algo más, al fin y al cabo, unas gafas no son un objeto tan identificativo y si no hubiera hecho ese gesto precipitado no habría sospechado.

Informo a los chicos con un mensaje de que, aunque falten unos minutos para las cinco, me voy a casa. Justo antes de llegar a la zona de los ascensores oigo un susurro y me asomo al pasillo para ver a Marta levantándose de puntillas para saludar a alguien escondido junto al ascensor.

La sombra generada por las luces proyecta una silueta muy larga, como un hilo.

Me apresuro a ver quién es, pero se retira y las puertas se cierran antes de que pueda ver al ocupante.

No dice nada, se queda petrificada junto al ascensor con los ojos muy abiertos y la cara cenicienta.

— Hasta mañana— le digo, antes de irme.

Capítulo 8

— Llévame a casa —le ordeno a Smith incluso antes de que abra la puerta del coche.

— ¿Me equivoco o has quedado con tus amigas?

Bien, tomamos una copa para celebrar el nuevo contrato de alquiler.

— Llamo para avisarles de que no voy —le digo mientras se sienta al volante.

— ¿Qué pasa, Cass?

Sacudo la cabeza y busco el teléfono en mi bolso, y en mis manos aparece el que sólo está dedicado a él, y un nudo de dolor me aprieta el pecho.

Las emociones que he enterrado dentro de mí están pataleando y luchando por resurgir.

— Hola, Sara — digo tan pronto como mi amiga acepte la llamada.

— Hola, Cass. Ya estamos los dos en el club esperándote, pero si no te das prisa, creo que nos encontrarás completamente borrachos, mi nueva casera me ha ofrecido una botella de champán que está demasiado buena, baja como un encanto, de hecho, casi nos la hemos terminado.

Aprovechando la pausa entre el torrente de palabras con el que me golpea, le digo:

— Lo siento, pero no tengo ganas de celebrar.

— ¿Qué te ha pasado?

Su voz pierde toda la alegría y me parece verla mientras se endereza y ajusta mejor el teléfono a su oído para no perderse ni una sola palabra de mi explicación.

— Celebradlo con tranquilidad y mañana os lo contaré todo.

No quiero arruinar su momento.

— Cassandra. No seas una perra y cuéntame lo que te pasó.

— Estoy bien y no ha pasado nada grave, toma un trago por mí también.

— Basta y escúpelo— despotrica Sara, interrumpiéndome.

— Y eso está bien, pero realmente no hay nada que puedas hacer y me gustaría que siguieras adelante y sellaras tu nuevo contrato con un buen trago.

— Sí, sí, entiendo a Cass, ahora continúa.

Miro a Smith, que parece mucho más concentrado en mí que en la carretera.

— Hoy su hombre me trajo el informe del laboratorio, donde envió el ADN para ser analizado.

— E?

Respiro profundamente y, en contra de mi propia voluntad, digo esas palabras.

— Y el resultado fue positivo: somos parientes de sangre.

— ¿Pero las pruebas de tu padre?

— No lo sé, Sara. Estoy confundida y amargada.

Intento contener las ganas de llorar.

— Tal vez el laboratorio se equivocó— me dice, tratando de reconfortarme.

— A veces ocurre— añade.

— Demiyen me llamó por teléfono.

— ¿QUÉ? — grita Sara, hiriendo mi tímpano.

— ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué te ha dicho?

Su impetuosidad me arranca una sonrisa y gracias a ella soy capaz de reprimir la melancolía que está a punto de invadirme.

— Me llamó poco después de ver el resultado.

— ¿Cómo lo sabía?

— No lo sé.

— Tal vez fue sólo una coincidencia.

— No, él conocía el informe.

— El hombre me da escalofríos, tiene gente por todas partes.

— Mi temor es que haya conseguido pilotar el resultado, pero...— murmuro en voz baja como si pudiera oírme.

— Pero Dominic está seguro de que no es así, termina.

— Sí, afirma que confió el examen a una persona acreditada y que lo hizo supervisar de todos modos.

— Si Dominic está seguro de que no ha habido manipulación, puedes estar segura de que es así.

— Esto parece imposible.

Permanecemos en silencio durante un rato y observo cómo el tráfico fluye tranquilamente a mi alrededor, tan tranquilo, tan ordenado, mientras una guerra de emociones se desata en mi interior.

— ¿Qué quería Demiyen de ti?

— Quería que admitiera nuestro parentesco.

— ¿Y lo hiciste?

— Sí, por error, pero lo hice.

— ¿Qué pasa con él?

— Y terminó la llamada.

— ¿Así de fácil, sin decirte nada?

Me siento como un volcán listo para entrar en erupción y derramar su furia sobre los que lo rodean.

— Es un gilipollas y un mentiroso.

Mi voz tiembla, como tiembla la tierra justo antes de que la energía encerrada y retenida en las profundidades salga con fuerza.

— ¿Qué te ha dicho para que te pongas así?

— Derribó las pruebas de mi padre.

Cierro los ojos y me reclino en mi asiento, presa de una gran sensación de náusea.

— Si es cierto lo que me dijo Demiyen, estaba recogiendo pruebas falsas a sabiendas.

— ¿Y por qué lo haría?

Sí, ¿por qué?

— No lo sé, Sara... realmente no lo sé.

— No tienes que creer lo que te dice ese imbécil.

— Dominic también le cree, no me lo dijo, pero pude verlo en sus ojos.

— Dominic siempre sospecha de todos y de todo, pero luego son las pruebas las que le convencen de la veracidad de una información.

— Demiyen afirma que la relación entre su madre y el hombre al que mi padre intentaba culpar había terminado hacía más de un año cuando él nació.

— Esto es lo que afirma.

— ¿Por qué mentir, por qué enfurecer y mover el mar y las montañas para hacerme creer que somos medio hermanos?

— No sé, tal vez sólo esté loco.

— Por mucho que me duela admitirlo: estoy empezando a creerle— murmuro.

— Antes de dar por sentadas sus palabras, deja que Dominic investigue.

— Muy bien, lo intentaré.

— ¿Quieres que vayamos a ti?

— No, gracias, Sara. Si celebran el nuevo contrato, hablaré con ustedes mañana.

— ¿Está segura?

— Sí, gracias.

Aparto el teléfono y, en el reflejo del espejo retrovisor, me encuentro con la mirada preocupada de Smith.

— ¿Qué te parece? le pregunto.

— Creo que mi trabajo es protegerte de ti misma también, así que intenta no hacer ninguna tontería.

— ¿Qué quiere decir?

— No te conozco desde hace mucho tiempo, pero estoy más que seguro de que si estás convencido o convencida de que se trata de tu hermano, harás lo que sea para conocerlo e intentar establecer una relación con él.

— Demiyen es un peligroso miembro del submundo ruso, no soy tan estúpida.

— Eso espero, Cassandra. Pero sepa que estoy totalmente preparado para evitar que se haga daño.

Me mira con severidad y yo le sostengo la mirada con firmeza.

— Le aseguro que no tengo intención de conocerlo.

De hecho, la idea de que Dominic me pida que lo haga en algún momento me asusta mucho.

— ¿Así que el ADN de esa bala y el tuyo coinciden?

— Parece que sí.

No comenta nada y durante un rato mira la carretera por delante, sumido en sus pensamientos.

— ¿Cómo estás? — me pregunta unos minutos después.

— No tengo ni idea, Smith. Siento que veo mis emociones desde fuera, como si no me afectaran, y en realidad tengo miedo de que en el momento en que las sienta como propias, estalle como una bomba.

Me echa una mirada rápida y, mientras sube la rampa del garaje, me pregunta:

— ¿Estás segura de que estar sola en casa es una buena idea?

— No quiero confusiones ni gente, quiero relajarme y reflexionar tranquilamente sobre todo lo que ha pasado hoy.

— ¿Quieres que te haga compañía hasta que lleguen Steven y Jason?— me pregunta tras abrir la puerta.

— No, gracias.

— Si me necesitas, llámame. Estaré por aquí un tiempo.

Sus ojos preocupados agrietan la burbuja que contenía la emoción, siento que se desmorona mientras entro rápidamente en el ascensor.

— Gracias— murmuro, mientras las puertas se cierran y me aíslan del mundo.

Siento que se deslizan por mi cara sin que pueda hacer nada para contenerlos, ruedan y gotean directamente desde mi corazón.

Mi padre repudió a un niño, mi dulce padre dejó que un niño, su hijo abandonado en el mundo, fuera encerrado en un lugar atroz.

¿Por qué?

Las puertas del ascensor se abren y una figura se mueve en el parpadeo ante mis ojos. Parpadeo para quitar el velo de lágrimas y me limpio las mejillas mojadas.

— Cassandra.

Con un sollozo, el dique se rompe, inevitablemente la presa cede y me precipito a sus brazos para llorar de desesperación.

— Debes tratar de racionalizar, Cassandra.

No hay justificación plausible, mi padre me enseñó a ser altruista, me dijo que ayudara a los más necesitados, que no mirara el envase sino el contenido.

— No puedo hacerlo —murmuro entre sollozos.

— Mírame.

Steven intenta apartarme de él, pero me aferro aún más a él y escondo mi cara contra su pecho.

— Cassandra, mírame— me ordena con más firmeza.

Su voz es dura y firme, pero sus manos son suaves y en lugar de agarrarme como suele hacer, me acaricia la espalda y la parte superior de los brazos.

— Todo lo que me enseñó fueron mentiras.

Todas las mentiras, los fundamentos en los que he basado mi existencia, han sido creados sobre mentiras y secretos.

— No te entiendo cuando me hablas entre lágrimas y con la cara apretada contra mi camisa.

Me muevo lo justo para mirarle, sus hermosos ojos azules parecen más claros, más límpidos.

— Repite.

Saca un pañuelo de su bolsillo y me lo pasa por la cara, limpiando mi desesperación de las mejillas.

— Mi padre siempre me decía que no hay que hacer a los demás lo que no quieres que te hagan a ti.

Me sonríe mientras sigue limpiando mis lágrimas.

— Tal vez tu padre era un mentiroso, pero se las arregló para hacer de ti una mujer encantadora.

— Cómo pudo...− un sollozo me interrumpe.

— Dejó que pusieran a su hijo en un lugar horrible− más sollozos.

— Abandonó a un niño inocente en uno de los orfanatos más duros de Europa.

Vuelvo a esconder mi cara en su pecho, para no tener que mirar esa mirada orgullosa.

No estoy orgullosa, no quiero estarlo de un padre así.

— Cassandra, no sabes lo que realmente pasó.

Sacudo la cabeza, mojando aún más su camisa.

— Sé que intentaba reunir pruebas falsas para encubrir su vergonzoso secreto.

— Cassandra, tu padre era un hombre, no un héroe.

— Sabías que quería un hermano, ¿por qué no lo trajiste aquí?

— Tal vez no lo hizo para protegerte a ti y a tu madre.

— No, Demiyen me dijo que mi madre también lo sabía.

— ¿Y cuándo te lo iba a decir?

— El día de la emboscada en el garaje.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

— Era una información irrelevante y de todas formas no quería creerla. No podía creerlo.

— Tienes que intentar deshacerte de tus emociones y pensar con más claridad, por ejemplo, ¿recuerdas lo que dijo sobre la mafia?

— ¿Quién?

— Demiyen admitió que la familia de su madre estaba, y probablemente está, mezclada con la mafia rusa.

— ¿Y qué?

— Quizás tu padre temía por ti en ese momento o simplemente no sabía que había dejado embarazada a su amante.

— De ninguna manera.

— Cassandra, no puedes estar segura.

— Lo sabía, de lo contrario no habría intentado exonerarse, pero se habría asegurado de darle la bienvenida a la familia.

— Tal vez Demiyen lo asustó.

— No, Steven. Lo sabían y lo dejaron solo, convirtiéndolo en un matón.

— Ahora estás siendo injusta.

¿Yo injusta?

— No, no estoy siendo injusta, estoy siendo realista —grito furiosa.

Me agarra por los hombros y me aleja de él.

— Baja el tono y cálmate.

Intento liberarme, intento alejarme, pero él no me deja y me mira cada vez con más severidad.

Cierro los ojos e intento desterrar la ira.

No es con él con quien debería enfadarme.

— Lo siento.

Me deja ir, pero desearía que no lo hiciera.

— Al menos has dejado de llorar.

Me sonríe, me pasa los dedos por la cara y la tristeza vuelve a inundarme.

— Steven —murmuro, mientras las lágrimas calientes vuelven a fluir incontroladamente.

— Cassandra, es suficiente. No es necesario llorar, ni quejarse de las acciones de tus padres.

— No, eran mentirosos.

— Eran personas que elegían hacer lo que consideraban oportuno.

— No puedes defenderlos— digo, dando un paso atrás.

— ¿Por qué no habría de hacerlo?

— Porque nunca has perdonado a tu padre.

— Mi padre no me quiso, pero tus padres te quisieron mucho y te dieron todo lo que pudieron.

— Deberían habérselo dado a él también, y si lo hubieran hecho, nada de esto habría ocurrido —digo, dándole la espalda para poder desahogar mi ira mientras camino por el desván.

— Si todo esto no hubiera ocurrido, nunca me habría enamorado de ti...

— No entiendes, Steven, el hombre tiene...

Me giro para mirarle y su actitud tranquila me hace dudar de si he oído bien.

— ¿Qué has dicho?

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

— He dicho muchas cosas, Cassandra.

— Steven, no puedes hacerme esto. No así. Ahora no.

— No entiendo de qué estás hablando.

— Dijiste que te habías enamorado de mí.

— ¿De verdad? Y cuando lo hice.

— Antes, cuando me dijiste que...

Su sonrisa se amplía y sus ojos brillan con diversión.

— ¿Tenías dudas?

— Claro que sí, no esperes. Por supuesto que tengo dudas, y me gustaría escucharlo de nuevo.

— Lo siento, Cassandra, pero no es mi problema si no escuchas lo que digo.

— Por favor, Steven, ¿podrías devolvérmelo?

— ¿Qué se supone que debe decirte?

Me vuelvo hacia la fuente de esa voz y la sonrisa de Jason desaparece al ver mi cara hinchada de tanto llorar.

Da un paso hacia mí y extiende los brazos, invitándome a correr hacia él.

— Espera un momento— le digo, volviéndome hacia Steven.

— Ahora va a ver a Jason, necesita que lo calmes —dice, entregándome el pañuelo.

— Pero primero suénate la nariz— añade, todavía sonriendo.

Bendito sea el que se divierte, tengo un fuego interior alimentado tanto por la rabia hacia mis padres como hacia mí mismo por no haber sido capaz de aprovechar el momento en que el camino hacia su corazón estaba abierto.

Maldita sea.

— Ve con él, Cassandra— ordena con decisión.

— De acuerdo, me voy —exclamo, arrebatándole de los dedos el pañuelo que me tiende.

— Pero no te muevas de aquí— le ordeno, señalando con el dedo su pecho.

Su mirada se agudiza, pero no me interesa toparme con ningún castigo, quiero que lo admita abiertamente y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

— No sé si me encontrarás exactamente en esta parte de la habitación— gruñe, bajando sobre mí.

— Pero te puedo asegurar que no soy de los que huyen.

— Bien— exclamo.

— Gracias— añado cuando veo que la furia aumenta en sus ojos ante mi primera exclamación.

Me sueno la nariz y me acerco a Jason, que abre los brazos de par en par para acogerme y abrazarme contra su pecho.

— ¿Qué pasa, dulzura?

Levanto mi cara hacia la suya y él toca mis labios con los suyos, un contacto casto y ligero, un gesto lleno de preocupación y ternura. Le cuento todo lo que hemos dicho y él, como su amigo, intenta defender a mis padres.

— ¿Cómo puedes justificarlos?− le pregunto, alejándome de él para poder mirarlo a los ojos.

— Lo dejaron solo. Es como si tus padres, en lugar de sacarte de Estados Unidos, te obligaran a quedarte allí y a revivir esa pesadilla todos los días de tu vida.

Su rostro se congela al recordar el episodio que marcó su infancia.

— También eras tan pequeño como Demiyen cuando se quedó huérfano.

— No es lo mismo, Cassandra.

La voz de Steven llena el furioso silencio dejado por Jason.

— Lo siento, no quería hacerte revivir ese momento —le digo arrepentida por lo que salió de mis labios.

— No debería haber dicho eso.

— No, Cass. No quiero que haya ningún tema tabú entre nosotros y los psicólogos dicen que hablar de ello debería exorcizar el demonio que hay en mí.

— Pero tú lo dudas.

— No sé, Cass, tal vez sea necesario, pero no creo que me equivoque en una cosa.

— ¿Cuál?

— Mis padres me sacaron de Estados Unidos para protegerme y tus padres dejaron a Demiyen para protegerte a ti y a ellos mismos.

— No estoy de acuerdo.

Sacudo la cabeza y me alejo de él.

— Lo que su padre sabía era que la familia de la mujer era peligrosa.

Sigo sacudiendo la cabeza y curvando los labios con disgusto al pensar en la elección de mi padre.

— Entonces no debería haberla cogido— gruño.

— Debería haberse alejado de ella —exclamo con la rabia volviendo a brotar en mi pecho.

— No sólo porque era un hombre casado, sino también porque sabía en qué se metía. Mierda, su colega había huido despavorido por culpa de la familia de esa mujer.

— Cassandra.

Cierro los ojos para intentar recuperar la compostura, antes de girarme para mirar al hombre que tiene el poder de hacerme sentir culpable, sólo con decir mi nombre.

— Como ya te he dicho, no te corresponde juzgar el comportamiento de tus padres, no tienes la oportunidad de pedirles explicaciones y no puedes arrogarte el derecho de juzgarlos, no puedes saber lo duro que fue para ellos, lo mucho que sufrieron.

— ¿Por qué no me lo dijeron?

— ¿Se te ocurrió que tu padre podría estar en la oscuridad sobre todo esto?

— Sí, Steven también me lo señaló, pero si fuera así, no habría intentado acumular pruebas para exculparse, sino que las habría acogido entre nosotros.

— Tal vez las pruebas que reunía para presentar a Demiyen no eran para exonerarse, sino para disculparse, para hacerle entender por qué no estaba a su lado.

— Todo esto son sólo hipótesis y me temo que nunca sabré la verdad.

Miro a mis Mr. y mi corazón se hincha de orgullo.

Tengo mucha suerte de tenerlos en mi vida.

— Su verdad no les impidió amarte, y eso es lo único que tienes que recordar— dice Steven antes de darse la vuelta y alejarse.

Capítulo 9

— ¿Steven?

Se detiene pero no se da la vuelta, desbloquea la puerta del patio y la desliza silenciosamente sobre la vía. Gira la cara, lo justo para mirarme.

— La noche es hermosa, ¿no?

Me quedo quieto y lo veo cruzar el umbral y salir, su rostro, aunque sólo podía ver una pequeña parte, parecía perdido, casi triste diría yo.

— ¿Qué interrumpí cuando llegué? ¿Qué querías que te repitiera? me pregunta Jason.

— Me dijo que sólo gracias a la persecución de Demiyen se dio cuenta de que me quería.

Da una palmada, asustándome, y luego me abraza y me hace girar como a una muñeca.

— Ya era hora, carajo— exclama feliz.

Me hace poner los pies en el suelo y me invita con un gesto exagerado a unirme a Steven en la terraza.

— Continúa.

Cuando estoy a un paso de él, le toco la espalda agarrotada por mi presencia, un ligero toque para invitarle a girarse, pero él permanece con la mirada perdida en el panorama coloreado de rojo por el atardecer de septiembre.

— Por favor, Steven— susurro, mientras los latidos de mi corazón se aceleran por la excitación.

— Necesito escucharlo de nuevo.

Me acerco aún más y el calor de su cuerpo se mezcla con el mío. Steven sacude lentamente la cabeza.

— Deberías haber prestado más atención a mis palabras, Cassandra. Ahora puedes preguntarme una sola cosa.

— ¿Qué?

Finalmente se da la vuelta y me ahogo en su mirada severa.

— El perdón.

Ya no hay miedo en sus ojos, sólo determinación.

— Como quieras Steven, te pido perdón por no haber prestado atención a lo que decías —declaro, sosteniendo su mirada mientras me pasa un brazo por encima del hombro.

— E...

Sus dedos siguen el contorno de mi clavícula y luego acunan mi nuca en el calor de su palma. Su toque es tan ligero como un suave aliento.

— Y por atreverme a darte órdenes— le digo, esperando que se refiera a algunas de mis palabras más bien bruscas.

Cuando sus labios presionan los míos en un beso suave pero increíblemente electrizante, me inclino hacia él incapaz de resistir su llamada erótica.

Con su otra mano me agarra la cara y presiona sus dedos en mis mejillas para que mis labios se separen. Saboreo el calor húmedo de su boca en un beso dulce pero posesivo. La sensación de su cuerpo contra el mío inunda y

quema toda mi resistencia. Un escalofrío sacude cada una de mis neuronas cuando su beso se vuelve más carnal, más hambriento.

— ¿Puedo volver a escuchar tus preciosas palabras?− le pregunto en cuanto nuestros labios se separan.

— ¿Qué te hace pensar que voy a repetirlos?

Me alejo un paso para estudiarlo.

— ¿No crees que se merece una segunda oportunidad?

Se apoya en la balaustrada que tiene detrás y cruza los brazos sobre el pecho.

— No, Cassandra, no lo sé.

El impulso de abofetear algo de dulzura en su alma es tan fuerte que tengo que cerrar las manos en puños para contener el instinto de golpearlo.

— Pero— añade, cruzando la mirada con alguien detrás de mí.

— Si sigues a Jason y haces todo lo que te pide sin protestar, puede que decida continuar la conversación que interrumpiste de forma tan poco amable.

Me doy la vuelta y Jason me guiña un ojo.

Respiro profundamente y me doy la vuelta para enfrentarme al Mr. Blue y a su retorcida mente.

Se acerca hasta que no está más que a un par de centímetros de mí. La inconfundible luz de la excitación brilla en sus ojos, incluso su perfume parece estar impregnado de algo indefinible e inquietante.

— ¿Por qué?

— Sin preguntas, sin protestas, sólo síguelo y obtendrás lo que quieres de mí.

Incluso sin esa promesa lo habría hecho de todos modos, ver esa expresión en su rostro, ver cómo su mirada se vuelve tórrida y magnética, hace que mi

deseo por él sea una mezcla explosiva que invade mis venas y envuelve mi vientre con el fuego del deseo.

— Sí, señor.

Levanto mis ojos hacia los suyos y me pierdo en el azul profundo y misterioso del cielo justo antes de que caiga la noche.

— En la viga, Jason — gruñe sin apartar su mirada de la mía.

— ¿Qué rayo? — le pregunto mientras mi corazón parece querer alcanzarlo ya que late contra mis costillas.

— Sígueme y lo descubrirás— el susurro de Jason en mi oído es como gasolina en la hoguera que encendió el Mr. Blue.

Entrelaza sus dedos con los míos y me arrastra lejos de la mirada de Steven, llena de tórridas promesas.

Cruzamos el umbral de su piso y cuando se detiene frente a la encimera de la cocina, levanta la mirada y señala la viga que sobresale y divide el salón de la cocina americana.

— Pensé que era sólo ornamental— le digo, siguiendo la madera maciza suspendida sobre mi cabeza y apoyada en dos pilares de madera maciza.

— Y no sólo eso. No te muevas de aquí.

Desaparece en su habitación y, en cuanto vuelve a aparecer, siento que la angustia me llena el estómago.

— No sé si puedo hacerlo— digo.

Tiene objetos en las manos que aumentan mi ansiedad y doy un paso atrás, apoyándome en el armario que tengo detrás.

— Mi cabeza está llena de pensamientos y mi corazón está revuelto por todo lo que he descubierto, no soy capaz de jugar.

— No pienso como tú, Cass.

Coloca un objeto metálico largo sobre el mostrador, desenrolla unas cadenas, las desengancha de las esposas de los extremos y las coloca en el mostrador detrás de mí.

— Necesitas alejar tu mente de todos esos pensamientos y jugar con nosotros es una buena manera de alejar tu mente, ¿no crees?

Levanta lentamente uno de mis brazos y, con la misma lentitud, me rodea la muñeca con una de las cintas de cuero.

— Sin duda, pero... no sé cómo continuar, no hay un verdadero pero, sólo hay un quizás.

— ¿Y si no puedo soltarme?

Abrocha la hebilla y ajusta la muñequera para que el gancho quede perfectamente en el centro de la muñeca.

— ¿No confías en nosotros, Cass?

— Sí, claro que sí —le digo mientras compruebo que no le aprieta ni le suelta.

— ¿Crees que Steven no puede entender si no puedes entrar en el juego?

— No, siempre es muy cuidadoso.

Me acaricia el brazo y me agarra la otra muñeca.

— Entonces, ¿dónde está el problema?

— Tengo miedo de arruinar todo.

Cierra el segundo brazalete en mi muñeca libre.

— Te vigilaré, dulzura, y si noto algo malo, intervendré.

Le miro primero a él y luego a mis muñecas adornadas por la piel oscura que destaca en mis brazos desnudos.

— ¿Quieres elegir una palabra de seguridad?

— No, no la quiero —digo, volviendo a mirar sus ojos tormentosos.

— Todo lo que tienes que hacer es pedirnos que paremos y lo haremos.

— Lo sé y lo repito: no quiero palabras seguras, confío en ti y no necesito palabras locas para sentirme seguro.

— Bueno, entonces desvístete.

Nuestros ojos se sumergen en el otro. El calor de su mirada acompaña cada uno de mis movimientos mientras me desprendo de cada capa de tela.

— ¿Qué es eso, Jason? le pregunto, señalando el objeto largo y estrecho que hay sobre el mostrador.

Coge la cadena y mientras me libero del sujetador, la desliza entre sus dedos.

— Una barra de separación.

Engancha un extremo de la cadena en una muñeca y luego, estirando el brazo hacia arriba, pasa la cadena por un lazo unido a la viga. A medida que desciende, mi brazo se eleva hasta estar completamente extendido hacia arriba.

— ¿Cómo sabes que Steven querrá usarlo?

Me hace levantar el otro brazo y engancha la cadena a la muñequera.

— Porque sé lo que quiere— susurra antes de darme un beso en los labios.

Lo coge, lo estira y se arrodilla.

— Tal vez esta vez quiera prescindir de él— digo con dudas.

Engancha la barra del tobillo y luego me hace separar los pies. Engancha el otro extremo de la barra al otro tobillo y me encuentro con las piernas totalmente abiertas.

— No lo creo, pero si lo hace, estoy seguro de que lo sacará él mismo.

Antes de levantarse, me da un beso explosivo en mi feminidad, haciéndome temblar y estremecerme.

— Dame un abrazo, Jason. Tengo frío y necesito sentir tus manos sobre mí.

— No me tientes, dulzura —con una mano toca toda la línea de mi columna vertebral y con la otra acaricia la curva de mi mejilla.

Mi corazón late y me arqueo para buscar el calor de su cuerpo.

— No lo hagas, Cass —presiona la yema de su pulgar sobre mis labios y me abro a él para saborear su piel.

— Mierda.

Se la chupo mientras veo cómo sus pupilas se dilatan con pasión y casi se tragan el iris entero.

— Aléjate de ella, Jason.

Desliza su pulgar fuera de mi boca y luego con un movimiento explícito lo vuelve a hundir, cierro los ojos para no quemarme en el fuego que arde en su alma y lo muerdo cuando trata de sacarlo.

— Cassandra.

Muevo la cabeza hacia atrás, dejando que salga de mi boca, y me vuelvo hacia Steven.

Oh, vaya.

Sólo lleva un pantalón suave, pero nada más se interpone entre mis ojos y su cuerpo: los pies descalzos, las piernas ligeramente separadas, los brazos cruzados sobre su pecho desnudo... pero es lo que tiene entre los dedos lo que me deja sin aliento.

— ¿Qué vas a hacer con eso?

— Esto, Casandra, no es sólo un instrumento de dolor.

Desliza las múltiples hebras sobre la palma de su mano contraria y, mientras esas tiras de cuero se deslizan sobre su piel, intento moverme para alejarme lo más posible de él y del flogger aferrado entre sus dedos.

— Preferiría no experimentarlo.

— Jason, me he dejado una bandeja en el salón, ¿serías tan amable de ir a buscarla?

— Por supuesto.

Mientras uno se aleja, el otro se acerca y yo intento de nuevo retirarme.

— Quédate quieta, Cassandra, y confía en mí.

Coloca un pie en la barra de separación y con un movimiento brusco la mueve hacia él, haciéndome chocar con él.

— ¿Tienes que usarlo?

— Sí, si quieres que repita y termine mi discurso.

En ese momento entra Jason llevando un gran cabaret cubierto con una tela negra.

— Tendrás que dejarme usar todas las cosas de esa bandeja, si te niegas, si no te sometes a mis decisiones y no terminas el juego, no te concederé tu deseo.

— ¿Qué esconde esa tela?

— Sólo puedes ver uno a la vez y puedes decidir si parar o continuar.

Jason coloca el cabaret en el mostrador.

— ¿Cuántos hay? —pregunto, tratando de mirar detrás de mí.

— Cuatro — murmura con un gruñido bajo, acercando su boca a mi oído.

Baja la mano y me toca la garganta, y luego más abajo. Agarra uno de mis pechos y coloca sus labios en el pezón hinchado. Algo me roza el otro pecho y un escalofrío sube a mi sexo. Sus labios chupan y mordisquean, sus dientes arañan la sensible piel, mientras el flogger se burla del otro pezón con ligeras caricias.

Jadeo de placer.

Siento que los músculos de su brazo se contraen y que las tiras rodean mi cadera, la parte superior de mi muslo y una oleada de placer arranca un grito

animal de mi garganta.

— Steven...— gimo de asombro ante la reacción de mi cuerpo.

El segundo golpe llega a mi sexo y grito. Cuando su boca se desplaza hacia el otro pecho, atravesándome con una sacudida de pura lujuria, me arqueo dispuesta a ser arrollada. Cuando se repite el golpe estoy al borde del orgasmo, pero él se detiene.

— Dime, Cassandra, ¿quieres que continúe?

Me pierdo en su mirada y lucho contra el impulso de pedirle que me pegue otra vez.

— ¿Quieres que continúe, quieres probar el flogger en el pecho?

Mis pezones se estremecen y se hinchan con solo pensarlo. Aprieto los labios para no romper las reglas.

— Pídemelo y te daré lo que quieres —desliza esa herramienta por mi costado y me lame el pecho.

Sé lo que está tratando de hacer, pedirle que haga algo que no quiere hacer rompería el juego, así que ignoro el deseo que se arremolina en mi interior y exclamo:

— Quiero seguir jugando.

Su sonrisa sádica es algo sorprendentemente excitante.

La guerra ha comenzado, Mr. Blue.

Con un pie mueve la barra separadora y me hace girar 180 grados, haciéndome girar hacia la cocinilla y la mirada llena de pasión de Jason mientras se acerca a la bandeja y mueve la tela hasta descubrir el siguiente juguete.

— Sigue adelante o detente, Cassandra.

Jadeo mientras mi excitación aumenta rápidamente con sólo mirar esos dos orbes.

— No cuenta.

— ¿Así que te quedas?

— Yo no he dicho eso.

Sólo la idea de cómo esas zorras van a entrar en mi cuerpo me hace retorcerme contra las bandas de piel que me retienen.

— No esperaré mucho más por tu respuesta, Cassandra.

Miro a Jason mientras se desata la corbata.

— Sigo —murmuro, encantada con sus gestos.

Lentamente lo saca y lo hace rodar alrededor de su puño.

Oh Dios, porque incluso ese simple acto me excita.

Aparto la vista de él para ver las manos de Steven apoyando el flogger en la bandeja y cogiendo el siguiente juguete.

Oigo el ruido que hacen al levantarlos y un escalofrío me recorre, haciéndome cerrar los ojos.

— Abre la boca y chúpalos. Quiero que los calientes. Quiero que los mojes para mí —murmura roncamente en mi oído.

Me acerca la primera bola a los labios y me la llevo a la boca, seguida inmediatamente por su gemela.

Steven se arrodilla detrás de mí y lo siguiente que sé es que la barra gira y yo sigo su movimiento. Me roza las piernas, subiendo y lamiendo la parte posterior de mis rodillas, la piel de mis muslos bajo sus dedos se ondula y se estira hacia él, como si pidiera otra caricia.

— ¿Se la estás chupando, Cassandra?

Bajo mi mirada a la suya y asiento con la cabeza. Veo cómo sus manos se acercan a mi sexo, mis instintos me ordenan acercarme a su tacto, pero no puedo hacerlo, intento acercar mis rodillas pero su presencia me lo impide. Un toque, un dedo rozándome y ya estoy más allá del umbral del control.

Cierro los ojos para evitar mirar la lujuria en su rostro.

— Ya es suficiente, dice Steven.

Siento su mano cerca de mi cara y poco después las bolas presionan contra mis incisivos, tirando hacia fuera por la cadena que los une.

— Deja que se vayan.

Las esferas salen de mis labios junto con mi aliento lleno de excitación. Su dedo sigue acariciando y rozando mis labios menores y mayores, cuando empuja el primer orbe más allá de mi entrada, su lengua roza mi clítoris.

Mierda.

Los empuja penetrando en mí con sus dedos y chupa, lame y tortura mi sensible nudo, arrancando el aliento de mis pulmones en jadeos de placer.

— Enciéndelas— ordena y al momento siguiente esas zorritas están vibrando dentro de mí, haciéndome jadear.

Me agarra las caderas con ambas manos y me mantiene quieta mientras asalta mi sexo con su boca, llevándome rápidamente a un orgasmo estelar.

Un soplo, un solo soplo me separa del abismo, pero él conoce perfectamente mi cuerpo y se detiene.

— Desconectar.

Tiro lentamente de la anilla que cuelga de mi sexo, haciendo que las bolas se muevan y contraigan mis músculos internos para mantenerlas en su sitio.

— Pídeme que los deje dentro de ti, Cassandra. Pídeme que te haga venir.

Sacudo la cabeza y me muerdo los labios, quiero gritar, quiero llorar, mientras el orgasmo se desvanece junto con esos putos cojones.

Coge la barra y me gira hacia Jason, que coloca el pequeño mando a distancia en la bandeja y mueve la tela, descubriendo el siguiente juguete.

— ¿Quieres parar?

— No.

Adherido a mi espalda, se burla y mordisquea uno de mis lóbulos. Se aprieta contra mí para estirar el brazo y agarrar la rueda dentada, con su otra mano ahuecándola sobre mi sexo. Caliente y seco contra mi carne caliente y empapada, me penetra con un dedo, mientras pasa los dientes del lanzador por mi vientre y luego más arriba, hasta mi pecho, su dedo se hunde dentro de mí, mientras su palma presiona mi clítoris.

— Oh, Dios.

Me arqueo contra él cuando esos pequeños dientes estimulan mis pezones. Me acerca y siento su erección contra mi espalda.

Necesito disfrutar, es una necesidad imperiosa, incontrolable pero esquiva. Su mano abandona mi cuerpo y el volante desciende hasta mi palpitante clítoris de deseo.

Gimo y me contoneo cuando las púas me muerden el vientre, me estremezco y jadeo cuando se detiene en el monte de Venus, me agarra la barbilla y captura mi boca en un beso profundo y voraz.

— ¿Quieres sentirlos en tu clítoris, Cassandra? ¿Recuerdas lo que te dieron la última vez?— me pregunta, separando nuestras bocas.

Aprieto mis músculos internos para buscar algo de alivio, pero el deambular de esa herramienta por mi ingle y mis labios mayores no me deja un momento de paz.

— No — susurro desesperadamente.

En sus ojos hay tanta ira como orgullo. Le encanta verme contener la necesidad de jugar con sus reglas, pero al mismo tiempo no soporta la idea de que pueda enfrentarme a él.

— ¿Jason?

Le entrega a su amigo el volante y éste lo coloca primero en la bandeja y luego descubre el cuarto objeto.

— Es injusto, Steven.

— ¿Qué es injusto, Cassandra? Puedes rendirte cuando quieras, puedes pedirme que te desate, puedes pedirme que te folle, puedes pedirme que te complazca como quieras, ¿qué hay de injusto en eso?

Se inclina y coge el vibrador sónico, lo odio con todo mi ser y lo deseo con cada temblor de mi sexo.

— ¿Qué decides, Cassandra: orgasmo o dolor?

Este es el último juguete, no puedo rendirme ahora.

— Dolor.

Me estremezco ante la repentina sacudida de deseo que me muerde el vientre cuando se enciende y acerca ese objeto a mi piel. Lleno mis pulmones de aire al contacto con su suave superficie mientras la desliza lentamente por mi ombligo. Las ondas sonoras agitan todas las terminaciones nerviosas y me rindo contra él mientras siento que llegan a rozar mi clítoris.

— ¿Cuánto tiempo crees que puedes aguantar, Cassandra?

Se detiene a mitad de camino, como si supiera exactamente que si bajara un poco más, mi centro de placer sería invadido, inundado por esas maravillosas vibraciones.

— Muy poco —admito, poniéndome de puntillas para ganar los pocos centímetros que necesito.

Me inmoviliza extendiendo su mano libre sobre mi vientre.

— Entonces será mejor que cambies de objetivo— me murmura roncamente al oído.

Esa cosa infernal sube y siento que el torrente de mi sangre la sigue y pulsa furiosamente en mi pecho.

— Por favor, Steven— siseo, inhalando mientras coloco el vibrador contra la tierna piel.

No sé cuánto tiempo más podré aguantar.

— No necesitas rogarme, sólo pídeme que te haga venir y lo haré.

Me arrastra con él y nos volvemos hacia Jason, que deja caer su camisa al suelo y tantea el cinturón de sus pantalones.

— Míralo, Cassandra y pídeme que te deje en sus manos.

Sacudo la cabeza y gimo cuando mueve el vibrador hacia el otro pecho, la sensación es poderosa, los cosquilleos acarician cada nervio, el pezón hinchado y duro presiona contra el plástico rosa como si quisiera pedir más y jadeo, aferrándome a la mirada gris oscura de Jason cuando se detiene a centímetros de mí.

— Pídeme que deje que te toque— sigue murmurando, mientras su mano desciende para cubrir mi sexo.

— Dime que quieres sentir cómo te penetra, cómo te llena hasta el fondo — gruñe.

— Admite que me quieres y que tú también puedes hacerlo— replico con la voz arqueada y rota por la excitación.

Su palma presiona mi clítoris y sus dedos se curvan forzando mi húmeda entrada, rebosante de deseo. No va más allá y mi necesidad aumenta al tiempo que las ganas de gozar gritan con fuerza.

Sustituye la mano por el vibrador.

— ¿Estás lista para el último artículo, Cassandra?

El orgasmo me abruma de inmediato, quitándome la capacidad de protestar.

Gimo por el placer hirviente que se vierte en mí, repentino y desgarrador, haciéndome arquear la espalda al máximo y gritar de placer insoportable.

Abro los ojos cuando me tiran de las piernas hacia arriba, Jason apoya la barra de separación en dos taburetes detrás de él, creando un nido perfecto para su cuerpo desnudo con mis piernas.

— Dijiste cuatro —le recuerdo, jadeante.

Me doy la vuelta cuando Steven retira la tela del cabaret.

— De hecho, hay cuatro en la bandeja.

Deja el vibrador y coge el bote de lubricante.

Un momento, sólo un momento de preparación es todo lo que me da antes de violarme con su erección. Se introduce en mi cuerpo, hundiéndose centímetro a centímetro. Jason agarra el vibrador sónico y lo presiona sobre mí, haciéndome gritar de placer, equilibrando el infierno de la intrusión de Steven que se convierte en un fuego devastador.

— Te quiero, Cassandra— susurra poco antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Jason deja caer el vibrador al suelo, las paredes calientes de mi sexo se contraen alrededor de su eje mientras me penetra.

Se mueven dentro de mí lentamente y el orgasmo serpentea poderosamente por mi vientre. Su ritmo aumenta y el placer se hace cada vez más intenso, cada golpe me deja sin aliento, cada empuje hace que todo se caliente y sea cada vez más febril.

Abrumado por la intensidad del placer, me pongo rígido mientras me corro en sus manos. Se hunden hasta donde puedo llevarlos y ambos gruñen de placer, enterrando sus rostros en mis hombros.

— Joder, Guapo— sisea Jason, levantando la cabeza para mirar a su amigo.

— Consiguió arrancar la máscara con una facilidad vergonzosa.

Siento la sonrisa en los labios de Steven, que luego besa mi piel caliente, antes de levantar la cara para mirar al hombre que tengo delante.

— Suéltala y llévala a la ducha, te espero allí.

— Fue casi estimulante— dice mientras me libera de todas mis ataduras, miembro por miembro, masajeándolo, revisándolo, cuidando cada parte enrojecida, antes de pasar al siguiente.

— Un gran y malvado Dom como él, rindiéndose a la dulce y rendida Cassandra.

Sacude la cabeza y, ocultando una sonrisa divertida, continúa su trabajo.

— Realmente vergonzoso — concluye, frotando sus manos en mis brazos tratando de reactivar la circulación.

— No me rendí en absoluto, luché y gané nuestra batalla limpiamente.

— Te dejó ganar, dulzura —me confiesa, inclinándose y susurrando conspiradoramente.

— No, no lo creo— digo con resentimiento.

Miro las herramientas dispuestas en la bandeja y luego los ojos divertidos de Jason.

— ¿Lo crees?

— Podría poner el dedo en la llaga, y en el fondo sabes que si realmente quisiera romperte, lo habría conseguido.

Tiene razón, no fue tan cruel como suele ser, no me hizo sobrepasar mi umbral de tolerancia.

— Quería decírmelo.

— Sí, dulzura, quería decírtelo y ha encontrado una forma muy creativa de declararse y distraerte, pero si quieres volver a oírlo, te sugiero que no lo menciones, ni siquiera accidentalmente.

Capítulo 10

— Sé que dirá que mi sospecha está generada por la antipatía— digo, mientras subimos al coche.

— Sospecho que Marta está tramando algo malo.

— Cassandra —exclama Steven, acomodándose tras el volante y dirigiéndome una mirada impaciente—.

— Anoche hablamos de Demiyen, de mis padres, de la confianza, de la honestidad y de lo que la mentira y la traición pueden hacer a una relación. Eso es lo único que no pensé en decirte y creo que es justo que lo sepas. No confío en esa chica.

— ¿Qué te hace pensar que estoy tramando algo?− pregunta Jason, volviéndose hacia mí.

— La vi esconder apresuradamente unas gafas y luego dejar a Carlo, diciéndole que había encontrado algo mejor.

— Eso no la convierte en una espía, sólo en una zorra, y esconder las gafas no es un acto tan terrible, quizá no quiere que la gente sepa que las necesita.

— Eran gafas de hombre.

— Cassandra, Marta lleva años con nosotros y ha sido revisada una y otra vez, puede que no sea una chica simpática y servicial, pero no es una delincuente.

— No me gusta y no me fío.

— De acuerdo, te diré lo siguiente: le diré a los de seguridad que hagan otra comprobación, pero tú deja de hacer de detective y si ves algo raro nos avisas inmediatamente, sin tomar ninguna medida.

— Muy bien.

Me relajo un momento contra el asiento.

— ¿Dónde está Battista? — le pregunto a los dos hombres sentados delante.

— ¿Por qué no está aquí con nosotros? — Insisto tras unos segundos de silencio.

— Íbamos a decirte que hubo un pequeño problema esta noche.

— ¿Qué pasa? ¿Está bien?

— Todo el mundo está bien.

— ¿Qué quieres decir con "son"? ¿Qué significa... quién y qué ha pasado y por qué no me lo has dicho enseguida?

Me inclino hacia delante y, entre el miedo, la preocupación y la ira, mi mano resbala y corro el riesgo de caer entre los asientos.

— Si dejaran de bombardearnos con preguntas y conjeturas, habríamos hablado antes con ustedes y, por favor, abróchense el cinturón.

Lo miro con pesar mientras me siento tranquilo en el asiento.

— Esta mañana alguien ha entrado en tu casa.

— ¿Un ladrón? — pregunto mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

— No, Elena vio una figura trepando por el muro de su patio y nos llamó.

— ¿Cómo está Elena?

— Muy bien, no te preocupes por ella, no le pasó nada y no vio nada más, además porque una vez que el intruso aterrizó en tu jardín no volvió a moverse.

— Así que me estás asustando, ¿qué ha pasado?

— Después de recibir la llamada telefónica— continúa Jason sin dejarse presionar por mi urgencia.

— Alertamos a Battista y él, junto con Smith y algunos otros hombres, salió a registrar la zona.

Se miran un momento y luego Jason continúa la historia.

— Cuando llegaron, encontraron a un hombre atado y amordazado en su patio.

— ¿Quién?

— Un hombre que conoces bien, un hombre que intentamos capturar tanto aquí como en los Estados Unidos.

— ¿El hombre que me secuestró?

Al recordar a ese ser viscoso, un escalofrío de repulsión se apodera de mi estómago.

— Exactamente, atado en un saco con un bonito lazo rojo alrededor.

— Pero Tommaso dijo que es la mano derecha de Demiyen y que probablemente se conocieron en el orfanato. ¿Por qué envolverlo como un regalo y dejarlo en el jardín de mi casa?− pregunto, sorprendida por la jugada de Demiyen.

— ¿Qué es un tipo de ofrenda de paz?

— No sé, Cass, no sé cómo funciona la cabeza de ese tipo, pero dudo que se haya deshecho de un hombre tan importante sólo para hacerte un regalo.

— ¿Dónde están todos ahora?

— Lo entregaron al Mayor Ferri.

— ¿Y estamos sin escolta?

Miro a mi alrededor y veo gente peligrosa en cada esquina y coches sospechosos a cada paso.

— ¿Lo hizo para dejarnos vulnerables? pregunto, expresando mis temores y sospechas.

— No estamos sin escolta. Hay dos coches que nos llevan a la Torre. No te preocupes, Cass, no dejaremos que te vuelvan a pillar.

Sigo mirando a mi alrededor y sólo consigo relajarme cuando entramos en los fondos del Diamorg, precedidos y seguidos por dos sedanes con los cristales tintados.

Cuatro hombres bajan y, tras registrar la zona, nos hacen una señal para que nos unamos a ellos.

— Me siento como el presidente de los Estados Unidos— murmuro, sonriendo a Jason.

— Nunca se es demasiado cuidadoso, dulzura, y ese hombre ya nos ha demostrado lo bueno que es para explotar cualquier pequeña grieta en la seguridad.

— Por qué ese hombre y por qué ahora. Algo no cuadra —digo, mientras subimos al último piso.

— Estoy seguro de que Dominic es capaz de entender y comprender todo lo que sabe el ruso.

Sacudo la cabeza cada vez más agitada.

— No, es un mensaje para mí, lo dejó en mi patio no en cualquier lugar.

— Tiene razón, Steven, quién se tomaría la molestia de pasar un cuerpo envuelto en un saco por encima de un muro de más de dos metros de altura, salvo para dejar un mensaje.

— ¿Qué crees que puede ser? pregunto, mientras siento que el miedo me invade el vientre.

— No sé, tal vez tengas razón y su intención sea hacerte un regalo, pero no parece un movimiento que haría un pachán.

— Yo tampoco lo creo, no creo que me haya entregado al hombre que intentó violarme, sino que es más probable que haya hecho capturar a uno de sus hombres de mayor confianza para sacarnos información.

— Dominic no es tonto y si hay algo que pasa — empieza a decir Jason, pero Steven le interrumpe.

— Toda esta charla es inútil, Ferri nos informará en cuanto pueda, ahora concentrémonos en nuestras tareas— dice apresuradamente.

— ¿Puedo hacer una petición más? Le pregunto al Mr. Blue.

Su silencioso y seco movimiento afirmativo me llena de orgullo, realmente he conseguido colarme en su armadura.

— Cuando Dominic venga o llame, ¿podría avisarme inmediatamente?

— Sí.

Pronunció un único monosílabo antes de salir del ascensor y yo volví a ser un mero satélite del gran jefe.

— No te desanimes, Cass— me consuela Jason, invitándome a salir de la cabina.

— Acaba de volver a ponerse la máscara de jefe grande, estricto y gilipollas.

Miro su espalda erguida: da austeridad a su postura y aunque simplemente está instruyendo a Marta en sus tareas diarias, hay algo gélido en su actitud.

Cuando se da la vuelta para ir a su despacho, una máscara ha caído realmente sobre su rostro, haciéndole parecer intocable, inalcanzable pero muy, muy emocionante para mí.

— Cierra la boca, Cassandra— me murmura Jason al oído, mientras Steven pasa a mi lado sin mirarme.

Dios, me siento como si hubiera retrocedida a hace seis meses, cuando me quedaba mirando con la boca abierta.

Aspiro y me muerdo el labio inferior mientras contemplo la zancada segura de mi hombre imposible.

— Recuerdo claramente haberte dicho varias veces que esa mirada de adoración no es buena para su ego —me dice Jason, arrastrándome detrás de su compañero—.

— Acabo de tener una pequeña recaída —admito con la sangre aún corriendo por mis venas, como si fuera una adolescente en plena crisis hormonal.

Aparto los ojos del Mr. Blue y me derrito en la sonrisa del Mr. Dimple.

— Así está mejor— me dice, mientras su sonrisa se abre más, haciendo aparecer su hoyuelo.

Me roba un beso apresurado y me deja en la puerta de mi despacho.

— Puedes mirarme así todas las veces que quieras— grita antes de desaparecer por el pasillo.

Qué estúpido.

En cuanto me siento detrás de mi escritorio, el teléfono suena con furia: hoy mis colegas han lanzado la nueva versión del software y ahora tengo que asistir a los usuarios que no pueden digerirla.

***

A la una cierro la última llamada y recojo mi bolso para ir a la cantina, pero el teléfono sigue sonando.

— Hola —digo groseramente.

Dios, al menos déjame ir a comer.

— Vaya, lo siento, ¿te he llamado en mal momento?

— Hola Sara, perdona si he sido brusco, pero he tenido una mañana infernal.

Me vuelvo a sentar y dejo que la tensión abandone mis músculos, a veces los usuarios pueden ser realmente exigentes.

— ¿Cómo estás?— me dice en un tono más bajo y serio.

— Anoche, después de llorar y desvariar, los chicos y yo analizamos y discutimos todo el problema.

— ¿Qué quiere decir con "después de haber entrado en cólera"?

— Significa que lloré y grité hasta que Steven consiguió distraerme.

— Mmmm, me encantaría saber qué hizo para distraerte, pero ya me contarás la próxima vez. Ahora mismo me gustaría saber lo que os habéis dicho.

— La próxima vez no te diré nada— digo con una sonrisa en la cara.

— Ya veremos, ahora escúpelo.

— La única razón posible era que mi padre intentaba demostrar a Demiyen que no sabía que su madre estaba embarazada.

— ¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

— De lo contrario, no se explica por qué estaba recogiendo esas pruebas. Me di la siguiente explicación: después de que el colega de mi padre volviera a Italia para escapar de las represalias de los abuelos de Demiyen, mi padre intentó ayudar a la chica, Demiyen me dijo que ella también sufrió la ira de sus padres.

— E?

— Quizás mi padre la ayudó a encontrar un hogar, a empezar una nueva vida.

— ¿Y ella le dio su cuerpo para agradecerle su amabilidad?

— Más o menos.

— Dudo que tu hermano pequeño y perverso acepte una explicación así.

— Ahora mismo no me interesa halagar a Demiyen, sólo intento entender lo que pasó y hacer que lo que siempre he sabido de mis padres colisione con lo que pasó en Rusia.

— Bien, entonces él la ayudó y justo antes de dejar su puesto en Moscú, cedieron a la tentación y tuvieron un breve romance, tan breve que cuando tu padre regresó a Italia, ella aún no sabía que estaba embarazada.

— Exactamente, creo que ocurrió más o menos así.

— Pero, si no recuerdo mal, me dijiste que tu hermano está convencido de que tu madre también sabía del asunto.

— Esto es lo que afirma.

— ¿Podría ser que, en años posteriores, la madre de Demiyen se pusiera en contacto con tu padre?

— ¿Cuál es el objetivo?

— Bueno, si tuviera un hijo de un chico, supongo que intentaría hacérselo saber de alguna manera.

— Estoy seguro de que si mi padre hubiera sabido de la existencia de Demiyen, habría hecho todo lo posible por ayudarle.

— Recuerda que estaba mezclada con la mafia, quizás tu padre temía por ti y por su mujer.

— Habría hecho algo de todos modos, incluso un simple apoyo financiero.

— ¿Quién dice que no lo hice?

— No hay transferencias enviadas al extranjero en su cuenta corriente.

— Pero podría haber utilizado alguna empresa de transferencia de dinero y haberlo hecho en efectivo.

— Cierto, no había pensado en eso.

— ¿Ves? No puedes saber si se ocupó de él o no y entonces ¿cómo crees que tu hermano sabe quién es su padre?

— Ha seguido el dinero.

— Sí, seguía las huellas dejadas por las transacciones monetarias.

— Y ha llegado a nosotros— concluyo.

Sin embargo, el razonamiento de Sara es sólido.

— Pero si él sabía que tenía un hijo, ¿por qué cuando ella murió?

— Tal vez no lo sabía— dice Sara, interrumpiéndome.

— No es posible, cuando ella dejó de retirar el dinero mi padre debió sospechar.

— No sé por qué se detuvo. Tal vez los chicos del orfanato se embolsaron todo el dinero de tu padre.

— Ah.

— Sí, ah.

— Qué imbéciles, no sólo lo convirtieron en delincuente, sino que además le robaron.

— Si fueron ellos los que lo convirtieron en delincuente está todo por demostrar.

— Todo lo que nos hemos dicho parece encajar, pero ¿cómo puedo probarlo?

— Habla con Dominic.

— Lo haré, gracias Trilli, ahora estoy aún más segura que antes.

— ¿Segura de qué?

— La certeza de que mis padres eran realmente las personas que siempre amé.

— Bueno, me alegro por ti, ahora me voy, tengo una cita con Elena.

— Salúdala y ponla al día— le digo antes de terminar la llamada, pero entonces me viene a la mente un recuerdo y con una sonrisa traviesa en la cara le pregunto:

— ¿Cómo fue el almuerzo entre los tres?

— Mira este dolor indescriptible, él con sus habituales maneras gélidas, ella intentando por todos los medios que se afloje, yo hablando y hablando para intentar llenar los espacios en blanco que deja su maldita suficiencia.

Me muerdo el labio para no reírme abiertamente.

— Sé que te ríes de mis problemas.

— Lo siento, Sara, pero has pintado un cuadro tan divertido que no puedo evitarlo.

— Me alegro de haberte alegrado el día— exclama con voz resentida.

— Vamos, Trilli, no te enfades conmigo.

— Sólo te perdonaré si la próxima vez que nos encontremos, me cuentas lo que te hizo Steven anoche.

— Sara.

— Lo siento, pero si te importa nuestra amistad, tendrás que satisfacer mi curiosidad —dice interrumpiéndome.

— Vale, lo haré, pero sólo en nombre de nuestra vieja amistad.

— Trato, que tengas un buen día viejo amiga.

— Buenos días, Trilli.

Con una sonrisa en la cara salgo del despacho, pero nada más salir al pasillo veo a Marta colándose en el despacho de los jefes de Ramona.

Miro detrás de mí las puertas cerradas de los chicos, pero no puedo ir hacia ellos, así que al acercarme a la puerta que queda entreabierta, envío un mensaje sobre el grupo:

Marta se cuela en la oficina de los responsables del departamento técnico.

Me acerco lentamente a la pared, inclinándome para mirar a través del hueco.

No se puede ver nada.

La abertura es demasiado estrecha, así que empujo la puerta con el dedo y se abre silenciosamente.

Biiip.

El sonido de un mensaje entrante me asusta tanto que el corazón me salta a la garganta, la notificación suena fuerte y clara, como una escopeta en un cañón, incluyendo un eco que se repite una y otra vez, o eso le pareció a mis oídos.

La puerta se abre de golpe y me sujeto el móvil al pecho como si fuera un escudo irrompible.

— ¿Qué haces aquí?− me pregunta Marta con su voz petulante.

— Podría preguntarte lo mismo− le digo, tratando de recuperar una aparente compostura.

— Puse un par de notas urgentes en la mesa del director, ¿y tú?

— Y estaba enviando mensajes de texto con un amiga.

Le enseño el teléfono a Marta como para justificar mi afirmación.

— ¿Y lo hace escondiéndose detrás de las puertas de las oficinas de otras personas?

— No estaba agachado, sino simplemente apoyado en la pared.

— Para mí, estabas encogido como un espía.

— ¿Qué está pasando?

La estruendosa voz de Steven nos interrumpe a ambos y nos volvemos hacia él.

— La he pillado espiando detrás de la puerta— dice Marta con un alarde.

— De verdad— digo con dudas.

— Adelante, Marta, yo me encargo de esto — dice mi Mr. sin mirarme.

La rubia me lanza una mirada despectiva y se aleja por el pasillo hasta desaparecer por la esquina.

— ¿Tenías que estar de acuerdo con ella?

Me vuelvo hacia él para expresarle mi indignación, pero da un paso airado hacia mí, no tengo más remedio que apretar los hombros contra la pared y enfrentarme a la ira que brilla en sus ojos.

— Era... — empiezo a decir.

Sacude la cabeza y me quita el teléfono de los dedos. Después de seleccionar algo en mi smartphone, lo gira para que pueda leer la respuesta a mi mensaje:

Mr. Blue Aléjate de Marta, la estamos vigilando.

— No tolero peleas estúpidas en la oficina, Cassandra. No me importa que os caigáis mal, estáis aquí para trabajar, no para hacer amigos.

— Lo siento, Steven. No volverá a ocurrir.

— Genial, ahora vete a la cantina y te veré más tarde.

Me devuelve el teléfono y me invita a ir hacia los ascensores.

Sé que sólo dijo esas cosas para los oídos de Marta, pero aun así me dolió y se me quitó el apetito, sobre todo ante la idea de tener que pasar por delante del mostrador de recepción y mirar la expresión de satisfacción de la perra.

Intento no darle la satisfacción de verme herida, pero entonces por qué iba a hacerlo.

Si realmente está siendo vigilada, tal vez sea mucho mejor que deje ver mi descontento.

— Sólo tienes media hora para comer— me recuerda mientras se abren las puertas del ascensor, entro, me doy la vuelta y le muestro el dedo corazón hasta que se vuelven a cerrar.

Ah, qué satisfacción.

Capítulo 11

Después de una comida rápida vuelvo a la planta superior y por suerte Marta no está en el mostrador, subo a curiosear, pero no hay nada raro en la mesa. Me gustaría rebuscar en los cajones, pero el gigante de la seguridad me mira con una expresión de gélida sospecha.

— Creo que nunca nos han presentado— le digo mientras me acerco.

— No.

Bueno, creo que este se pone del lado de las rubias.

— ¿Puedo saber su nombre?

— Igor.

— Hola Igor, soy Cassandra.

— Sé quién eres— dice, como si me estuviera insultando al escupirme esas palabras.

— ¿De verdad? ¿Y quiénes son ellos, oímos?

— Tu teléfono ha estado sonando todo el tiempo que has estado fuera, quizá quieras darte prisa, antes de que se caliente y se derrita.

Imbécil.

Le adelanto y me voy, antes de ceder a la tentación de pedirle que diga en voz baja lo que leo en sus ojos y es que para él sólo soy la puta del jefe.

Imbécil.

Me dedico a las dos llamadas que parecen haber hecho incandescente mi teléfono, y mientras atiendo a mis compañeros, sigo mirando el teléfono esperando un mensaje de los chicos.

¿Podría decirme qué pasa con Marta?

Otra llamada telefónica y otro usuario con problemas. Resuelvo el problema controlando los mensajes, pero el chat sigue en silencio.

Chicos, por favor, estoy empezando a preocuparme. ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

Otro colega con otra petición.

Me doy cuenta de que lo trato con demasiada precipitación y él, probablemente resentido por mi actitud, se vuelve aún más obtuso y perezoso, perdiendo una cantidad increíble de tiempo.

— Estoy segura de que encontrará la manera por sí mismo— le digo, tratando de mantener un tono tranquilo.

— Si no me equivoco, Diamorg le paga para que nos solucione los problemas, no para que nos reconforte, ¿o me he equivocado de extensión y estoy hablando con la psicóloga de la empresa?

— No, lo siento. No es un número equivocado, es que tengo un asunto urgente que atender.

— Señorita, ahora su única urgencia es que mi ordenador vuelva a funcionar.

Pongo el teléfono boca abajo y borro de mi mente a Steven, a Jason y a mi paranoia, pasando los siguientes veinte minutos completamente concentrada en los problemas de ese usuario.

— Bueno, ahora funciona. Muchas gracias.

— Por favor, el deber— le digo mientras cojo el móvil.

Nada, mis preguntas quedaron sin respuesta. Su mutismo comienza a asustarme seriamente, intento llamarlos, pero ambos no responden. Aprovechando un momento de tranquilidad, me levanto y voy a su despacho.

Llamo, pero no recibo respuesta, así que abro la puerta entreabierta y me asomo al interior:

— ¿Jason?

La oficina está vacía pero puedo oler algo extraño, algo ajeno a este ambiente.

Abro la puerta, pero no veo a nadie, un inquietante escalofrío me eriza la piel de la nuca.

Algo está mal.

Estoy a punto de cerrar la puerta e ir a buscar al guardia de seguridad, cuando un ligero ruido llama mi atención.

Entré en la habitación.

En cuanto me doy la vuelta lo veo, cómodo e incómodo sentado en el sofá, con un cigarrillo entre los labios estirados en una sonrisa torcida.

Coge la colilla entre el índice y el pulgar, aspira y pone al rojo vivo la punta, luego se la saca de la boca y me mira a través de la nube de humo que sale de sus labios.

— Ya era hora, hermana.

Fin del octavo volumen

Para mantenerse en contacto con el autor

Si te gusta haz clic aquí para dejarme tu reseña, sólo unas palabras son suficientes para hacerme feliz.

Gracias.

Sitio web oficial

Sígueme en Facebook

Sígueme en Instagram

LIBROS DE

Cara Valli

Fuego y olvido

Vol 1 Incendio (Enlace de compra)

Vol 2 Abismo (Enlace de compra)

Vol. 3 Entrelazados (Enlace de compra)

——————— Recogido en: **La primera trilogía** (Enlace de compra)

Vol 4 Posesión (Enlace de compra)

Vol 5 Decisiones (Enlace de compra)

Vol 6 Lazos (Enlace de compra)

——————— Recogido en: **La segunda trilogía** (Enlace de compra)

Vol 7 Pecados (Enlace de compra)

Vol 8 Secretos